

UNIVERSIDAD NACIONAL ANDRES BELLO

FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS

ESCUELA DE PSICOLOGIA

“LA ANOREXIA-BULIMIA: UNA LECTURA FREUDO-LACANIANA”

Una aproximación a una lectura histórica psicoanalítica, de discusión
y desarrollos conceptuales a partir de la descripción de casos que expliciten
la operatoria funcional de dichos conceptos en la clínica.

ALUMNO : Sr. Alex Droppelmann P.

DEDICATORIA

A MI MADRE
... COMO ¿SI? ¿NO?

P R E F A C I O

Con prelación al desarrollo de la presente Tesis se impone la escritura de un reconocimiento a quienes desde distintos ámbitos colaboraron y me alentaron durante el curso de mis estudios de psicología. Apoyo que cobra especial significación tomando en cuenta que estos los tuve que realizar junto a los quehaceres que mi profesión de arquitecto me imponía.

En primer lugar quiero agradecer a Jaime Coloma A. y a Eduardo Gomberoff S. por la transmisión de una gran pasión: El psicoanálisis.

A Gonzalo López por las clases impartidas en la Universidad y por su aliento permanente que tuve de él durante mi condición de estudiante.

A mis compañeros Daniela, Verónica y Alejandra que facilitaron las notas de aquellas clases de las cuales muchas veces tuve que involuntariamente ausentarme. A Emanuel y Camilo por compartir el humor, la camaradería y su jovial amistad.

A mi mujer Carla y a mi hija Catalina por su amor y su apoyo incondicional que me permitió persistir en momentos en los cuales parecía poder más el cansancio.

A mi secretaria Jesica Alba por haber colaborado durante siete años en los manuscritos de este y muchos otros trabajos realizados. Por la fidelidad que ha tenido respecto a una pasión ajena.

A mi Universidad, a mi escuela, a su director Juan Flores, por haber apostado en mi favor en las obligadas solicitudes de excepción solicitadas durante la carrera.

A mi deseo, en lo que de él conozco y en lo que de él desconozco, deseo de saber que como síntoma se impuso en el afán de seguir una carrera, que en esto de saber otorga poco o nada, que en esto del deseo impone una pasión: el psicoanálisis.

Gracias por toda esa pasión ... por nada...

INDICE

Dedicatoria.	2
Prefacio.	3 - 4
Indice.	5 - 9
Resumen o Abstract.	10 - 14
CAPÍTULO I	
Exégesis histórica de la Anorexia-Bulimia, la lectura del cuerpo sintomático y el cuerpo vestido-desnudo.	
1) Introducción: El cuerpo como nudo de los ejes temáticos.	15 - 19
CAPÍTULO IA	
La Anorexia-Bulimia. Cuerpo sintomático.	
1) Introducción: El cuerpo.	20
2) La Anorexia santa-santa anorexia. El cuerpo como entrega.	21 - 25
3) La Anorexia como ofrenda. El cuerpo como resta.	25 - 29
4) La Anorexia como prodigio. El cuerpo como levedad.	29 - 36
5) La Anorexia como objeto. El cuerpo como sustrato-el soma-el órgano.	36 - 46
6) La Anorexia como objeto. El cuerpo como dicotomía Mente-Cuerpo.	46 - 49
7) La Anorexia como Sujeto. El cuerpo Psíquico. El cuerpo Simbolizado.	49 - 51
8) La Anorexia como objeto. El cuerpo físico. El cuerpo de la química.	51 - 52
Cuerpo atomizado.	

9) La Anorexia como sujeto social. El cuerpo Social. El cuerpo familiar.	53 - 57
10) La Anorexia como sujeto. El cuerpo del individuo como Objeto.	57 - 60
Cuadro N°1-A.	61
Cuadro N°1-B.	62
CAPÍTULO IB	
La Anorexia-Bulimia. Cuerpo vestido-desnudo.	
1) El cuerpo vestido-el cuerpo desnudo.	63
2) El cuerpo como suma – resta.	63 - 67
3) El cuerpo magro grueso. Cuerpo de vida-cuerpo de muerte.	67 - 68
4) El cuerpo de la sofrosine. El cuerpo del efebo.	68 - 69
5) El rostro del cuerpo. Perséfone.	69 -71
6) El cuerpo natural. El cuerpo desnudo.	71 - 72
7) El cuerpo diferenciado. El cuerpo genérico.	72 - 74
8) El cuerpo interior. El cuerpo del pudor.	75 - 78
9) El cuerpo simbólico. Cuerpo sustraído o segregado. El cuerpo de la duda.	78 - 81
10) El cuerpo sexuado.	81 - 88
11) El cuerpo moldeado-modelado. El cuerpo histérico.	88 - 93
12) El cuerpo domado. El cuerpo como alma.	93 - 94
13) El cuerpo puro.	94 - 101
14) El cuerpo nominado.	102 - 106

15) El cuerpo geométrico. El cuerpo proporcionado.	106 - 113
16) El puro cuerpo. El cuerpo como piel.	113 - 122
Cuadro N°2-A.	123
Cuadro N°2-B.	124
Cuadro N°2-C.	125
Figura N°1.	126
Figura N°2.	127
Figura N°3.	128
Figura N°4.	129
Figura N°5.	130
Figura N°6.	131
Figura N°7.	132
Figura N°8.	133
Figura N°9.	134
Figura N°10.	135
Figura N°11.	136
Figura N°12.	137
CAPÍTULO II	
Presentación de casos.	
1) Caso clínico N°1.	138

1.1) Comentario: “A propósito del cuerpo como goce en la Anorexia-Bulimia”.	139 - 142
2) Caso clínico N°2 “Sexo, música y bulimia”.	143 - 151
2.2) Comentario “Del otro materno y del “ninguneo””	152 - 159
3) Caso clínico N°3 “De la comida de Carolina, a Carolina y su comida”.	160 - 164
3.1) Comentario “Acerca de la contratransferencia”.	164 – 170
4) Caso clínico N°4 “¿Cuánto pesa una madre?: Un caso de obesidad”.	171 - 177
4.1) Comentario “Un “aire” de lo comido y lo bailado”.	178 - 182
5) Caso clínico N°5 “Una bulimica de la boca para afuera”.	183 - 189
5.1) Comentario “La ausencia de labia, o la otra cara de la afonía en dora”.	190 - 194
6) Caso clínico N°6 “De que hablamos cuando no hablamos de comida”.	195 - 201
6.1) Comentario “Del habla, del discurso en el análisis”.	202 - 206
7) Caso clínico N°7, N°8, N°9, N°10 “La voracidad”.	207 - 208
7.1) Comentario “Acerca de la oralidad y el devorado y ser devorado”.	209 - 220
CAPÍTULO IIA	
Glosario.	221 - 262
Figura N°1.	263
Figura N°2.	264
Figura N°3.	265

Figura N°4.	266
Figura N°5.	267
CAPÍTULO III	
Dos casos de anorexia.	
1) El Caso Gabriela.	268 - 278
2) El Caso Fao.	279 - 291
Bibliografía.	292 - 295

RESUMEN O ABSTRACT

La presente Tesis tiene un propósito básico, cuál es, abrir un espacio de discusión a propósito del síntoma de la Anorexia-Bulimia desde la mirada que posibilita una propuesta teórica sustentada en el psicoanálisis de orientación Freud-Lacanianana.

Discusión que se ha planteado en tres capítulos, los cuales a su vez están estructurados en distintos niveles de complejidad, de modo de abarcar un espectro amplio y diferenciado respecto al acceso a la lectura y comprensión de la presente Tesis.

En el primer capítulo se verifica el desarrollo de una exégesis de la Anorexia leído a partir del eje del cuerpo como pivote significativo, se pretende desplegar y mostrar la variabilidad que el concepto de Anorexia ha tenido en la historia en esto de ser leído como cuerpo, los giros y desplazamientos que esta conceptualización ha tenido a través de su despliegue en la historia. Es en la explicitación de los diferentes momentos y modos de esta conceptualización dónde, a su vez, se va haciendo referencias a otros ejes de discusión asociados como lo constituye el problema del sujeto, del objeto, del nombre, del significante, de su relación inconciente y de la estructura a la cuál remite.

En la segunda parte del primer capítulo se insiste sobre la misma estructura o modo de lectura de la exégesis propuesta, sólo que esta vez, el eje pivote del cuerpo intenta ser leído a partir de la historia en tanto cuerpo vestido o desnudo. Se intenta homologar de este modo la metodología desarrollada para la primera parte, en términos de respetar los cortes históricos propuestos e incorporar los ejes asociados descritos.

Cortes históricos que no pretenden ser en nada ser taxativos respecto a las diferenciaciones que proponen, ya que como continuamente se explicita, estos son parte de un continuo que remite permanentemente a las etapas que le anteceden y que le anticipan, de modo que no constituyen etapas fijas, sino por el contrario sólo disquisiciones para posibilitar una mejor lectura.

Primer capítulo que en sus dos sub-capítulos desarrolla la doble lectura de la Anorexia-Bulimia como cuerpo y de este como cuerpo vestido o desnudo, a un nivel de aproximación y de lectura que pretende cumplir con el objetivo de acceder a un número amplio de lectores. No obstante su intento de universalidad, permite la lectura de este primer capítulo, fijar las entradas para intentar un desarrollo más profundo de cualquiera de las variadas significaciones respecto al cuerpo destacadas en la exégesis desarrollada.

En el segundo capítulo se presentan distintos casos a partir de viñetas de pacientes que encarnan el síntoma, tanto de la Anorexia como de la Bulimia de manera diferenciada, o en algunos casos sin hacer la marca de esa diferencia. De cualquier modo, la diferenciación pretende tener un efecto más claramente didáctico ya que como se desprenderá de su lectura, aunque el modo de presentación enfatize tal o cuál manera, la problemática psicoanalítica remitirá más o menos a las mismas temáticas.

Las viñetas expuestas son comentadas, discutidas y problematizadas a partir de una lectura psicoanalítica que se desarrolla al modo de comentarios clínicos, en los cuales se intenta incorporar algunas de las significaciones respecto al cuerpo planteadas en la

exégesis del primer capítulo. Comentario y problematización que por otra parte, remitirá permanentemente a conceptualizaciones de la teoría, que dado el marco dónde se presenta esta Tesis se hace necesario extender, ampliar y explicar de modo de facilitar la lectura propuesta.

Propósito que se intenta lograr a partir de un glosario de términos que conforma la segunda parte de este segundo capítulo, dónde se recoge la mayor cantidad de términos señalados en negrita e itálica en los comentarios de viñetas de los casos anteriormente descritos. Si bien el glosario no pretende agotar su discusión, y por otro lado, no es tan abarcativo como para contener todos los términos señalados en negrita así como tampoco los innumerables conceptos omitidos, recoge sin embargo una cantidad suficiente de estos, que permite a mi juicio facilitar la lectura a nivel de estudiantes de la carrera de psicología o lectores en general que se hayan introducido en el estudio del psicoanálisis.

Comentarios clínicos que por otro lado quedan abiertos a nuevas y renovadas lecturas que se puedan efectuar por estudiantes o grupos de trabajo de esta u otras Universidades que tengan un particular interés en el estudio de la Anorexia-Bulimia. Glosario que a su vez invita a ser completado con nuevas y más completas descripciones conceptuales explicativas que enriquezcan las futuras lecturas propuestas. Consecuentemente, este segundo capítulo si bien supone una lectura desde una cierta aproximación psicoanalítica, posibilita su ocurrencia de un modo más general al incorporar la ayuda de un glosario elaborado con tal finalidad.

Finalmente la presente Tesis en su tercer capítulo presenta dos casos clínicos, los cuales han sido desarrollados al modo de presentaciones clínicas en base a las consignaciones o registros que se han establecido respecto a dos pacientes de larga data. Estas presentaciones aluden permanentemente, tanto al discurso desplegado por los pacientes en las sesiones que se han verificado, como también a la teoría que sustenta los cortes, hipótesis e intervenciones. Incorpora a su vez las resignificaciones que se han elaborado respecto a estos casos por parte del terapeuta (de afán analítico), durante el tiempo en que se ha sostenido el tratamiento.

Es quizás esta última lectura la que se presenta en cierto modo más particularizado y la que supone un mayor conocimiento de la teoría que facilite su comprensión y lectura. No obstante, el texto posibilita que ella se verifique en distintos niveles de profundización y representa en los hechos mi experiencia clínica más directa por lo cuál me pareció pertinente y oportuno consignarlos aquí como último capítulo de esta Tesis

Como recapitulación respecto a las finalidades de la propuesta, habría que enfatizar que esta ha intentado ofrecer una lectura del síntoma de la Anorexia-Bulimia a partir del soporte de una teoría psicoanalítica de orientación Freud-lacanianiana, en distintos ámbitos de profundización. Lectura que pretende ampliar y extender el horizonte comprensivo al diversificar los abordamientos o entradas, de los cuales se ha intentado dar cuenta a partir de la significación del cuerpo, de unas viñetas y sus comentarios clínicos, de un glosario explicativo de términos implicados en dicha problematización, y

finalmente en la presentación clínica de dos casos sustentados en la praxis por el alumno autor de esta Tesis.

CAPITULO I

EXÉGESIS HISTÓRICA DE LA ANOREXIA-BULIMIA DESDE LA LECTURA

DEL CUERPO SINTOMÁTICO Y EL CUERPO VESTIDO-DESNUDO

1) Introducción: El Cuerpo Como Nudo De Los Ejes Temáticos.

En la lectura psicoanalítica propuesta y los ejes temáticos que se destacan en los distintos giros o desplazamientos que la anorexia presenta a través de su exégesis, el cuerpo es el eje principal que paradójicamente “encarna” mejor la problemática de la Anorexia-Bulimia. De este modo, la lectura encarará la lectura a partir de las distintas significaciones que este adquiere a partir de los distintos desplazamientos en la historia, marcando dentro de ellos los distintos giros que establece, sus singularidades y oscilaciones.

Será precisamente a partir del cuerpo desde dónde quedarán situadas las relaciones a los otros ejes, como lo son el del nombre, el significante primordial al cuál se fija en determinado momento del despliegue de su historia, la relación al Inconciente que se deja leer en términos de los registros establecidos por Lacan (Real, Imaginario, Simbólico) y la relación estructural a que refiere desde una lectura freudo-lacaniana (neurosis, perversión, psicosis).

Ahora bien, en esta lectura del cuerpo resulta interesante a su vez plantear un doble recorrido que sé gráfica y esquematiza en los dos cuadros que se adjuntan como parte del presente trabajo y que conforman parte integral de este como elemento referencial. Estos cuadros aluden a dos modos de significar el cuerpo, uno directo, en tanto alude a las formas que el cuerpo adquiere en forma genérica, como oferta en su particular relación al otro-Otro, y uno indirecto, que dice relación con el cuerpo vestido o desnudo que en tanto giro respecto a un cuerpo ya previamente significado, adquiere sus peculiaridades en tanto a lo que enfatiza o desdibuja respecto a la oferta al otro-Otro ya delineada.

Es decir, que sustrae o agrega, a ese cuerpo significado y situado en una particularidad relación inconsciente dentro de los límites de su estructura. Cuyos giros y circunvoluciones operan en el ámbito más singular de una piel, que se construye y deconstruye en el Acto tan singularmente humano de vestirse y desvestirse.

Por ello, en la exégesis propuesta se destaca esta doble lectura, la de un cuerpo genérico leído en el marco de su subjetividad-objetividad y la de un cuerpo singularizado en esa subjetividad por el particular modo que establece en relación a los énfasis que establece.

La primera textualidad de esta lectura remite a lo sustantivo, a lo sustancial del cuerpo, al cuerpo con mayúscula, la segunda en cambio remite a la adjetivización de este cuerpo sustantivo, a la enfatización, al adjetivo adscrito, a la cualidad concomitante a ese cuerpo que se presenta en la primera lectura.

Una mirada siempre analítica que se verifica a distintas escalas, a la del cuerpo como Nombre, cuerpo Simbólico, propio o ajeno, más o menos subjetivo, y la del cuerpo como Cuerpo físico, cuerpo Real, que en esto de vestirse-desvestirse deviene como cuerpo imaginario que gira y bordea la matriz propuesta por la estructura de un cuerpo simbólico que le hace de soporte.

Escalas de miradas que remiten desde una extensión simbólica a una proximidad imaginaria que alude a una indiferenciación real. Del mismo modo como la palabra cobra cuerpo como lenguaje en tanto incorpora la categoría del espacio, que permite que la sincronía deje lugar a la diacronía, que de lugar a la temporalidad del habla que permite establecer una relación a lo próximo y lejano, al antes y al después, que incorpora la doble vertiente consustancial a la palabra de la metáfora y metonimia.

Simultaneidad concurrente que al modo de las catedrales góticas permite recoger de diverso modo sus distintas esencias y reproducirlas a partir de distintas relaciones de espacios ofrecidos al ojo. Así la catedral se ofrece desde lo lejos en la materialidad de la majestuosidad de la altura, el tamaño, en la dimensión de una figura posible de ser cuantificada, medida en su magnitud, en la realidad de su “peso” al decir del real médico de la Anorexia. Se ofrece de otro modo, la catedral en la relación de proximidad del ojo-cuerpo que la habita en la realidad de su imagen, en la luz u oscuridad de sus vitrales, en la “perspectiva” de sus pilares y arcos, en la imaginería de los objetos de las figuras de sus Santos, en los repliegues de los tallados del coro, confesionarios o púlpitos, en los frescos que colorean los ábsides, en la imagen de un

Cristo, de una virgen de colores pasteles (paradojalmente dulces), o en las voces ofrecidas como imágenes de cuerpos ocultos en el coro a espaldas de la mirada. Se ofrece finalmente en la figura del tabernáculo y sagrario, dónde el ojo recoge la forma, que ya ofrecida como símbolo, remite, no obstante reproduce a escala del objeto la misma figura externa de la iglesia, a las distintas formas de la ausencia, del espíritu, en última instancia a la figura de un dios inconmensurable y nunca “visto por el ojo humano”, sin embargo imposible de ser negado como existencia.

El ojo circula de este modo más allá o más acá de la materialidad del objeto de su iglesia, a distintas escalas en distintas posiciones espacio-temporales que remiten a distintos registros de lo real, imaginario o simbólico según sea la distancia o proximidad con el objeto, en definitiva según sea su relación más o menos subjetiva y por ello más o menos mediada por el lenguaje, más cerca de la palabra o más cerca de la cosa.

Se ofrece la catedral reproducida (como si se tratara de esas cajas chinas que empequeñecidas sucesivamente, van ofreciendo la misma forma cada vez más interna y por ello más pequeña) a distintas escalas, que no son sino distintas relaciones espaciales que marcan proximidades o lejanías respecto a un mismo ojo que remite a distintas miradas. Del mismo modo como la palabra se separa o se aproxima a la cosa, la temporaliza o a-temporaliza, le adscribe el estatuto de lenguaje (queja) o se lo

niega, en la resta de un balbuceo (gemido) o en la supresión de un silencio dónde la restituye al espacio de la cosa.

Diferentes escalas entonces de las distintas tramas de las lecturas propuestas, diferentes textualidades para intentar establecer un cierto horizonte comprensivo a un síntoma que de suyo bordea y orilla permanentemente distintos registros o modos de presentación sintomáticos. Síntoma que se presenta y remite a su vez a distintas estructuras dónde cobrará a su vez su singular modo de presentación dentro de los límites que ellas posibilitan.

Al fin y al cabo, la Anorexia-Bulimia según lo intentaremos dar a leer en este trabajo, se ofrece en cuerpo, en los extremos de cuerpo y alma, en cuerpo y vestido, en la piel de un cuerpo, para el psicoanálisis en cuerpo y palabra, y para el analista como cuerpo hablado.

Modo de ofrecer una lectura, de eso, de sólo eso y de todo ello... un modo de compromiso, de seguro un intento dónde espero no falte a mi palabra.

CAPITULO IA

LA ANOREXIA-BULIMIA. CUERPO SINTOMÁTICO

1) Introducción: El Cuerpo.

Interesa aquí plantear fundamentalmente cómo el concepto de Cuerpo se desplaza a través de un eje diacrónico en lo que se puede entender como la exégesis de la Anorexia. Desplazamiento que paradójicamente sostiene y se sostiene en la paradoja de su síntoma, (el par Bulimia-Anorexia, en esto de sumar y restar, en esto de desplazarse entre la disminución o el engrosamiento de un Cuerpo que no permanece ni se sostiene en el tiempo). Significación de un Cuerpo que va de la santidad del espíritu (esto es todo exterioridad) a la concretitud del soma o de la carne (todo interioridad) para terminar en la silueta de una filigrana (borde sin espesor) como lo representa el goce fijado a la línea o la silueta en uno de los modos de presentación preferenciales de nuestros días. Ahora bien, estas evoluciones o giros oscilan entre la parcialidad de uno u otro órgano (busto, cara, caderas, piernas), hacia la figura representada en las dos dimensiones de las revistas de figurines, y aún hasta la tridimensionalidad donde lo que prevalece es el cuerpo como objeto. Constelación de giros que se confirman a su vez en la exégesis de la lectura de la historia del vestido, psicoanalíticamente significado como velo o desvelo a una desnudez.

2) **La Anorexia Santa-Santa Anorexia. El Cuerpo Como Entrega.**

Con el nacimiento de las órdenes mendicantes (1200-1500) se establece una relación a Dios dónde lo que se privilegia es el cuerpo por sobre el alma. Las identificaciones con el ayuno divino al modo de superar el problema de la necesidad de la carne e imponer otro orden de necesidad como lo era la comunión espiritual total con Dios.

Jesús en su oportunidad y Juan el Bautista como el primer discípulo en seguir las reglas de vida que filosóficamente quedan descritas en el ascetismo, que en griego significa ejercicio (askesis), remite a los ejercicios de preparación de los atletas griegos que incluían restricciones alimentarias. Más tarde en el siglo IV nos encontramos con los santos llamados los padres del Desierto (de hecho negados como procreadores) que vivieron y ayunaron en los desiertos de Egipto y Palestina. El eremita Hero comía sólo cada tres meses en un intento de doblegar al cuerpo y “liberarlo de toda necesidad”. Liberación de la Carne que alcanzaba a las dietas que suprimían concretamente la carne y otras veces el vino. Gradualidad en la supresión de los alimentos que tiene que ver con la concretitud de su peso. Así las restricciones al igual que hoy día parten por aquellos elementos por así decirlo “pesados” para alcanzar cada vez niveles más estrictos, hasta incluir en el rehusamiento alimentario incluso el agua provocando con ello la muerte. Este es el pasaje de Catalina de Siena que, al problematizar y meditar acerca de la sangre de Cristo, decide incluir el agua entre sus restricciones provocando con ello su muerte tres meses más tarde.

Resulta interesante pensar que hoy día en las huelgas de hambre voluntarias establecidas a modo de protesta, la privación no alcanza a los líquidos y estos quedan en la ética de lo permitido o aceptado dentro de la restricción. Privación... pero no de la vida. Apremio que no muerte. Forma social de señalar un síntoma al otro, no inmolación al OTRO.

En ausencia de cuerpo prevalece el espíritu, significante de la sustitución, establecido de un modo tal que se impone en sucesivos giros a través de la historia: “Un cuerpo demacrado pasará más fácilmente la puerta estrecha (del paraíso), un cuerpo ligero resucitará más rápidamente, y en la tumba un cuerpo consumido se conservará mejor”.⁴

Ausencia de cuerpo pero no de nombre, de instituciones primero, “ordenes religiosas” más bien, como las dominicas, agustinas y en el caso emblemático de Santa Catalina de Siena, de la orden de las Mantellata (Hermanas de la Penitencia). Congregaciones u ordenes religiosas desde dónde emerge o se sostiene el nombre propio como Santa. Nombre que se instaura en el “borramiento” del cuerpo, significante que opera en una relación toda al OTRO. El nombre propio como santa implica la desaparición del cuerpo en lo REAL. Catalina de Siena, Verónica Giuliani (metaforiza en Santa Verónica), María de Oignies, Beatriz de Nazaret, Marguarita de Iperen, Juliana de Lieja, Columba de Rieti, Ida de Lovaina, etc. Todas Santas que remiten por un lado al espíritu, a un nombre propio y a un lugar dónde se fija el “prodigio” de su ocurrencia.

⁴ Tertuliano, citado por Toro Joseph, en “El cuerpo como delito”, editorial Ariel Ciencia, Barcelona, España, 1966, págs. 350.

Es así como se puede advertir que en el camino de la Santidad se pueden leer momentos durante los cuales la relación al otro puede ser crucial en cuánto garante especular del prodigio, (habitantes de Iperen, Siena, etc.) para finalmente primar la relación al OTRO como aquél dónde se verifica la entrega toda en cuerpo y alma. Verificación que nos remite a un desplazamiento que roza distintos modos de presentación que aluden a la histeria, a la perversión y su goce concomitante y a la psicosis o forclusión del Sujeto. Por ello la problemática del nombre amerita que esta temática constituya uno de los ejes temáticos del presente trabajo.

Los médicos del siglo XVII y XVIII al separar estos fenómenos de su contextualidad religiosa los denominan, no obstante, *inedita prodigiosa* o *anorexia mirabilis*. Esta problematización del cuerpo como abolición de la carne o privilegio del espíritu, por sobre el cuerpo en aras de una santidad, se presenta unas veces ligada al deseo de nada o deseo sólo y absoluto de Dios, adquiriendo una significación más ligada a lo Eucarístico (Caso de Catalina de Siena), y otras más ligada a los caracteres sexuales secundarios del cuerpo como en santa Wilgerfortis y Santa Barbada. Esto es, o abolición de la carne por supresión de su materia hasta la muerte, o transformación de las características de esta para eludir la oferta de la sexuación como sería el caso de la masculinización o efebización.

En el primero de los casos consignamos un relato de Bernardo di Capua a propósito de Santa Catalina de Siena, (Catharina Benincasa) cuándo esta tenía 27 años: “...su estómago nada podía digerir y su calor corporal no consumía energía; en

consecuencia, todo cuánto ingería precisaba salir por el mismo lugar por dónde entraba; en caso contrario le causaba agudo dolor y la hinchazón de todo su cuerpo. La santa virgen no tragaba sino las hierbas y cosas que masticaba; sin embargo, puesto que era imposible evitar que algún atisbo de alimento o jugo descendiera hasta su estómago y porque voluntariamente bebía agua fresca para calmar su sed (puro como el agua), estaba obligada cada día a vomitar lo que había comido. Para ello y con gran dolor insertaba tallos de hinojo y otras plantas en su estómago, siéndole de otro modo imposible vomitar. Pese a quienes la desacreditaban y particularmente quienes se escandalizaban por sus ayunos, mantuvo este estilo de vida hasta su muerte² (El paréntesis no está incluido en la cita original).

En el segundo de los casos consignamos la historia de Santa Wilgefortis, la séptima hija del Rey de Portugal, ayunadora que había decidido consagrar y entregar su virginidad a Dios.

El Rey decide entregarla en matrimonio al rey Sarraceno de Sicilia por lo que Wilgerfortis decide entregarse a un constante ayuno y oración a fin de preservar su cuerpo “limpio” para Dios. Le solicita en sus oraciones a Dios que elimine de su cuerpo cualquier atisbo de belleza que remita o despierte el deseo del otro. Nada del orden de la belleza o de lo femenino que se pudiera sustentar en su cuerpo. La santa fue escuchada y de ese modo brotó pelo por todo su cuerpo, inclusive le creció barba por lo que el rey que la pretendía renunció a tal intento. Inanición y transformación del cuerpo(negación de la oferta). Su padre decide entonces crucificarla (700-

² Bell, M.Rudolph, “Holy Anorexia”, Chicago University Press, Chicago, E.E.U.U., 1985, págs. 27-28.

1000.A.C.), por lo que adquiere ella Re-nombre, o es posible de volver a ser nombrada en Europa con distintos nombres: santa Ont Kommena en Holanda, santa Kummernis en Alemania, santa Liberata en España, santa Livrade en Gascuña y santa Uncumber en Inglaterra. Distintos modos o formas de la entrega, siempre de cuerpo ausente, presente de alma en una consunción para testificar en lo REAL una ausencia total del cuerpo cumpliendo así la máxima de TODO para DIOS. Todo, de modo que no falte ni siquiera una migaja.

3) **La Anorexia Como Ofrenda. El Cuerpo Como Resta.**

En este primer desplazamiento la relación al Otro se modifica para pasar de la disolución del cuerpo, o nada de cuerpo, a la resta de “aquello” del cuerpo dónde se metaforiza la “virtud”. Ya no es el cuerpo lo que se ofrece, sino la doncella entendida como el “reservorio” de la virtud. Por ello, las anoréxicas pasan de Santas a doncellas, las cuales sostienen o encarnan el privilegio de ser signos de la manifestación de lo divino. De allí que se les nombre como doncellas milagrosas, ya que los ayunos de larga data los cuales ellas podían mantener en el tiempo y la garantía de lo sublime de su doncella, no podían sino remitir a la presencia o manifestación de Dios en la Tierra. Doncellas milagrosas llamadas wondermeisjes, filles miraculeuses, miraculous maids, sostenidas en el doble adjetivo de doncellas y milagrosas.

Como todo fenómeno de la sexualidad, antes de Freud, operaba en el supuesto de la ausencia de sexualidad infantil, la pureza, lo sublime y su doncellez concomitante tomaban cuerpo más fácilmente en mujeres impúberes o muy jóvenes. (Correlato que se asienta en las figuras de las catedrales barrocas en el cuerpo de los ángeles, que si bien “reellenos y completos”, representaban a ángeles con cuerpos de niños). Niñez y sinónimo de inocencia son significantes que aún hoy figuran en la trama de nuestra cultura y por ende operan en ella como representantes de la virtud, de lo inmaculado de la doncellez. Un ejemplo de caso de anorexia enmarcado en este desplazamiento es el de Jeanne Balan, doncella de catorce años de edad, al parecer de origen inglés descrito en el año 1600 por el médico francés Jacob Viverius quién la observó a instancias de los requerimientos de Enrique IV.

“La parte inferior de su vientre es sumamente delgada, y se hunde en ella (la muchacha), y cae por los costados, y se prolonga así hasta su ombligo, no quedando nada del vientre, que antes poseía... (Hay)un cartílago que pende del tórax o esternón, al modo como un alero lo hace de un cobertizo”³. El milagro se imponía por sobre toda “ley natural” ya que el ayuno se prolongaba desde hacia tres años. Como todo milagro, la observación se centra en la verificación de su ocurrencia, en aquello que este puede tener de veraz o de engañoso, por lo cuál el esmero del observador gira en torno de las pruebas que certifiquen la calidad de milagro o engaño. Es así como el médico observante consigna como prueba de la veracidad del milagro (que no de los

³ Brumberg, J.J., “Fasting Girls. The emergence of anorexia nervosa as a modern disease. Cambridge, Harvard University Press, E.E.U.U., 1998., pág.49.

hechos), la ausencia de heces u orina lo que verifica por un lado la prueba de la ausencia de ingesta de alimentos como por otro la garantía de su “pureza”, ya que no existe suciedad alguna o mácula que contamine su cuerpo. Nada que pueda contribuir a “ensuciar” la sublime pureza de la doncella.

“Sus partes privadas eran limpias; por lo tanto nada caía al suelo”.⁴

No siempre la observación confirmó la dirección del milagro, como en el caso de Eva Vliegen, la doncella milagrosa de Moers, en Westfalia, quién pasó treinta años enclaustrada en una celda sin comer nada pero, que en el año 1628 a propósito de una inspección de verificación le fueron encontrados alimentos de distintos tipos, entre ellos miel, mantequilla y queso.

Como todo milagro ya no ofrecido al Otro en el caso de las santidades, sino más bien ofrecido al otro del observador, el testimonio debía ser acompañado por una cierta multiplicidad de la oferta, por lo que generalmente presentaban otras manifestaciones como visiones (administradas por ellas), practicas autolesivas y estigmatizaciones que nos remiten a las descripciones más clásicas de la histeria.

Resulta interesante consignar cómo esta sintomatología de “apoyo” o de apuntalamiento al síntoma princeps de la Anorexia-Bulimia, como lo representa la restricción a la ingesta alimentaria, se presenta con frecuencia aún hoy en términos de prácticas autolesivas, “intuiciones” reveladoras, culpa y recriminaciones, y en general síntomas que remiten a escuchar en ellos la estructura clásica de la histeria. Formas de la histeria dónde el cuerpo se significa como ofrenda a partir de una resta,

fijándose esta marca (en los vaivenes de su desplazamiento) en el significante de la doncellidad, que ofrecida como prueba de una resta, se presentifica en lo Real como ausencia de amenorrea. Esto es, la ofrenda del cuerpo al otro se significa a partir de las ofertas de su doncellidad, donde el cuerpo se sustrae y por ello se ofrece a la mirada del otro como imposibilidad o ausencia. Lectura del cuerpo que atraviesa las ausencias: de cuerpo por la delgadez insignificante (imposible de significar), de heces o excrementos (impurezas) y de menstruación a partir de la amenorrea. (inmadura para el sexo).

La resta significada de este modo da cuenta del par sintomático Anorexia-Bulimia, al integrar a la Bulimia como la contraparte de un mismo síntoma en lo que esta tiene de resta o de rechazo a partir del vómito sistemático. Cuerpo ofertado pero simultáneamente restado al otro. Oferta y negación de la oferta en una simultaneidad que, como ofrenda, se sostiene frente a la mirada del otro como ajenidad, como aquello que no le pertenece ya que hay otro al cuál se le dirige en definitiva la oferta. Es mostrar y ofrecer lo que con certeza no le pertenece, ofrecerse como objeto al otro en un acto de perpetuo rehusamiento.

En 1649 se consigna el caso de Marthe Taylor nacida en Derbyshire, Inglaterra, quien a los 18 años inicia una amenorrea junto con el inicio de una lectura de las sagradas escrituras que continuó de modo frenético por días y noches. Al tiempo aparecieron vómitos purgatorios tras las comidas y dejó de comer alimentos sólidos durante doce o trece meses, período en que sólo bebía zumos de frutas y almíbar. Después de su

⁴ Op. Cit. Pág.49

muerte se publicaron varios libros que relataban sus milagros, que de este modo, pasaron a constituir la letra de una historia que se ofrece como relato que, como cuerpo eso no era posible en la trama... lo hace entonces al modo de una resta. Milagro que en su desplazamiento, desde la santidad (oferta al Otro), al milagro (oferta al otro, pero al Otro) se desplaza (en tanto se oferta a otros desde el milagro al prodigio). Ya no es la castidad lo que se significa, sino más bien es lo prodigioso del evento. Ya no es la resta lo que opera sino más bien la exhibición, la exposición lo que se significa.

4) **La Anorexia Como Prodigio. El Cuerpo Como Levedad.**

El desplazamiento desde lo milagroso a lo prodigioso dice relación con el inicio del desplazamiento epistemológico dónde la cosmo-visión a la base de todo conocimiento (el fundamento explicativo) pasa desde un Dios, que es fuente única y última de todo conocimiento, al hombre, como sujeto observador capaz de dar cuenta de la causalidad de los fenómenos. Sutíl primero, opera no obstante como un sustrato que desplaza el orden de las cosas de lo divino a lo humano. En cierto modo se puede leer como el desplazamiento del Otro al otro, a múltiples otros en una operación significativa.

De hecho disminuyen drásticamente las canonizaciones que funcionalmente confirmaban el milagro como una manifestación de lo divino y por ello avalaban el

lugar de una santidad, que aunque mediada por la mirada del otro, garantizaba en el rehusamiento o la resta, una relación al Otro, todo potencia y universalidad.

Lo anterior cobra fuerza de Ley a partir de las normas dictadas por el “papa” Benedicto XIV que prohíbe los ayunos como muestras de santidad y los restringe en sus usos y modalidades.

Se favorece de este modo el paso de las “doncellas milagrosas” a “las muchachas ayunadoras”, que no aluden a la ofrenda de la doncellez ni a la atribución de la intervención de Dios, poniendo el acento en la muchacha como Sujeto y trasladando el significante del adjetivo al verbo. De este modo se pasa de un rol pasivo, dónde el acento se pone en dejar de hacer, al acento en el hacer. No obstante, como todo desplazamiento situado en el continuo diacrónico de una exégesis, se mantiene una continua ambivalencia respecto a la particular relación al Otro u otro que se establece, según se adscriba el fenómeno a lo natural o lo divino.

La búsqueda de la causa no se establece en el orden de lo religioso o lo divino, sino más bien en la naturaleza de un sujeto particular, de su organismo, pasando de ese modo de una observación acerca de la veracidad o el engaño (confirmación o desconfirmación de un milagro) a la descripción y conceptualización de un fenómeno natural. Es la antesala de la observación del fenómeno, la descripción sistemática de lo observado, la búsqueda de la “ratio” que explique la ley del fenómeno, las hipótesis y sus verificaciones, aunque incipientes, empiezan a marcar el ritmo de este nuevo desplazamiento.

Uno de los ejemplos emblemáticos lo constituye el caso de Ann Moore, la fasting woman of Tutbury, cuya biografía se editó alrededor de 1813 en E.E.U.U. e Inglaterra, que alcanzara tanta “celebridad” (figuración en el plano de lo social que no de lo divino) al punto que el Columbian Museum de Boston reprodujo su figura en cera. En 1807 Ann había logrado el reconocimiento social de anoréctica atribuyendo su rechazo a la ingesta, al hecho de cuidar a un enfermo ulceroso, el que destilaba un olor pestilente como consecuencia de sus heridas. Ann debía curar las llagas del enfermo y lavar a diario las sábanas impregnadas del líquido viscoso que emanaba de las heridas. Los parroquianos atribuían los vómitos de Ann a que los alimentos le recordaban las heridas y olores del enfermo y por ello se veía en la obligación de vomitar algo semejante a lo rechazado. De este modo la causalidad es atribuible a una condición que, aunque psíquica, opera a nivel del cuerpo: el asco.

“Se veía obligada a vomitar una especie de materia viscosa similar a la que manaba de las heridas del enfermo”.⁵

En 1809 Ann fue “sometida” a observación por el Dr. Granger quién atribuyó el rechazo a la ingesta como una consecuencia de la dificultad para deglutir y de los dolores gástricos extenuantes que experimentaba después de haber comido. Ann invocaba a Dios y apelaba al carácter religioso, espiritual y moral de sus actos, los cuales reforzó con lecturas y opiniones de orden religioso los que difundía en su comunidad. Para soslayar esta dicotomía entre la atribución a Dios (lo divino) y la atribución a la Naturaleza (lo humano) se solicita una investigación oficial a Robert

Taylor del Royal Colledge of Phycisians (Orden no religiosa sino física). Ann fue observada de este modo sistemáticamente (científicamente) por 117 personas. Esto es, fue exhibida frente a un número importante de personas, pasando de este modo de la observación del otro a la de otros. Después de 40 horas de control, la multitud exigió observar el fenómeno por si mismos, pasando de este modo a la exhibición pública y por ello provocando admiración y “espectacularidad” en los presentes. A pesar de los intentos por oficializar una causalidad y atribución, el caso Ann mantuvo interpretaciones que aluden a distintas significaciones: que se trataba de una manifestación del poder sobrenatural de Dios (un milagro), que se alimentaba exclusivamente de aire (prodigio), que padecía alguna enfermedad del esófago (un mal, padecimiento o enfermedad, un desarreglo orgánico) o que simplemente era un fraude (el engaño). En 1813 se intento una investigación más rigurosa que se encomendaba a tres investigadores eminentes, los cuales sometieron a observación a Ann por el espacio ininterrumpido de tres semanas, y a los diez días reveló que existía orina en sus ropas de cama (había algo) que agudizó las indagaciones al punto de descubrir poco después un pañuelo empapado en vinagre y agua.

Al parecer su hija Mary la había alimentado con pañuelos empapados en vinagre y con trozos de comida que introducía subrepticamente en su boca y le transmitía por sus besos. Ann firmó una confesión pública y las cosas se restituyeron al orden vigente, al de la naturaleza de un cuerpo que estaba sometido a leyes (impuestas por otros), entre las cuales la inanición resultaba antinatural y por ello excluida como

posibilidad. Idéntica alusión a esta ley podemos leer hoy día en los diagnósticos del DSM I dónde, entre las características diagnósticas, ocupa un lugar relevante la ley física del peso unida a una ley natural del organismo, al modo de un lectura del tipo: tanto pesas, tanto eres.

Se trata hoy de negar la naturaleza deseante del sujeto como ayer lo fue la pertinaz demostración que a Ann no la mantenía con vida simplemente el espíritu.

En esta dirección de negar la atribución a lo divino, adviene durante los siglos XV al XVIII una especial inclinación por considerar los casos de inanición y rechazo a la ingesta como algo endosable al orden ya no de Dios, sino de lo demoníaco, o en el mejor de los casos a la brujería. Si no es de Dios, entonces del diablo, pero ello garantiza que es del orden del espíritu más allá de la virtud o de la maldad. De hecho, las acusadas de brujas eran pesadas para ver si su peso corporal correspondía a lo que podía representar según su altura (sin que existieran tablas de peso se buscaba encontrar una razón), que en caso de no responder a lo esperado se podía estimar que la acusada podía corresponder a una bruja: esta en su condición de voladora debía ser necesariamente muy ligera... de peso.

Algunas mujeres ayunadoras que no pasaron la prueba del peso y fueron acusadas de bruja fueron, Columba de Rietti, María Magdalena de Pazzi, Jane Stretton, etc.

De este modo los casos de brujería eran remitidos al exorcismo. Los otros, las enfermedades, eran tratadas por los médicos, en ambos casos se trataba en cierto modo de lo mismo: de una cuestión de peso.

Finalmente, dentro de los desplazamientos de lo santo, a lo milagroso, y desde allí a lo prodigioso, se produce en este último, un giro particular que dice relación con la oferta a los otros. Este giro, dentro de un mismo desplazamiento (el de lo prodigioso), universaliza el género del prodigio al des-ligarlo del concepto de la doncella y de lo meramente femenino. Así adviene un Sujeto en general, al cuál se le atribuye más que un “prodigio” un “saber hacer”. Al mismo tiempo marca en esto de ser cuerpo ofrecido a la mirada del otro, una connotación o adscripción de la histeria a un ámbito más general que el meramente femenino. La histeria deja de ser condición exclusiva de lo femenino. Giro que retorna a lo humano y abandona definitivamente la posición de lo divino, adscribiendo la responsabilidad de la gestión al “arte” del saber hacer. De este modo, las atribuciones causales no son motivo de indagaciones que reclamen el protagonismo de lo humano o lo divino, sino más bien se sitúa la atribución en la producción de lo humano. De un fenómeno que se “produce” pasa al de un fenómeno “producido”. De la obra de Dios a la obra del hombre. Fenómeno de producción que establece así claramente la voluntad de “oferta” hacia el otro (el otro social) que toma la forma de la “exhibición”. De este modo se imponen en las ferias, plazas, cafés y cabarets de Europa desde el siglo XVII en adelante, incluso hasta comienzos del siglo XX (desaparecen casi definitivamente en 1930), los “artistas del hambre” o también llamados “esqueletos vivientes”, que eran sujetos que exhibían su extrema delgadez y la habilidad concomitante para permanecer vivos como consecuencia de la ausencia de ingesta de alimentos por prolongados períodos de tiempo.

“En los siglos XV y XVI, embrujos y posesiones demoníacas constituyeron interpretaciones populares de autoinanición. Sin embargo, desde el siglo XVI en adelante, el ayuno fue despojándose progresivamente de su trasfondo religioso tradicional. La autoinanición pasó a formar parte de un circuito más vulgar dónde se desarrolló gradualmente hasta convertirse en un espectáculo comercial”.⁶

Claude Ambroise Seurat (l'HommeAnatomique) en el siglo XVIII medía 1.72 mts. y pesaba 27 Kg., no obstante el prestigio alcanzado con sus exhibiciones ,este no pudo sustraerse a la mirada del positivismo científico que se imponía a la época, de modo que a su muerte se le practica una autopsia (se le observa a tajo abierto) en busca de alguna causalidad orgánica que justificara su delgadez. Desafortunadamente para el prestigio de su arte se encuentra en su interior una tenia o lombriz solitaria de 5 mts. de largo.

En muchos casos el arte pudo más que la ciencia de modo que estos “artistas del hambre” lograron el reconocimiento social correspondiente y la consecuente retribución monetaria por parte del público que presenciaba el espectáculo. De hecho en 1926 en Berlín se presentaban simultáneamente seis exhibiciones simultáneas de distintos “artistas del hambre”. En 1890 Giovanni Succi había realizado a la fecha alrededor de 32 espectáculos o presentaciones públicas de ayuno. Probablemente fue este personaje el que inspiró a Kafka a escribir el cuento “El artista del Hambre”,

⁶ Vandereycken, W. y Van Deth, “From fastings saints to anorexic girls : the history of self-starvation, Londres, The Atholone Press, 1994.

dónde relata la historia, clímax y final de uno de estos sujetos que se exhibía en ferias y lugares públicos.⁷

5) La anorexia como objeto. El cuerpo como sustrato-el soma-el órgano.

La anorexia se desplaza aquí desde el arte al objeto. Si bien es cierto que desde los griegos el vocablo aludía (anorektous) a la ascesis y en los diccionarios médicos del siglo XVII se le identificaba como falta de apetito, inapetencia o trastornos del estómago(órgano), se le atribuye a Richard Morton, médico de la corte de Guillermo III, doctorado en la Universidad de Oxford (1670) y censor del Colegio médico de Londres, la primera descripción sistemática de la anorexia como objeto de la ciencia. Resulta interesante destacar que la concepción de la Anorexia como nosología, es decir como un objeto de estudio de la ciencia, cede el paso, del sujeto como objeto, a la enfermedad como objeto. Ya no es el sujeto de la Anorexia sino la Anorexia como enfermedad quién literalmente “encarna” en un sujeto, convirtiendo con ello al sujeto en cuerpo como objeto de su estudio. Son enfermedades que encarnan en un cuerpo entendido como soma, órgano que enferma por la suma o por la resta, por algo que tiene demás o que tiene de menos.

En su obra publicada en 1689, “Phthisiologia or a treatise of consumptions”, Morton pone en juego los conceptos médicos de Celso de la “tisis” (tubérculo) o la “atrofia”. Describe de este modo la “ptisis nerviosa” o “atrofia nerviosa” cuya perturbación es

⁷ Al respecto existe un trabajo del autor de la presente Tesis presentado en una monografía taller del Curso

atribuible al sistema nervioso pero claramente entendido en sus consecuencias como una “degeneración de la naturaleza”, más concretamente de la naturaleza del cuerpo ya sea por el crecimiento inadecuado (la tisis) o por la disminución degenerativa (la atrofia). Morton llamó a estas “afectaciones”, consunción nerviosa.

Si bien es cierto inicialmente Morton remite a la enfermedad como consecuencia de un trastorno del fluir de los espíritus del cuerpo, según se podría entender por el término de consunción, más tarde enfatiza el concepto de atrofia como globalidad, como algo que se sitúa más allá de un desplazamiento entre órganos, al modo de la histeria griega según se desprende de algunas descripciones que realiza a propósito del caso de un muchacho de 16 años.

“...cayó gradualmente en una pérdida total de apetito ocasionada por estudiar demasiado y las Pasiones de la Mente, y a partir de aquí en una Atrofia Universal, empeorando más y más por espacio de dos años, sin ninguna Tos, Fiebre, o cualquier otro síntoma de cualquier Destemplanza de sus pulmones”.

“...la consunción era Nerviosa y tenía su asiento en el Hábito total del cuerpo”.⁸

Si bien estas primeras descripciones marcan de manera acertada y fehaciente el desplazamiento señalado, al igual que en todos los anteriormente descritos, las posiciones no son abandonadas tan radicalmente permaneciendo permanentemente en el filo de una oscilación entre una y otra significación del cuerpo. De este modo, la

de Magister en Psicología clínica de la U.Diego.Portales en el año 1996-1997.

anorexia como objeto se debatía entre la naturaleza y el prodigio (abstinencia prodigiosa). Las atribuciones a lo prodigioso, como aquello que trascendía la concreitud de la carne, giraban en torno a las conceptualizaciones que no eran sino la forma que adquiría lo espiritual en lo natural. Son innumerables las atribuciones acerca de la alimentación producida a través del aire como una forma de nutrición que se establecía a partir de la inhalación de éste por los pulmones o por un simple intercambio a nivel de piel. Entre ellas cabe destacar, (por lo que concierne a una figura del psicoanálisis), las opiniones de Carl Gustav Jung acerca de san Nicolás de Flue, en términos que este “se alimentaba a partir del intercambio de moléculas de albúminas de un cuerpo a otro”.⁹

De cualquier modo, lo interesante de Morton radica en la descripción de la Anorexia como enfermedad, por ello como objeto, y en la significación del cuerpo como soma que ello conlleva. Un cuerpo que “tiene” los síntomas frente a un Sujeto que los “padece” en el Psicoanálisis. Por ello se trata de cuerpo de la medicina a pesar de que la consignación de los síntomas se asemejan a los descritos en el discurso de las quejas de hoy: adelgazamiento, amenorrea, pérdida del apetito, excesiva atención al estudio y actividades físicas, etc.

En una descripción que hace respecto a la hija de un ministro presbiteriano de 18 años consigna lo siguiente: “...cayó en una supresión total de sus Cursos Mensuales a causa de una multitud de preocupaciones y pasiones... A partir de ese tiempo su

8 Silverman, J.A., “Anorexia nervosa in the male :early historic cases”, A.E. ediciones : “males with eating disorders, N.York, Brunner-Mazel editores, 1990.

apetito empezó a decaer y su digestión a ser mala; su carne empezó también a ser flácida y floja... Era estimada por su estudiar y continua dedicación a los Libros, a los que se entregaba día y noche... En toda mi práctica no recuerdo haber visto a alguien que estuviera tan versado en vivir y tan consumido... como un esqueleto sólo vestido y piel, pero sin Fiebre... ni Tos o dificultad para respirar ni... ninguna otra perturbación de los pulmones o de cualquier otra víscera. Sólo su apetito estaba disminuido y su Digestión alterada”.¹⁰

Los nombres de otros observadores se sitúan al señalar a la Anorexia como objeto, como enfermedad, similares en aquello de establecer la relación de un sujeto observante y un objeto a ser observado, relación a otro Amo, por ello Otro capaz de sustentar un saber, el Otro de la Ciencia que se administra a través del nombre de un Sujeto otro que lo encarna, por mandato o intermediación, forcluyendo con ello al Sujeto de los padecimientos.

En 1764 Robert Whytt, médico de Edimburgo describe a un muchacho de 14 años que oscila entre largos períodos de restricción y adelgazamiento y otros de ingesta impulsiva. Lo atribuye este observador a un origen “nervioso”.

En 1790 Rober Willan publica “ A remarkable case of abstinence” en que relata el caso de un joven que ayuna durante 78 días a causa “ de ciertas nociones erróneas acerca de su religión”. A los 60 días de ayuno incurrió en una ingesta voraz.

⁹ Vandereycken, ob. Cit.

¹⁰ Beumont,P.J.V., “ The history of eating and dieting disorders”,Clinical Aplied Nutricion, 1, 2:9-20, 1991.

En 1798 Pinel publica su “Nosographie philosophique”, que en su título dedicado a la neurosis de digestión incluye la bulimia, la pica y la anorexia, señalando que estas correspondían a unas “neurosis gástricas”. Resulta particularmente interesante en este caso marcar la doble atribución de la enfermedad a algo nervioso, más no mental, más claramente situado en el órgano de la digestión. Es decir, aún para un psiquiatra como Pinel se imponía el Fisicalismo médico de la época, esto es la significación del cuerpo como Soma.

En 1840, Imbert, publica el “Traité theorique et pratique des maladies des femes”, dónde describe tres modos o formas de trastornos, la anorexia, la bulimia y la pica, todas ellas denominadas (“neurosis del estómago”), más claramente aún que Pinel”. Distingue de cualquier modo dos tipos de anorexia, una atribuible a lo mental y una atribuible al estómago y las denomina “anorexia mental” y “anorexia nerviosa”. Si bien la concepción de “nervioso” no eludía el fisicalismo de un órgano como sustrato, resulta relevante consignar la sintomatología “mental” que describía Imbert en forma asociada, como la melancolía, el temor, el susto, la ira y la cólera.

En 1859, el 31 de julio, Louis Víctor Marcé escribe una nota para un congreso de la Sociedad médica de París titulado “Note sur une forme de délire hypochondriaque consecutive aux dyspepsies et caractérise principalement par le refus d’aliments” en que describe la sintomatología de la Anorexia a partir de una mirada médico científica –semiológica desde una relación sujeto-objeto.

“...Profundamente impresionados, sea por la ausencia de apetito o por la incomodidad causada por la digestión, estos pacientes llegan a una convicción delirante de que no pueden o no deben comer. En una palabra, el trastorno gástrico nervioso se hace cerebro-nervioso... Todos los intentos de constreñir estos pacientes para adoptar un régimen suficiente, son opuestos con estratagemas infinitas y una resistencia inconquistable... La predisposición nerviosa aumenta con la debilidad del organismo; los sentimientos afectivos sufren alteración, y toda la energía intelectual se centra en las funciones del estómago; incapaces del más ligero esfuerzo o de sostener la menor conversación más allá de sus ideas delirantes, estos infelices pacientes sólo retoman alguna energía para resistir las tentativas de alimentación; es la idea delirante lo que constituye el punto de partida, y dónde reside la esencia de la enfermedad; los pacientes no son dispépticos: son locos”.¹¹

El concepto que introduce Marcé de este modo es el de delirio hipocondríaco, atribuyendo la anorexia a un modo de delirio y con ello abriendo nuevamente un espacio a lo mental aunque éste tuviera en última instancia una cierta atribución orgánica en tanto órgano físico que sustentara dónde poder localizar espacialmente la atribución. Lo mental debía tener un lugar dónde ello cobrara lugar, y éste debía ser necesariamente físico.

Son precisamente estos giros que, sin apartarse de una significación del cuerpo en tanto soma o estructura física de soporte, tangencialmente aluden a un cierto

¹¹ Silverman, Ob.cit.

desplazamiento hacia nuevas significaciones dónde lo mental tenga un estatuto propio que propicie por ello su particular lectura.

Lo que el giro no logra desplazar es sin embargo la particular relación al Otro del saber signado por la intermediación de aquellos que ocupan el lugar de ese discurso, los médicos e investigadores. Lugar de saber que postula una causalidad como testimonio de una verdad toda.

En el año 1873, William Whitney Gull, en la XXIV reunión de la Sociedad clínica de Inglaterra, lee un trabajo titulado “Anorexia nerviosa”, el mismo que un año más tarde presenta con el título de “Anorexia nerviosa (apepsia histéryca, anorexia historyca). Antes de 1873 había utilizado el término de” aepsia histérica” que cambia finalmente por el de anorexia por determinar que su causalidad no operaba como un trastorno gástrico sino más bien como una falta de apetito. Rechaza el término histerica por negar la participación del útero en la anorexia y pero si suscribe la participación del sistema nervioso.

Circunvoluciones, giros y rozamientos en torno a un significante que comienza a cobrar nombre de modo independiente al del sujeto del enunciado.

Cuatro años después, Samuel Fenwick, médico londinense, publica un extenso tratado de tipo descriptivo (“On atrophfy of the stomach on the nervous affections of the digestive organs”), respecto a la anorexia que no obstante no alude a los nombres que se insinuaban como significantes de giros y desplazamientos, como lo constituyen los términos de anorexia e histeria.

En E.E.U.U. en 1879 un cirujano de apellido Hammond publica una obra referida a las fasting girls dónde incorpora los conceptos enunciados por Gull.

William Osler de la John Hopkins School of Medicine, en un tratado de medicina clásico, en 1892, describe aludiendo a los trabajos de Gull, que “el más relevante y sorprendente trastorno digestivo de la histeria, es la Anorexia nerviosa”.

Silas Mitchell describe un trastorno denominado “neurastenia” que se puede transpolar por sus descripciones al de la anorexia nerviosa. Distinguió los trastornos gástricos y la pérdida de apetito como manifestaciones de la histeria.

No obstante dentro de los giros y roces que la definición de la enfermedad va estableciendo, le corresponde a Ernest Charles Lasague, nacido en 1816, el acto fundacional de darle nombre y designarla como anorexia nerviosa propiamente tal. Titular de la cátedra de Medicina clínica en el Hospital de La Pitié, publica en 1873, en los Archivos Generales de Medicina de los cuales era editor, su artículo, “De l’anorexie histérique” dónde describe la enfermedad de este modo bautizada.

“Al principio el paciente siente incomodidad tras las comidas, una vaga sensación de plenitud. Las mismas sensaciones se repiten a lo largo de varios días. Pueden ser ligeras, pero son tenaces. Siente que el mejor remedio para este malestar indefinido será disminuir la ingestión de alimentos. Hasta aquí no hay nada relevante en el caso. Pero gradualmente reduce más y más su comida, y formula pretextos para hacerlo... Al final de unas pocas semanas ya no se da una repugnancia temporal, sino un rechazo del alimento que puede prolongarse indefinidamente. ¡La enfermedad se ha

declarado!.. comida tras comida son inacabadas y casi siempre algún artículo de la dieta resulta suprimido sucesivamente...La abstinencia tiende a incrementar la aptitud para el movimiento. La paciente se siente más ligera y más activa... Tanto la familia como los médicos que la atienden están crecientemente preocupados, y la anorexia se convierte gradualmente en la única preocupación y en el único tema de conversación... cuándo se le dice que no es posible vivir con la cantidad de alimento que no bastaría a un niño, replica que le suministra suficiente nutrición, añadiendo que ella nunca ha rehusado emprender cualquier trabajo. Ella sabe mejor que nadie lo que necesita. Además le sería imposible tolerar una dieta más abundante... Dice que nunca ha tenido mejor salud y que no sufre en absoluto”.¹²

Lasegue distinguía tres momentos en su presentación respecto de la anorexia nerviosa, que remiten a modos sintomáticos de presentación en términos de un aumento progresivo de la demanda propia de la histeria.

Un primer momento se muestra con un malestar al comer, restricción de los alimentos, aumento de la actividad física y reticencias respecto a la intervención de figuras afectivas cercanas relevantes, (padres, hermanos). Un segundo momento dice relación con un empeoramiento mental de la paciente, obliga a la intervención médica (otro que ya no la familia), limita las conversaciones al tema de la alimentación, la menstruación se hace irregular o insuficiente (amenorrea) y la constipación intestinal se hace muy intensa. En el tercer momento el deterioro físico es evidente, aparece

¹² aségue, C, “De l’anorexie hystérique”, Archives Généralés de Médecine, Abril, 1873, pp.385-403.

amenorrea, sed persistente, piel pálida y seca, constipación resistente, atrofia gástrica, anemia, vértigo y desmayos.

Lasegue osciló entre el término “inanición histérica” y “anorexia histérica”, constituyendo lo importante el hecho de adscribir la anorexia a la histeria como su modo o forma de presentación.

En este punto del desarrollo de la exégesis, es interesante resaltar cómo los giros y desplazamientos van preparando el terreno hacia una próxima disputa que estará más centrada en la relación cuerpo-mente, la que se impone como un imperativo epistemológico en aquella aproximación Sujeto-Objeto que se muestra a todas luces insuficiente, más allá de los logros y esfuerzos desplegados, por circunscribir toda forma de conocimiento a un modo objetivo y positivista.

Es precisamente en los retruécanos de su insistencia dónde se instalará la imposibilidad de una verdad, que operará deslizando la disputa respecto a la Anorexia como enfermedad adscribiéndola sucesivamente en giros y circunvoluciones al territorio de una u de otra: Cuerpo o Mente.

La disputa ya se da en el reino de los hombres, más concretamente en el ámbito de un cierto saber, quedan atrás las atribuciones a lo divino sea por la vía de la santidad o el milagro, también lo hacen a su turno los prodigios y el arte, para dar espacio a la disputa del sujeto del saber que determina a la Anorexia como objeto: una enfermedad. Y en tanto, según sea más fuerte el polo de su reduccionismo, la Anorexia será una enfermedad mental o física.

Se prepara de este modo un nuevo desplazamiento que deja a la anorexia en el borde de esa disputa: entre cuerpo y mente.

“La porción crédula del público, anhelante de milagros, declinaba progresivamente, y en su lugar se difundían vastamente las perspectivas de la profesión médica. La satisfactoria anexión de la abstinencia prodigiosa al campo de la medicina proclamó el declive del fenómeno. Un milagro apelaba a la imaginación de todo el mundo, mientras una niña enferma quedaba muy lejos de lo excepcional. En lugar de entretenimiento, esta última suscita piedad en el mejor de los casos. Igual que dos centurias antes en casos de posesión demoniaca los médicos transformaron los posesos en enfermos, también ahora la abstinencia prodigiosa se transformó en enfermedad. Al iniciarse nuestro siglo, las observaciones y persecuciones judiciales han sido suplantadas por diagnósticos y tratamientos médicos”.¹³

6) La Anorexia Como Objeto. El Cuerpo Como Dicotomía Mente-Cuerpo.

Así planteados los términos de la disputa, los giros se establecen en todas las direcciones, configurando un cierto borde que repite la historia del síntoma en esto de oscilar entre un lugar y otro.

Huchard en Francia propone en 1883 el término de anorexia mental en vez de anorexia histérica aludiendo que en la anorexia no se expresaban los síntomas conversivos clásicos de la histeria como la ceguera, parálisis, anestias, etc. Disputa

¹³ andereycken y Deth, Ob.Cit. pág.73.

que se desplaza ya no sólo intra síntoma, es decir: si en la anorexia no sólo co-existen o se superponen síntomas físicos y mentales, sino también se producen las diferenciaciones en torno a cuadros de similares descripciones como en el caso de la neurastenia descrita por Silas Mitchell en E.E.U.U.

La anorexia se coteja de este modo con otros dos trastornos descritos de similares características, confundiendo y complejizando los diagnósticos diferenciales con estas. Se trata de la dispepsia y de la clorosis. El primero de estos trastornos, la dispepsia, aludía a un trastorno digestivo con molestias después de las comidas que no revelaban ninguna causalidad orgánica determinada, por lo cuál, era susceptible pensar en un origen de tipo mental. Racionio de atribución que sigue operando hoy día en la medicina y que se patentiza en los casos de las histerias conversivas en dónde la exclusión de un causalidad física remite a un origen psíquico de la enfermedad. En el caso de las histerias de conversión esto resultaba refrendado por los efectos paradójales de la conversión respecto al correlato fisiológico: parálisis imposibles (fisiológicamente hablando) de ocurrir, hiperestesia en pares de nervios que no operan en simultaneidad, etc. Todas ellas paradojas que aluden claramente a un origen psíquico y no físico de la enfermedad.

Se podría decir de este modo, que aún hoy día, las derivaciones médicas a psiquiatría son consecuencia de la verificación de paradojas fisiológicas, o en su defecto de la ausencia de alguna causalidad verificable que las justifique. Es psíquico lo que la

medicina, o no sabe, o aquello que paradójicamente ocurre en contra de la prueba científica.

El otro trastorno descrito es el de la clorosis, también denominada la enfermedad verde por el color pálido verdoso de los rostros de los enfermos. Sus síntomas eran amenorrea, palidez y rechazo a los alimentos. Se observaba también respiración entre-cortada, dispepsias y cefaleas.

Johannes Lange había descrito un trastorno similar que lo llamó “morbus virgineus” o trastorno de las vírgenes en alusión a su sintomatología más relevante como lo constituía la palidez, rechazo a los alimentos, pero por sobre todo la amenorrea, acentuando con ello el origen sexual y fijando su inicio en la adolescencia.

La descripción de la clorosis busca con posterioridad establecer la diferencia entre una clorosis anémica, (anemia ferropénica), que cursaban con melenas, diarreas y presentaban palidez, astenia y disnea pero no tenían amenorrea y la clorosis anoréxica con clara presencia de amenorrea. De este modo la enfermedad quedaba claramente descrita y adscrita en sus diferencias al plano de lo mental y de lo psíquico, constituyendo el punto de diferenciación la ausencia o presencia de amenorrea en clara alusión a lo sexual. De este modo el diagnóstico de la cloroanemia desaparece al empezar a ser tratada como anemia hipocrómica, mientras la cloroanorexia, deriva a la anorexia y a la histeria, (durante un tiempo clorosis e histeria se superponían). Se abría así un desplazamiento desde lo físico a lo mental, un giro hacia la Anorexia que privilegia el ámbito de lo psíquico e instala las preguntas en un cuerpo psíquico y por

ello en cierto modo “simbólico”. Campo más propiamente del psicoanálisis dónde de cuerpo hablado o significado metafóricamente se trata y ya no de cuerpo signado en lo real, de un sustrato físico no simbolizable.

7) La Anorexia Como Sujeto. El Cuerpo Psíquico. Cuerpo Simbolizado.

Este campo abierto por las diferencias planteadas en la clorosis permite diferenciar más claramente los ámbitos de lo Real y lo Simbólico del cuerpo, y abre paso a la incorporación de más variados y complejos criterios diagnósticos.

En 1763 Boissier de Sauvages incluye el trastorno del apetito como criterio diagnóstico de la clorosis.

Gilles de la Tourette en los albores del siglo XX diferencia entre anorexia mental primaria y secundaria, esta última no tendría como criterio diagnóstico la pérdida del apetito sino más bien se trataría de una negación sistemática a la ingesta y una alteración deliriosa respecto de su imagen corporal.

Es Pierre Janet, en 1903, quién sitúa a la Anorexia en el plano más claramente de lo psíquico o mental al distinguir entre dos tipos de anorexia, la obsesiva y la histérica.

En la forma obsesiva se mantendría la sensación de hambre y los síntomas se centrarían en relación a un disgusto con su cuerpo (insatisfacción), miedo a engordar y a desarrollarse y hacerse mujer. La forma histérica, mucho menos frecuente, implicaría una pérdida real del apetito, se desarrollaría una incapacidad real para comer, con parestesias, sensaciones anormales, sabores desusados y frecuencia de

vómitos y regurgitaciones. Janet al situar a la anorexia en el plano de lo mental, argumentaba que los pacientes presentaban “una multitud de pequeños delirios relacionados con los alimentos y el comer”. Janet relacionó esta sintomatología con lo sexual, con afectaciones del pudor y un temor a desarrollarse y advenir a la sexualidad adulta.

Freud en 1905 describió a la anorexia como una forma de melancolía en la que la sexualidad no habría alcanzado un adecuado desarrollo, clasificándola como una “neurosis nutricional”.

La diferencia más clara entre Janet y Freud radicaba en la interpretación que le atribuían al ayuno o a la restricción alimentaria. Para Janet constituía la superación o control del hambre, para Freud la repugnancia o malestar provocada por la significación a nivel simbólico y sexual de los alimentos.

Más allá de estas diferencias, la formulación Freudiana del inconsciente daba lugar a conceptualizaciones que se situaban en otro plano que el de la causalidad física y aludían a una metafísica del orden de lo psíquico, como instancia de soporte a leyes de otro orden que la mera racionalidad. Las conceptualizaciones de inconsciente, pulsión, deseo, etc., junto con constituir el andamiaje que posibilita teorizar y operar clínicamente en el psicoanálisis, le estaba otorgando un espacio psíquico largamente disputado a la Anorexia. Así como Lasegue había nombrado a la Anorexia como Anorexia nerviosa, Freud había formulado el concepto de inconsciente abriendo con ello un nuevo horizonte epistemológico restaurando al sujeto su calidad de tal y

desplazándolo de la posición de objeto en la cuál lo había situado el positivismo en todas sus formas de Racionalismo.

Pero simultáneamente otros espacios se constituían y hacían el giro en contrario, marcando así un claro desplazamiento desde una dicotomía que se sostenía en un borde de oscilación entre lo físico y lo psíquico, hasta un lugar de clara diferencia de significación de planos de la enfermedad, es decir, una trama singular dónde sustentar las significaciones de la Anorexia como enfermedad, marcando con ello otro desplazamiento como es el de Objeto a Sujeto.

De este modo, los giros se hacen claramente dicotómicos y polarizan sus posiciones inaugurando modos diferenciados u horizontes comprensivos que se distinguen tan claramente entre ellos al punto de generar oposiciones irreconciliables.

8) **La Anorexia Como Objeto. El Cuerpo Físico. El Cuerpo De La Química. Cuerpo**

Atomizado.

Morris Simonds, patólogo de la Universidad de Hamburgo, descubre en 1916 (tras la primera guerra mundial) una forma de caquexia debida a la destrucción del lóbulo anterior de la hipófisis. Con posterioridad postuló que la caquexia era consecuencia del hipopituitarismo. Si bien la caquexia podía ser atribuida a cáncer de pulmón, tuberculosis u otras innumerables causas, la Anorexia quedo marcada por estas

atribuciones y durante mucho tiempo numerosos pacientes anoréxicos fueron diagnosticados por la caquexia de Simmonds.

Lo anterior suponía un tratamiento en base a extractos de hipófisis generando de este modo una organoterapia como indicación a la Anorexia que descartaba toda atribución o correlato psíquico de la enfermedad.

Berkman en 1930, replica la investigación de Simmonds al estudiar a 117 pacientes en estado de caquexia y demostrar que la insuficiencia hipofisiaria que presentaban tales enfermos era claramente reversible y eran producto mas bien de la inanición, que causa de ella. De este modo la hipótesis que la Anorexia no era sino la manifestación de una carencia hipofisiaria quedo relegada a la historia. Curiosamente habría que destacar que en muchos estudios se vuelve a insistir en esta vertiente de situar a la Anorexia como una disfunción hormonal, cobrando particular interés la hipófisis como glándula comprometida, a pesar de los estudios establecidos como réplicas en su contra.

A mayor abundamiento, Escamilla y Lisser en 1942, revisaron 595 casos incluidos en los estudios y consignados como la enfermedad de Simmonds. De los 595 casos, sólo 101 demostraron una patología hipofisiaria y en ninguno de ellos necesariamente era esta carencia la génesis, sino más bien la consecuencia de una caquexis.

9) La Anorexia Como Sujeto Social. El Cuerpo Social. El Cuerpo Familiar.

La anorexia toma en este nuevo giro el lugar de un sujeto pero de sujeto social, la apuesta se extiende hacia un cierto determinismo por parte del medio que haría consonancia con ciertos factores de personalidad.

Inicialmente en 1939, John Alfred Ryle, médico inglés, justificaba el incremento de la anorexia como consecuencia de la notable “emotividad” de los jóvenes y la extensión y popularización de la moda de la delgadez, abriendo con ello las primeras direcciones hacia establecer el peso de los factores culturales en la etiología de la anorexia como enfermedad.

Hilde Bruch, 1974, 1978, formula con más decisión la teoría acerca de que la anorexia nerviosa debía entenderse en términos de desarrollo de la personalidad total (conceptualizaba la personalidad desde lo multifactorial) en interacción con la cultura centrada en su nicho ecológico más inmediato, como lo constituía la familia.

Se oponía a las conceptualizaciones del psicoanálisis acerca de una determinación psicosexual o a una determinación inconciente.

Distinguía dos tipos de anorexia, una primaria dónde prevalecía preferentemente la distorsión de la imagen corporal, la incapacidad para reconocer estados internos como el hambre y las emociones, una sensación derrotista o de ineficacia, y una influencia externa tal de modo que la paciente estaba determinada por un “locus externo”; una secundaria o atípica que implicaba una pérdida de peso grave debida a conflictos internos. La comida, la nutrición y alimentación estarían saturadas de interpretaciones simbólicas erróneas acerca de la ingesta y función alimentaria.

De este modo Hilde Bruch inaugura una apertura desde la cuál se va estableciendo una tendencia a otorgar un peso cada vez mayor a la determinación cultural como agente patogénico de la Anorexia. Se impone la enfermedad entonces desde el medio, desde la interacción con un medio que favorece, direcciona y facilita la enfermedad. Sin duda debían co-existir factores de personalidad concomitantes para que la enfermedad “prendiera” en el paciente.

Más claramente aún, Mara Selvini Palazolli, psiquiatra italiana, en 1963 publica un libro sobre la “autoinanición” en el cuál asienta el peso de los factores culturales. Ella establecía que el incremento de las restricciones alimentarias se producen a partir del milagro económico italiano a partir de 1948. Atribuyó el incremento a las condiciones de opulencia que otorgaba una economía orientada y facilitadora del consumo.

Por otro lado reconocía como los agentes transmisores más relevantes de los valores y tradiciones de la sociedad a la familia. Los alimentos podían simbolizar los conflictos sociales que se reproducían a escala familiar y se dirimían por la vía de la simbolización en las relaciones de comida, nutrición, ingesta, digerir, rechazar, etc. el acento que Selvini establece es que el fenómeno sólo es posible en las familias y sociedades de cierta opulencia dónde el alimento es abundante, fácilmente asequible y sistemáticamente ofertado.

Desde otra perspectiva Jean Martin Charcot, director de la Salpêtrière en 1889, había establecido la importancia de la familia en la anorexia histérica como elemento

inductor de la enfermedad. De este modo introduce la “parentectomía” que consistía, durante las crisis, en aislar al paciente respecto de su familia como fórmula terapéutica. Les indicaba a los padres:

“Que debían irse lejos, o simular que se iban... lo más rápidamente posible”. Cuando el aislamiento se conseguía, los resultados según Charcot eran “rápidos” y “maravillosos”.¹⁴

Samuel Fenwick, citado con anterioridad, observaba al igual que Selvini, que la opulencia era un factor externo de inducción en la enfermedad al referir:

“Es mucho más frecuente en las clases más ricas de la sociedad que entre quienes deben procurarse el pan como sustento diario”.¹⁵

En apoyo a las atribuciones sociales Habermas escribe acerca de la Bulimia, denominada por él heisshunger (apetito voraz), y considera que la Bulimia se incorpora más tarde en la historia del diagnóstico de la Anorexia-Bulimia y se establece como consecuencia de la presión y lucha de los médicos en contra de la obesidad impelidos por factores científicos y culturales.

Russell sugiere que la anorexia nerviosa incorpora también más tardíamente a la Bulimia como el correlato de su síntoma, y lo atribuye a la patoplasticidad de las enfermedades que se hacen maleables en el tiempo al modificarse como

¹⁴ Brumberg, Ob.Cit.1988.

¹⁵ Fenwick,S.,”On atrophy on the stomach and on the nervous affection of the digestive organs, Ed.Churchill,Londres,1980.

consecuencia de factores históricos o de circunstancias sociales y culturales determinadas.

El estallido del rechazo social a toda forma de obesidad o sobrepeso y el anhelo de delgadez tienen que estar forzosamente en la cimentación del fenómeno.

Al respecto Stunkard, refiere a propósito de los colegios ingleses y apoyado en un estudio estadístico realizado al respecto:

“Al iniciarse la década de los setenta, el vómito era ampliamente practicado por la muchachas de los colleges prestigiosos. En esa época, una estudiante comunicó que una cuarta parte de las chicas de su dormitorio que tenían un peso normal vomitaban en un intento de controlar su peso”.¹⁶

Particular modo de situar el Amo, al situar la determinación de la enfermedad en un otro externo que pasa a encarnar al Otro, Amo al cuál se le responde en la repetición de un síntoma que se le ofrece. Discurso tranquilizador, que objetiviza al Locus en una falsa externidad y posibilita su aprehensión. Si está en la sociedad es posible de ser regulado, dominado por los consensos y sublimado en las democracias.

¿Y si el amo demanda de Otro lugar? ¿Qué habría allí con las restricciones o prohibiciones y prescripciones?

¹⁶ Stunkard, A.J., “ A history of binge eating”, en C.G. Fairburn y G.T. Wilson ediciones, : Binge eating : nature, assessment, and treatment, N.York y Londres , 1993.

No en vano se han mostrado inútiles las prescripciones, sean estas sociales, religiosas o médicas frente a la solidez del síntoma de la Anorexia-Bulimia, ya que probablemente algo se Pre-escribe en la Prescripción.

Una mirada de la Anorexia como un Sujeto social, sólo traslada el problema de modo tal que aquello que la medicina intenta suprimir (de allí la agresión que manifiesta en términos bélicos: Bomba de Cobalto, etc.), al socializar la causalidad e impedir un ataque directo, se manifieste por la vía de la fobia, la huida.

10) La Anorexia Como Sujeto. El Cuerpo Del Individuo Como Objeto.

En el recorrido diacrónico de la lectura de la Anorexia que se ha venido desplegando a través de los desplazamientos, giros y oscilaciones, se desvanecen los nombres con los cuales dar cuenta de estas circunvalaciones para finalmente tener que hablar desde otro lugar, el único posible: A nombre propio.

Es en la sincronía de un ocurrente, del Acto de lenguaje o su silencio, por dónde se habrá de intentar configurar el borde feble de una clínica. Es quizás por ello que éste último desplazamiento, ha de ser el preludeo a la presentación de unos casos clínicos, (viñetas), y de la discusión de estas presentaciones, por dónde se intentará hablar acerca de un síntoma que aunque, con presentación propia por un lado, oscilará entre los vaivenes de los desplazamientos desarrollados, y por otro remitirá a un cuerpo hablado y por ello a su turno, desplazado de su condición de objeto.

De cualquier modo, para entender este último corte, habría que decir que en la lectura propuesta acerca de la exégesis de la anorexia, se constata actualmente un último desplazamiento dónde la anorexia pasa a establecerse como Sujeto, que en tanto enfermedad protagónica, es ella en si misma una entidad que cobra significación, se hace un nombre y por ello se torna significante en la matriz cultural de lenguaje que la sustenta. La enfermedad es el sujeto, y el individuo que la sustenta se ofrece así en nombre de la Anorexia como un mero cuerpo, un objeto. En tanto objeto ofrecido a la mirada del otro, de los múltiples otros o del Otro Amo según sea su forma o modo de presentación.

Objeto ofrecido a las múltiples vicisitudes de la oferta, pero en tanto objeto no se ofrece éste como silueta, ni aún como figura, sino más bien en la propiedad de la tridimensionalidad (de seguro en otra dimensión), en la plenitud de sus bordes y aristas, en la totalidad de su volumen, sea este magro o grueso, se muestra en toda su contundencia.

La consigna no es la oferta de una “buena figura” que en esto de figurar un cuerpo roza las aristas de lo simbólico ya que lo representa, tampoco es la presentación de una “bella silueta” en aquello de perfilar un cuerpo y mostrar con ello siempre un plano inacabado de su totalidad. Se trata mas bien de modelar un cuerpo, construirlo de modo de marcar la presencia de lo tridimensional, “un cuerpo escultural”, una presentación que incluye todas las dimensiones, todos los planos posibles a la mirada. De modo que son cuerpos esculpidos, por ello ofrecidos como objetos en la plenitud,

que en el decir de Miguel Ángel: “No hay nada que le sobre o le falte para el logro de una perfecta escultura”; sólo el habla, ya que el David a pesar suyo “non parlo”. Cuerpo ofrecido en la realidad de su volumen en-carnado por la superficie, la piel, su envoltorio, que por ello contiene y señala todo lo ofrecido a la mirada. Cuerpo que se ofrece en aquello que tiene de Real, sin resta, sin fragmentaciones u ocultamientos, vaciado de toda interioridad subjetiva, sólo externalidad, ofrecida al ojo y también al tacto, por ello sensual, sensitiva, palpable. Cuerpos esculpidos, pintados, concretos, palpables, asibles, significados en el cuidado de la piel, aceitados, bronceados, bañados, lubricados, encerados para resaltar sus brillos, redondeces, ahuecamientos, protuberancias y lisuras, (cimas y simas, por más o por menos pero presentificadas en la concretitud del objeto). Piel que, desnuda o vestida, busca conformar la identidad de una forma, una sola piel. Ropa elasticada que se hace una misma piel, medias que se adaptan perfectamente al cuerpo, nada que ocultar, nada de soslayo, nada a quedar perfilado, ninguna silueta a insinuar, todo el cuerpo allí, ni más ni menos.

Cuerpo esculpido que no cuerpo hablado, por ello petrificado en las bondades de materialidades más o menos rígidas, pero silentes a la fractura de la palabra. Cuerpos que el síntoma viene a poner en el lugar de la falta en lo Real del cuerpo, en la ausencia de símbolo, de palabra, que haga del cuerpo esculpido un cuerpo hablado.

De eso (tal vez) se trate la propuesta de la clínica, de un desplazamiento desde lo Real de la Carne al Simbólico del habla, de la palabra, de que algo se filtre entre la porosidad de una piel que, en su fractura, permite que algo pase, algo quede y entre

ello algo del orden del afecto se fije a la huella indeleble de la memoria. Por ello, algo a ser recordado, a ser recorrido por un tacto más feble que el de la mano, menos certero que la mirada, menos intenso que los olores, más indiferenciado que los sabores, algo así como un sin-sentido, algo del orden del lenguaje, de la palabra que al no dejarse atrapar ni en el olor, ni en la mirada, ni el tacto, ni en el sabor, ni en la intensidad de un sonido, se mal-escuche, se desvanezca, se desdibuje, se desprenda, y en ello advenga algún sentido que desplace al objeto del cuerpo una cierta subjetividad.

En cierto modo la Tarea propuesta es imposible: hacer que David hable. Si bien es cierto imposible, es al menos probable que algo diga, algo más que un balbuceo y algo menos que una verdad, aunque de mentiras se trate... alguna verdad entre líneas (o entre piel) se ha de deslizar, aunque esta sea una figura, la insinuación de una silueta, algo a medias, de seguro que nunca una escultura. Eso la escultura, en el psicoanálisis probablemente no ha de cobrar, a pesar de los esfuerzos, ningún cuerpo posible... de análisis.

CUADRO N°1-A

CUADRO N°1-B

CAPITULO IB

LA ANOREXIA-BULIMIA. CUERPO VESTIDO-DESNUDO

1) El Cuerpo Vestido- El Cuerpo Desnudo.

En esta segunda textualidad de la exégesis propuesta la relación al cuerpo se presenta a partir de sucesivos deslizamientos que dicen relación con la resta o la suma, en tanto cuerpo desnudo o vestido, restado o sumado, oculto o resaltado.

Los distintos desplazamientos en la historia van a girar en torno a destacar distintas partes del cuerpo, distintos órganos dónde se va a situar la oferta al otro de la mirada, con restas u ocultamientos, con simas o cimas, con sumas o agregados y la concomitante evidencia, también con soslayos o rehusamientos. Al mismo tiempo el vestido significará el cuerpo como totalidad en sus distintas vertientes de silueta, perfil o figura, y finalmente en aquello que tiene de escultura u objeto polidimensional, (oferta toda a la mirada del otro). De ello dará cuenta esta otra axialidad de la lectura propuesta.

2) El Cuerpo Como Suma –Resta.

En esta primera posición nos referimos al cuerpo antropológico, al cuerpo que casi sin vestir se ofrece en esto de la vestimenta en el real del cuerpo, en lo magro o en lo grueso, oscilando en distintas culturas el ideal del cuerpo entre uno y otro polo, sin

hacer valer su condición más especular o imaginaria a la que induce el vestido o desnudo del cuerpo. Así lo que se ofrece no es un cuerpo situado en la problemática de la desnudez, sino más bien en el problema de lo grueso o lo delgado. Quizás es aún más claro en las tribus primitivas como opera la reproducción de una “ley natural”, dónde al modo de los animales lo que importa es el resalte de los aderezos, es la policromía de la oferta al modo como los machos se presentan a las hembras a la hora del cortejo. De este modo cuándo la oferta gira en el plano de lo real, lo que vale es el peso de la oferta o la espectacularidad del aderezo. Los machos se presentan con sus mejores “plumas” como lo hacen quizás las bailarinas del “Folies Bergere” que desnudas de cuerpo se visten con el aderezo, con el complemento de plumas, colas, coronas, aros y adminículos que como colgantes o agregados reproducen la relación a lo real del cuerpo en tanto que adornado, que no vestido ni desnudo.

En general los estudios antropológicos realizados por Frod y Beach(1951), consignan que preferentemente las culturas primitivas privilegiaban la robustez, las mujeres gordas encarnaban de este modo de mejor manera los ideales de belleza y atractivo sexual. La mujer no sólo debía ser gorda sino también alta y robusta. Esta mujer vigorosa era requerida en las tribus chukkees, kidatsas, pukapukanos y tongas que significaban en ella la capacidad del cónyuge para alimentarla y dotarla de tales atributos. Por otro lado las mujeres debían tener pelvis amplias y caderas prominentes de modo de dar cuenta de su capacidad gestadora y de procreación.

Las esculturas prehistóricas que representan cuerpos femeninos apuntan en la dirección de la fecundidad y el amamantamiento, (de dónde sino sostener a los hijos gestados?) , de allí la importancia de caderas y mamas.

Los sirionos hacían de ellas la siguiente descripción:

“Además de joven, una compañera sexual deseable también debe ser gorda. Debe tener caderas grandes, senos voluminosos pero firmes, y un depósito de grasa en sus órganos sexuales. Las mujeres gordas son denominadas por los hombres, con evidente orgullo, éN ekida (vulva gruesa), siendo consideradas más satisfactorias sexualmente que las mujeres delgadas, que son sumariamente descartadas, llamándolas ikáNgi(huesudas). De hecho, es tan deseable la corpulencia como rasgo sexual, que con frecuencia he oído a los hombres entonar canciones sobre los méritos de una vulva gruesa.”¹⁷

Por otro lado también existieron pueblos que resaltaron la resta o la delgadez como sinónimo de belleza como los massais, dobuanos, tonganos y los gurages de Etiopía.

Estos últimos consideraban:

“la corpulencia como algo repugnante y las mujeres tonganas guardaban dieta para mantener una línea esbelta, ya que en su sociedad se cree que las mujeres pierden en gran medida su atractivo si sus abdomenes son voluminosos.”¹⁸

Resulta importante consignar el hecho que el rechazo de la gordura no tiene que ver necesariamente con el rechazo a la procreación, sino rescatar la mirada respecto a que

¹⁷ Ford, C. Y Beach, R. : Patterns of sexual Behavior, New Haven : Harper and Brothers, 1951.

aludan a la misma dirección, esto es al hecho de unir las significaciones sexualidad-procreación, que en el caso de las mujeres sin abdomen remitiría a la fantasía de un lugar a ser llenado, un lugar posible u ofertado de este modo a la fecundación. Dónde no hay nada es posible de poner algo allí, contrariamente a los abdomenes abultados que no ofertarían un espacio, no se situarían en el plano de la disponibilidad. También se podría leer como la oferta de la mujer libre de bebés, por ello como cuerpo ofrecido a la cópula y al intercambio sexual.

De cualquier modo, ni magras ni gruesas las mujeres significaban el cuerpo, en esto de vestido o desnudo (ya que el cuerpo se ofrecía en plena desnudez), en la relevancia de los apéndices, extremos o agregados del cuerpo que en definitiva marcaban los lugares ofertados, aquellos lugares desde dónde la mirada del otro podía ser tomada o ligada al cuerpo propio.

De esta manera son significativos los aderezos, los maquillajes, las pinturas, los cosméticos, las plumas, los aretes, las depilaciones y las alteraciones de la piel. Uñas, dientes, boca (p.ej. los labios en forma de plato de las mujeres Ugandesas), orejas (p.ej., los orificios lobulares de las massais), cuello (p.ej. los cuellos de jirafa de las mujeres karen), rostro y cabeza (en las culturas de todos los continentes), pies reducidos (a un tercio de lo normal en las mujeres chinas), etc. Lo interesante a destacar en los adinículos y los apélices, es el hecho que el cuerpo mismo en tanto presencia u ocultamiento, al estar ofrecido en lo real de su totalidad no cobraba

¹⁸ Shack, W. : "Hunger, anxiety, and ritual deprivation and spirit possessions among the Gurage of Ethiopia". 1971.

significación en esto de la oferta. Es decir, aquello que se presenta como totalidad en nada debía ser restado o aumentado en esto de ser oferta a la mirada del Otro.

3) **El Cuerpo Magro-Grueso. Cuerpo De Vida –Cuerpo De Muerte.**

En este primer desplazamiento vamos a hacer un primer corte respecto a las culturas y nos vamos a centrar en los aspectos más generales de la vida y de la muerte respecto al significante al que apelaban los cuerpos en tanto gruesos o delgados.

En una época en que las hambrunas eran frecuentes la delgadez era sinónimo de hambre, de necesidad, de carencia y por ello de muerte. La gordura y robustez eran por otro lado sinónimos de opulencia, bienestar y por ello de vida. La conocida develación de los sueños del faraón por parte del esclavo cristiano que hacía referencia al hambre de muerte y a la abundancia de vida en "el sueño de las siete vacas gordas y las siete vacas flacas" aún persiste en nuestro acervo cultural occidental a través de la difusión de la Biblia.

Asociada a la muerte y a la vida giraban las atribuciones de fertilidad e infertilidad. De este modo las mujeres daban como frutos los hijos, la tierra podía ser fértil como los valles o infértiles como el desierto. Todo gira en la suma o en la resta. Lo que adviene o nace y lo que se marchita, aborta o permanece nonato.

Las mujeres gordas implicaban unas entrañas robustas (capaz de sostener la vida, afianzar las raíces de la vida) y además remitían a una recolecta profusa, voluminosa, generosa (en la analidad representaban producciones internas a ser ofertadas, algo

adentro que poder “regalar” o “negar”. Algun material con el cuál poder agredir), (con frecuencia se observa en la clínica que las gordas son grandes coleccionistas, guardadoras de objetos, acumuladoras de diversas especies, como si el “tener” las rescatara de la muerte).

4) **El Cuerpo De La Sofrosine. El Cuerpo Del Efebo.**

Los Griegos sostuvieron como ideal de belleza el cuerpo del varón, mas propiamente tal el del efebo, que remite a un ideal más abstracto que lo corporal, remite a la geometría, a la razón de la geometría, a la proporcionalidad de la que da cuenta en sus relaciones. La belleza es entonces en función de una parte con la otra, es en razón de un equilibrio que como la sofrosine pudiera estar entre la Hybris y la Némesis. En el vaivén de un equilibrio que en tanto medida no era exceso ni disminución. Entre lo apolíneo y lo dionisiáco.

Para los griegos la belleza se expresaba en la “media de oro” o proporción áurea” (aludiendo a la perfección y estabilidad de ese metal). La media de oro en la mujer establecería la igualdad entre tres distancias, entre los dos pezones, entre la parte inferior del pecho y el ombligo, y entre el ombligo y el pubis.

De este modo se privilegia una unidad entre partes al significar el cuerpo mismo como una unidad entre cuerpo y alma. La mente sana en cuerpo sano que más tarde consignaran los romanos. La olimpiada y la ascesis o ejercicios preparatorios.

Hay una unidad dada por la relación entre el cuerpo y la mente que sitúa el ideal de belleza en la construcción o preservación de tal equilibrio más que en tal o cuál órgano del cuerpo.

De hecho la histeria no era sino la desproporción, la ruptura de la relación, la pérdida del equilibrio entre las partes que hacia al útero desplazarse errático por distintos lugares del cuerpo descontrapesando en ello el equilibrio y rompiendo las relaciones de la proporcionalidad. Sin duda la histeria se presentaba de este modo como “algo desmedido”.

5) El Rostro Del Cuerpo. Persefone.

En Roma se valoraba particularmente el rostro de las personas y las diferencias que se podían leer en ellos. Valoraban la “rareza” y la peculiaridad a la que remitía cada rostro en particular en tanto daba cuenta de un “ciudadano singular”. Los ciudadanos eran personas reconocidas y amparadas por el estado, por ello no eran sujetos anónimos sino más bien sujetos “asujetados a la ley”.

Como ideal estético de belleza sustentaban la delgadez la cuál mantenían las más de las veces a través de purgas instauradas socialmente. De hecho la arquitectura recogía espacialmente este lugar en los palacios en la sala destinada para el efecto denominada “vomitorium”. Resulta significativo señalar que el vómito o la purga era la contrapartida a la práctica de una ingesta marcada por el exceso de los atracones.

Así se establecía socialmente el contrarritmo bulímico de atracón-purga tan recurrente en la clínica hoy día a propósito del síntoma de la Bulimia-Anorexia.

No obstante esta valoración estética a la delgadez existía el contrapunto de la valoración social que los romanos le adscribían a la maternidad dado que como Estado necesitaba de muchos “hijos” para asegurar la subsistencia del Imperio siempre amenazado por el “bárbaro”.

Lo anterior lleva a pensar que la delgadez al igual que la túnica de los vestidos buscaba más bien desgravitar el cuerpo en términos de disminuir su “peso” o valor relativo frente al rostro o facies que se buscaba destacar.

Podríamos de este modo hacer una correlación entre los desplazamientos descritos hasta aquí a propósito del vestido. De este modo, las culturas primitivas eludían el problema de la desnudez al presentar el cuerpo como oferta toda, más tarde el cuerpo opera como suma (el busto, la procreación, la fertilidad), en los griegos el cuerpo opere como equilibrio para que en roma opera como una cifra que funcionalmente cumple frente al rostro: el papel del cero.

La relación particular al otro-Otro que se establece en cada uno de ellos resulta también peculiar, es así como en las culturas primitivas aparece esta relación como una relación toda a Dios o a la Naturaleza que opera al modo de un gran Otro respecto al cuál se gira como ofrenda. En los Griegos esa relación se da precisamente en lo relacional o social, en la proporcionalidad que se establece entre otros (siervos, ciudadanos, esclavos), y en la Roma se da en una relación al Otro representado en la

figura de un Estado que opera como Gran Madre o Gran Padre según la relación sea nutricia o bélica.

6) El Cuerpo Natural. El Cuerpo Desnudo.

En la Edad Media la mujer debía ser “gruesa” por el doble estatuto que su “peso” o “redondez” le confería, el de la riqueza en una sociedad donde el alimento escaseaba y el de la reproducción que se manifestaba en su vientre redondeado como sinónimo de fertilidad.

Se distinguía de este modo una casta aristocrática denominada “popolo grasso” y una casta popular llamada “popolo magro”. De este modo se rechazaba la delgadez al ser vivida esta como una resta, una carencia y finalmente como preludio de la muerte.

La relación hombre naturaleza no pasaba tan claramente por la mediación y restricción de la cultura, de modo que imperaba más claramente la desnudez como forma natural del “uso funcional” del cuerpo, más que su oferta en relación al otro. De este modo se ejercían las funciones naturales del cuerpo sin restricciones y de manera impulsiva y valga la redundancia “naturalmente”. No se aprecia una significación particular por la vestimenta la cuál consistía en una túnica que operaba sin clara distinción de género siendo esta formalmente muy similar en hombres o mujeres.

La distinción y el valor atribuido a la gordura se imponía por decirlo así por su “propio peso”.

El privilegio de la oferta natural formalizada en la desnudez del cuerpo, pasa por una relación del tacto, por la empiria de su concretismo que permite decir respecto de lo sexual que la oferta se da en la mano, en una relación de trueque o intercambio entre objetos que se imponen por su propio “peso”. Con la diferenciación sexual, con la introducción del espacio de la diferencia del género, la oferta gira desde el tacto a la mirada y con ello se impone la operación que va desde lo real de la oferta, a la imaginarización de esta. Es de este modo como lo vestido o lo desnudo, en tanto resalte u ocultamiento, logra cobrar el estatuto de cuerpo como significante. Registro imaginario por dónde se desplaza el cuerpo vestido ya in-vestido por previas significaciones como lo consigno en la introducción a la lectura del cuerpo en el subtítulo: “el cuerpo como nudo de los ejes temáticos”.

7) El Cuerpo Diferenciado. El Cuerpo Genérico.

A partir del S.XIV se empieza a producir una diferenciación genérica del cuerpo que se suma a la diferenciación social facilitada por los asentamientos urbanos representados por los primeros burgos. Se pasa entonces de la relación feudal, del feudo al burgo dónde los espacios facilitan los encuentros y los intercambios. Es precisamente en esta matriz dónde se pueden “espejear” las miradas de los unos con los otros y dónde se establece el giro de la diferenciación desde lo táctil a lo sexual. Nuevamente se impone aquí lo señalado en la introducción aludida respecto a la distancia, como esta se desplaza respecto a los sentidos, desde el olor del celo animal,

al tacto primitivo dónde la oferta es reificada por el cuerpo ofrecido como real, al sentido de la mirada que apela a la distancia. Al intervalo espacio temporal de lo cercano y lo lejano constituyendo así los espacios de la intimidad, de lo propio y de lo ajeno. Una piel que opera en lo imaginario pero también en lo simbólico en aquello que oferta o rehusa, en aquello que sitúa en un más acá o un más allá de un borde.

Simbolización que se instaura en el vestido en esto de la renovación de los modos de una misma oferta, de los modos de presentación continuamente variables que se imponen desde lo femenino y al mismo tiempo se le impone a lo femenino. Diferenciación que no uniformidad dónde en vano se intenta pre-figurar un cuerpo que en tanto particular es certeza evanescente, que en tanto social soporta la ilusión de lo permanente al salvaguardar a la institución como cuerpo. Lo anterior permite entender los uniformes de los ejércitos que borran la diferencia en la ilusión de preservar un cuerpo estable, fijo, de invariancia que “garantize” y conserve la unidad y preserve de las imprevisiones del cambio.

Muy distinto opera la singularidad del cuerpo significado en la particularidad de los sexos, en la viscitud de la diferencia de los sexos, dónde el cambio, el renuevo de la presentación opera, y así lo hará a lo largo de su historia, a partir de múltiples desplazamientos respecto al fragmento del cuerpo que se anuda o des-nuda y respecto a la variabilidad del género de la vestimenta con que el género sexual se oferta en su cambiante presentación. Doble significación entonces, por un lado una oferta a nivel simbólico (parte del cuerpo significada que se ofrece como metáfora de la

genitalidad) y por otro lado la oferta a nivel imaginario dónde opera la imagen como forma, color, textura, transparencia, del vestido que se oferta a la mirada en aquello de velar, ocultar o signar la desnudez de un cuerpo así ofrecido.

Se puede entender entonces como el burgo, con sus espacios de encuentros y desencuentros favorece el intercambio de miradas en los espacios construídos que favorecen las relaciones de distancia que los posibilitan, calles, mercados, iglesias, circuitos de procesiones, tabernas u hospederías son lugares de intercambio al ojo del otro social.

No obstante estas primeras diferenciaciones hay que destacar que las relaciones favorecidas en los pequeños poblados o asentamientos urbanos están mediados por lo que Durkheim denominaba “Gemeinschaft” que alude a un modo social de agrupamiento centrado en la “familiaridad”, en la ausencia clara de límites de la propiedad por estar esta atravesada de lazos de contigüidad sanguínea. Era pues importante que la diferenciación sexual, que la marca de la diferencia del género tuviera otro corte, cisura o separación como habría de ser la separación sanguínea que alude a las diferencias de linaje, estirpe, que más tarde pasará de la sangre a la riqueza (clases) pero sin librarse del peso de la sangre que hace la diferencia entre noble e in-noble.

8) El Cuerpo Interior. El Cuerpo Del Pudor.

Con la aparición de las cortes renacentistas, dónde las necesidades de alimentación estaban aseguradas y no se dependía de los atributos de fuerza física para subsistir, empieza a cobrar significación, más allá de la oferta del cuerpo a la mera mirada, el modo, apariencia, aspecto y comportamiento de los sujetos. Hay algo más que un cuerpo ofrecido a la mera mirada, hay “alguien allí”, a decir de Hamlet “hay uno y alguien”.

El control de lo natural, el control del cuerpo, otorga una salida a la inmersión del impulso para pasar a la construcción del consenso, de la norma social.

“La socialización progresiva del cuerpo entraña dos hechos básicos. Primero, las funciones naturales (evacuación, procreación, etc.) dejan de estar estrechamente asociadas a los ritmos y dictados de la naturaleza, pasando a estar organizados socialmente. Segundo el Cuerpo se transforma en un ente que entraña y manifiesta códigos de conducta, es decir símbolos. Lo genérico, lo natural, lo fisiológico, tiende a ser ocultado; lo que diferencia y separa a las personas, las apariencias individuales, se subraya”.¹⁹

Surgen de este modo las normas, hoy llamadas “buenas costumbres” que en las cortes adquieren su máxima expresión en el “manierismo”, que como modo de relación social enfatiza las maneras, esto es, los modos en que esta se produce, los intervalos que establece, las demoras y la esbeltez estética de sus “florituras”.

¹⁹ Shilling, c. , “The body and social theory”, Sage, Londres, 1993.

Interesa entonces el “adorno”, la ornamentación que se le adiciona al gesto, de modo que devenga en unas maneras que incluso eran enseñadas por los profesores de la corte versados en el arte de las “maniers”.

“Las mujeres burguesas de esa época postulaban el máximo recato y la mínima manifestación del cuerpo, ante los varones tenían que bajar sus ojos, no debían ni hablar ni mirar a los hombres a menos que se acercaran explícitamente a ellas; al caminar los brazos habían de permanecer quietos y los pasos tenían que ser menudos; no podían cruzar las piernas al sentarse en la mesa y debían esconder las manos bajo el mantel.

...Las reglas de la ingestión señalaban que estas no podía llenar excesivamente su boca y los mejores bocados debía ofrecerlos gentilmente al caballero que se sentara a su lado”.²⁰

La socialización y su consecuente internalización posibilita el giro de la oferta sexual desde lo táctil al plano de lo visual y de este a la interioridad o corporeidad simbolizada. Pasos que giran desde la certeza de lo palpable como un modo de saber de lo sexual, a un modo engañoso del saber, como es aquél capaz de ser sustentado por una mirada que no accede a una mirada toda, a una mirada que infiere que ya no sabe, pero supone acerca del deseo, de un cuerpo que no se muestra ni revela en la seguridad de un goce carnal, concreto.

De esta manera, el vestido en el giro de la inferencia pasa de las “camisas” que debían ceñirse a la piel y de ese modo sentar bien, para dar cuenta de la realidad del cuerpo

ofrecido a la mirada velado por un ocultamiento, al vestido que se presenta en velos sucesivos, en capas de ocultamiento que suponen una esbeltez allí precisamente dónde se produce el ocultamiento. Es un cuerpo simbólico, inferido, mediado por la sucesión de velos, de capas de piel que lo construyen simbólicamente por ocultamiento.

La esbeltez no suponía que lo aparente tuviera una excesiva semejanza con el volumen real del cuerpo. Las damas europeas se vestían además de la falda con sucesivas enaguas que remitían a las metáforas de sus inferencias. Los franceses las denominaban la misteriosa, la modesta y la traviesa. Las mujeres españolas a su turno las llevaban con profusión, en verano llevaban seis o siete y en invierno solían llevar hasta doce.

Es el cuerpo interior, el cuerpo del pudor y por ello imaginario pero al mismo tiempo camino a la simbolización. Las ciudades, los burgos, los palacios y las cortes favorecen relaciones que ya no están cruzadas, a decir de Durkheim, por la familiaridad, sino más bien por el intercambio. Es el asentamiento favorecido por la “Gesselschafft”, modo cruzado por el intercambio mercantil, que ya no es el trueque, dónde el dinero cobra literalmente el peso simbólico de un bien probable o de infinidad de ellos. De valores, que ya no de cosas se habla.

Las relaciones de familiaridad dan paso a la propiedad, a lo privado y a lo público, a lo propio y a lo ajeno. Las relaciones consanguíneas se diferencian cada vez más por los cruces e intercambios producto de los viajes, mudanzas y desplazamientos. Las

²⁰ Boehn, M. Von, “ La moda, la historia del traje en Europa desde el cristianismo

ciudades se pueblan con lo foráneo, el extranjero se hace lugareño, lo que era familiar se vuelve ominoso y lo ominoso remite a lo familiar al decir del texto de Freud acerca de lo siniestro.

Es precisamente lo oculto, lo velado, lo extranjero, lo que va abriendo paso a un cuerpo que opera en el registro de lo simbólico, que ya no en lo real del cuerpo ni en la concretitud del tacto, tampoco en la figuración de un objeto todo ofrecido a la mirada, sino más bien, se presenta en un “ser social”, en un particular y subjetivo modo de presentación, en las maneras o modos de esa presentación.

Es el cuerpo de los ocultamientos y de los velamientos que relato a propósito de las enaguas. Se prepara de este modo un nuevo desplazamiento hacia un cuerpo de ocultamientos que consista una pluralidad de sentidos, la mirada, el ruido, el olor de los afeites, y en fin, las inferencias que hacen de un cuerpo algo más que un cuerpo mirado, hacen de él un cuerpo inferido.

9) El Cuerpo Simbólico. Cuerpo Sustraído O Segregado. El Cuerpo De La Duda.

Durante los siglos XV al XVIII el ideal de belleza seguía imponiéndose como un correlato de la procreación y la crianza. El atractivo físico era inseparable de tal función y su trama de significantes. La mujer gruesa era considerada erótica y elegante.

“La mujer hermosa era una matrona rolliza dotada de senos llenos, alimenticios. Las caderas debían ser voluminosas, por lo que, bajo las faldas, solían disponerse unas contundentes almohadillas”.²¹

Se adicionan entonces aderezos para “aparentar” la realidad como el modo más concreto de simbolización. Rellenos que junto a las enaguas habrán de actuar por sustracción (cuerpo sustraído) o abultamiento (cuerpo adicionado) como formas de significación del cuerpo que atraviesan de distintos modos sucesivas etapas de la historia del vestido-desnudo del cuerpo.

Aparecen los primeros libros de figuras de trajes con las publicaciones de un grabador italiano llamado Eneas Vico, dónde si bien se ofrece el plano de una figura toda a la mirada, mostraba las diferentes modalidades o renovaciones que se podían lograr a través de los giros y aderezos de las vestimentas. Señalaba los distintos tipos de rellenos a lograr por las almohadillas, los ruedos a construir con las faldas y sus respectivas enaguas y en general los distintos “arreglos y acomodados” que permitían poner en juego la singularidad, la subjetividad de cada cuál en esto de ofrecerse o negarse a la mirada del otro.

A mediados del S.XVII se impone el resalte de gargantas y bustos a partir de aditamentos como rellenos y gargantillas que ayudaban a fijar la oferta en estos lugares. Pero no todo giraba en torno a la forma, también se instauraban simbolismos que metaforizaban aquél indecible de la sexualidad. Es así como surgen los tatuajes,

²¹ Fallon, A., “Culñture in the mirror: sociocultural determinants of body image”., T.F.Cash y T.Pruzinsky . ediciones: “Body images: development, deviance and change, Nueva York : Guilford, pp.80-109.

los afeites, en esto de quere poner marcas o señales en el cuerpo que ofrecidos al modo de los síntomas en la histeria remitían por cierto a otros lugares, de seguro espacios de la sexualidad y por ello catequizados libidinalmente. Es el caso de los lunares en las cortes francesas dónde estos eran pintados como tatuajes en los cuerpos de hombres y mujeres simbolizando en estas lúes la capacidad amatoria del portador, ya que a mayor abundancia de estos, mayor cantidad de enfermedades venéreas se había padecido, asunto que al final daba cuenta de una praxis abundante y la inferencia de un cierto saber en las artes del amor. Signos, afeites y lustres simbolizan y sexualizan en ello al cuerpo que de este modo remite a la inferencia, a la suposición, a una apuesta de certeza, en definitiva a la circulación de un deseo favorecido por la duda.

Moscherosch, un observador de la época describía así lo acaecido en una corte berlina en 1616:

“Vi una colección de señoras que tenían el rostro como si se lo hubiesen dejado escarificar, pinchar o picotear, pues en todos los sitios que querían que se les vieran, aparecían llenas de parchecitos negros, y mosquitas y pulgas redondas, largas, anchas, delgadas, y punteagudas, y otras tonterías como si quisieran atraer las miradas y hasta las manos de los hombres. “²²

En esto de los velamientos, ocultamientos o metaforizaciones del cuerpo resulta interesante consignar que las mujeres en esto de ser “cortejadas” exigían del hombre ingenio y sutileza. Proliferaron por ello en las cortes los “juegos de ingenio”, dónde

los acertijos, adivinanzas y jeroglíficos ocultaban en frases y palabras lo que los lustres hacían en el cuerpo. Las mujeres esplegaban destrezas en estos juegos en dónde se decía más de lo que se aparentaba o menos que lo que se declaraba. Hasta el día de hoy persisten algunos juegos de baraja que se han desarrollado en esa dirección.

10) El Cuerpo Sexuado.

Es el cuerpo simbolizado el que da paso al próximo desplazamiento el del objeto de su simbolización, es decir el cuerpo representado en tanto cuerpo sexualizado. Cuerpo hablado y por ello simbolizado en el acto del habla, por ello cuerpo hablado pero en ello cuerpo genérico, cuerpo que remite a una sexualidad. Cuerpo de palabras pero libidinalmente significadas, lenguaje pero de deseo, lenguaje de un sujeto deseante, por ello de palabra erotizada se trata, catequizada, palabra marcada por el deseo, palabra que habla y remite a un cuerpo erotizado.

Es precisamente por esto que durante las Francia de Luis XIV se produce la dicotomía entre la “liberalidad” cortesana y la “moralidad” eclesiástica. Mientras en las cortes, y por extensión en las nuevas burguesía e incluso el pueblo, se exaltaban los senos y por ello se ofrecían en el escote a la mirada, la Iglesia condenaba el estatuto que cobraba la “carne” en dicha exhibición. En la corte Viena el cura predicador

²² Boehm, Von, Ob.Cit. Volúmen III, pags.117-118,1944.

proclamaba públicamente desde el púlpito”: Que el águila de San Juan se cagara en los pechos desnudos de las pecadoras”.

Al ser sancionado por ello el predicador que le sucede declara:

“si de mi dependiera no sería el águila de San Juan sino el toro de San Lucas el encargado de cagarse en esos pechos desnudos”.²³

Más allá de estas dicotomías, el vestido, el traje, genera dos movimientos que marcan un giro en torno a la significación del cuerpo, el uno, por abundamiento, el otro por sustracción. En ambos casos corresponden a dos modos de significar el cuerpo en torno a la sexualidad, en torno a un cuerpo ofrecido a la mirada del otro, ya sea por sustracción o abundamiento. El primero de los modos referirá al miriñaque, el segundo al corsé.

Durante el S.XVI y durante el S.XVII el miriñaque adopta en España el nombre de guarda infante, el que deriva del uso que le dió una dama de la corte de Francisco II de Francia con el objeto de disimular un embarazo. Así intentó confeccionar una armazón que pudiera generar una hinchazón alrededor de las caderas que ocultara las consecuencias de un desliz sexual que cobraba su precio en un embarazo “embarazoso”.

Resulta significativo señalar que tanto el “miriñaque” y el “corsé”, aunque por distintas vías aluden a la modificación formal en un lugar del cuerpo, al nivel de las caderas. Este opera como un significante, al modo de un corte en el cuerpo relativo a

²³ Ob.cit.1944.

lo sexual, como si el sexo operara de un punto hacia abajo o de un punto hacia arriba: subir las faldas o bajar el corpiño.

De cualquier modo el uso del miriñaque se popularizó entre las damas sometidas a tales avatares y se generalizó en otras que de este modo consignaban en la “guarda”, ya no un infante sino más bien la virtud. Deriva de este modo el nombre hacia el de vertu-gardien que refiere al de guardián de la virtud que en sus formas vernáculas y sucesivos desplazamientos tomó el nombre de vertugardin.

El “miriñaque” en cuestión, evolucionó al punto de convertirse en una armazón que al modo de un cerco de fierro sujetaba los distintos vestidos o faldas con sus respectivas enaguas. Permitía sostener las sucesivas capas con las cuales el cuerpo se cubría y recubría de modo de preservar en el tamaño de su ruedo la magnitud de lo ofertado por ocultamiento. Resulta interesante a su vez que así como operaba simbólicamente, el miriñaque tenía su contrapartida en lo real del cuerpo al generar un ruedo de a veces hasta diez pies de circunferencia el que ocupaba el espacio correspondiente, otorgándole de este modo, un lugar a la dama en lo social consonante con sus aspiraciones. El cuerpo se presentificaba en lo real en la magnitud de un tamaño producido, el logrado por la amplitud del ruedo de su miriñaque. Una mujer con miriñaque desplazaba un “volúmen” superior en tres veces al de una mujer normal.

En 1563 al morir Francisco II, el canciller de L'Hopital dictó un decreto para limitar los tamaños excesivos. El miriñaque se impuso por decirlo así, por su propio ruedo,

no bien cobrará forma circular, de tonel o de elipse. Indistintamente se trataba de una “geometría” del cuerpo en base a un radio que girando en torno a un Eje (el del cuerpo), construía el cuerpo o volúmen de una figura a imponerse en un espacio (un cuerpo al decirlo geoméricamente).

Un cuerpo que se genera por desplazamiento respecto de un otro cuerpo que opera como eje o pivote posibilitador de ese giro o circunvolución.

Aditamento que opera como guarda infantes, como guardián de la virtud, como sujetador de faldas y enaguas que le otorgaban a la mujer espesor social, pero que en su otra lectura busca modificar el cuerpo en un claro intento de simbolizar lo sexual de este a través de un cambio en la figura ofertada a la mirada.

Registros destacados por Lacan en esto de lo Real, lo Imaginario y lo simbólico que se cruzan, o más bien se tejen y entretejen en las telas de unas vestiduras que visten o desnudan un cuerpo hablado eróticamente.

En su factura el miriñaque presenta sus propias evoluciones, que van desde unos ruedos confeccionados en hierro, a unos más flexibles y livianos confeccionados en madera, hasta los más sofisticados confeccionados con barbas de ballena. (resulta curioso el hecho que a una mujer voluminosa se le denomina “ballena” hoy en día).

De este modo el miriñaque consistía en cinco a ocho hileras de cercos que se iban angostando a medida que se acercaban a las caderas. Que permanecían unidos por una tela encerada que los unía.

El miriñaque en esto que tiene de adición, va cediendo a los postizos que se ponen de moda en Inglaterra y que consistían en cojines de crin con los cuales se abultaba la cintura y el abdomen resaltando con ello el cuerpo hasta debajo de los pechos u homóplatos por la espalda. Estos postizos permitían modelar en cierto modo el cuerpo por adición y no por resta.

Es en 1789 cuando a propósito de la revolución francesa se busca abolir las diferencias sociales representadas por el vestido y se busca un retorno hacia la naturaleza. Se abandonan los manierismos, los miriñaques, corsés, lustres, polvos y aditamentos que operaban en la dirección del ocultamiento del cuerpo para volver a lo natural.

En Alemania los niños dejan de vestir como adultos pequeños y los adultos pasan a vestir como niños encarnando el vestido tirolés, con su pantalón corto de cuero (Lederhose) esta aspiración.

Es el privilegio por la piel, el cuero, lo natural lo que se impone, al modo de una piel, de una moda que marque los contornos de un cuerpo enarbolado en el contorno de una figura que destaca las formas corporales. Los postizos van en la dirección de “sostener” la oferta que se ofrece en su desnudez que ya no en su ocultamiento. Es lo que se ha de llamar en Francia la moda desnuda y que se encarna en la vestimenta denominada “caraco” que consistía en un vestido escotado y encordonado en su parte superior que postizos mediante subrayaba la presencia desnuda y expuesta de los senos.

“...las faldas se estrecharon y el pecho se subió hasta alcanzar en 1793 una altura que dió a todas las damas el aspecto de enfermas de paperas”.²⁴

Distinto modos de señalamiento u ocultamiento que aluden a lo sexual y en ello a la diferencia, que se desplaza de la diferencia genital del varón y hembra, a la diferenciación genérica de femenino y masculino.

De este modo la diferenciación genital facilitada por el cientificismo de la época favorece se deje de percibir al cuerpo femenino como uno similar masculino pero con otra disposición, (concepción que pensaba que hombres y mujeres estaban dotados de los mismos genitales (sólo que el hombre los tenía expuestos y la mujer ocultos), o que la mujer producía esperma), introduciendo la noción de sexualidad como un atributo humano.

Interesante resulta destacar que para los efectos que aquí nos interesa, habría que consignar que en el tema del comer se instala a su vez un giro parecido al que se reconoce respecto a la temática de lo sexual. Es así como consecuencia de una provisión suficiente en términos de alimentación, en una corte que había dejado atrás la memoria del hambre y las hambrunas, se impone un cierto manierismo que apunta a la degustación de los alimentos y a una presentación estética de estos. Es el salto de la alimentación a la degustación, hiansa que se impone a ser tratada en el glosario del presente acápite a propósito de la distinción analítica de los registros de la necesidad, la demanda y el deseo.

²⁴ Ob.Cit.1944, Vol.V.,pág.122.

De cualquier modo el distingo de una inicial diferencia instaura la creencia al modo de los manierismos descritos con anterioridad, que un paladar refinado esta reñido con la cantidad de la ingesta. Por ello la delgadez empieza a cobrar paradójicamente cierto peso respecto al refinamiento, la gastronomía y la distinción social en cuánto a la riqueza, ya que quién disponía a “piacere” de todos los manjares debía necesariamente pertenecer a una clase social lo suficientemente adinerada como para proporcionárselos.

La comida y el comer empiezan a tener un estatuto simbólico y se pasa de alimentarse al placer de la buena mesa, que como todo refinamiento debiera en cierto modo aludir a un “petit bouche”.

Se puede apreciar entonces con claridad el distingo que se impone en distintas temáticas subjetivas como lo es la sexualidad, el vestir y el comer, dónde la marca del giro se establece en el desplazamiento desde la necesidad a la demanda en el marco de un síntoma como al que convoca el presente estudio cual es el de la Anorexia-Bulimia. Es precisamente ese síntoma el que invoca hoy desde el psicoanálisis una lectura que se impone en términos de la distinción entre la necesidad, la demanda y el deseo, llamando incluso a la anorexia “enfermedad del deseo” por autores como Baravalle, para distinguir y sustraer al síntoma de la esfera de la necesidad.

“Ocurría con la comida lo mismo que había sucedido, y continuaba sucediendo con el vestido. Y también con la sexualidad. Comer era más que alimentarse, al igual que vestirse era más que abrigarse y la sexualidad más que copular y procrearse”.²⁵

11) El Cuerpo Moldeado-Modelado. El Cuerpo Histórico.

En la significación del cuerpo, en la marca que imprime el vestido en esto de cubrir o desnudar, cobra especial relevancia el “talle” como significante de marca, límite o medida. Es así como hasta 1820 se impone el “talle corto y muy alto” como en el caso del caraco que se acompañaba de una falda larga hasta los tobillos. Talle que apuntaba a la marca de los senos presentados a la mirada del otro como “abultamiento”. Hay que entender el talle como una marca en la verticalidad, como un esfuerzo por establecer el lugar del horizonte de la mirada y resulta por ello interesante consignar, como a partir de esta fecha se impone la moda del “talle avispa” que intentaba correr la marca hacia la cintura pero mantenía ocultos y lejos de significación otros lugares del cuerpo como son las nalgas, abdomen y muslos en el día de hoy.

“...la ropa interior de una mujer elegante... se componía de las prendas siguientes: largos pantalones con vuelos de encajes, enaguas de franela, un refajo de tres canas y media de ancho (4.20 mts.), una falda acolchada hasta la altura de la rodilla y desde esta cruzada de ballenas distantes un palmo una de otra, unas enaguas de hilo muy

²⁵ Bleys,R., “Beschaafd eten : pijler van een burgerlijkeeetcultuur.”En P.Allegaert y A. Cailliau

almidonadas con tres volantes muy almidonados también, dos refajos de muselina y por último la falda.”²⁶

Lo importante a destacar es como a partir de un cuerpo sexuado (acápite anterior), los lugares a significar cobran giros y desplazamientos, que al modo de la histeria se van instalando en distintos lugares del cuerpo, estableciendo privilegios u omisiones según la marca o talle se sitúe más arriba o más abajo de un eje de verticalidad de un cuerpo imaginarizado.

En el correlato de esta exégesis de la anorexia que intentamos hacer a partir de la exégesis del vestido, corresponde señalar que a cada imaginarización del cuerpo en este período que comienza a marcar la histerización del cuerpo, corresponde la factura o la producción de un adminículo o artefacto particular destinado a reforzar en lo real aquello que simbolizado se privilegia en lo imaginario.

De este modo al “talle de avispa” le corresponde rescatar el corsé que buscaba de este modo resaltar lo que se empieza a nombrar como “silueta”. Junto al corsé en su otro afán, el del ocultamiento, hace su reaparición el miriñaque con el nombre de crinolina que posibilitó y permitió prescindir de algunas de las muchas prendas con las que se buscaba tal ocultamiento. Es decir, el “armado” sustituía a la cantidad ya que coformaba en simismo lo que de otro modo había que lograr por la suma y el abultamiento (de enaguas y vestidos).

ediciones.:”Vastenheiligen,wondermeijes en hongerkunsteraars, Gante :Museum Dr.Guislain.

²⁶ Boehn. Van., Ob.Cit. vol VII pág.53.

En 1859 la emperatriz Eugenia y la reina Victoria abandonan el miriñaque y su sucesor la crinolina lo hace a continuación. Nuevo giro que esta vez intenta presentificar lo oculto, ello a partir de sucesivos descensos del aro del miriñaque como un streap-tease histórico dónde se va escurriendo y haciendo descender los aros de la crinolina y de ese modo va dejando ver el cuerpo hasta allí oculto. Inicialmente se hace descender el aro hasta la rodilla y se mostraban de este modo las caderas y parcialmente los muslos.

En 1867 el miriñaque desaparece definitivamente y la falda se estrecha hasta los tobillos, se pretendía de este modo mostrar enteramente la silueta del modo más veraz posible.

Pero los desplazamientos de la historia hacían imposible cualquier tipo de fijación o anclaje, a tal punto que la silueta precisa de ser moldeada y modelada con algo “más” que la mera silueta. Es precisamente este aspecto activo de la historia el que permite entender y marcar que en esto de la oferta a los otros, más bien de Otro se trataría. Que en esto de ser actor social se gira hacia una implicación subjetiva, dónde si bien se actúa para la escena dónde hay otros que la comparten esto ocurre a partir de un personaje singular pero extraño asimismo. Hace su aparición de este modo el “polizón”, singularmente nombrado como aquél que ocupa un lugar engañoso, fuera de toda legalidad ahuecando la falda por atrás acentuando de este modo lo que se llamó el “cul de París”.

Polizón que junto a almohadillas en los años de 1880 en E.E.U.U. lo usaban las mujeres para destacar una “silueta no demasiado delgada”, al punto que se pesaban frecuentemente para controlar cualquier descenso desmedido. Norteamericanos que presentan una mujer ofrecida a la mirada del extranjero en su estatua de la Libertad que rubrica o fija una silueta de mujer con mayores abundamientos que los ofrecidos realmente resaltados por los adminículos que se imponían como facturas o artilugios que ayudaban a sostener más que a mantener una determinada silueta.

Pero ya se anunciaba el uso de un nuevo corsé que sustentaba un giro hacia la delgadez, que marcaba el anuncio de un nuevo desplazamiento desde la silueta a la línea.

“...el nuevo corsé “sin vientre” hubo de llenar la misión de oprimir el cuerpo y las caderas como mejor pudiese. Esta prenda contribuyó esencialmente al logro de la línea recta, que había de retocar todas las redondeces, todas las exuberancias, las blanduras, hasta no dejar más que un palo vertical desde los hombros hasta la orla de la falda.”²⁷

Oscilación o giro que sostiene el desplazamiento de la marca en el cuerpo por una sustracción, de este modo se im-pone el cuerpo fajado, la falda estrecha, las blusas que se transparentan, abiertas de cuello, se proscriben los adornos que interrumpen la línea, se abjura de todo aditamento que rompa la continuidad. En alemania se ha de llamar la moda desnuda, esto es sin ocultamientos, pero de cualquier modo lejos de poder hablar de una silueta o la oferta de una línea “tal cuál”, ya que a eso el cuerpo

de la histeria habría de responder con un nuevo desplazamiento sostenido en los distintos giros de presentación, es decir sustrayendo o adicionando en el afán de dar la marca, de marcar activamente tal o cuál lugar.

De este modo se anuncia el inicio de un nuevo desplazamiento que opera en la dirección de la línea pero en el reverso de una simbolización aunque no por la vía de la exhibición, sino más bien por la vía de la sustracción, de la resta que no de la suma. Resta la vía del control, por el ascetismo inherente a su síntoma: la Anorexia.

Resta, control o Ley que se impone como reguardo o defensa respecto a aquello que se mira y por ello sometido a la prohibición. De la naturaleza de lo desnudo al alma pura por los caminos de la razón.

Se decretan en distintos lugares leyes como las que se consignan aquí, extraídas del Estado de Illinois en E.E.U.U. quién decreta a objeto de salvaguardar la honestidad y moralidad femenina:

“(1) Se prohíbe a toda mujer llevar faldas o refajos cuyo borde, hallándose aquella de pie, se levante más de quince centímetros sobre el suelo.

(2) Quedan absolutamente prohibidos los vestidos que marquen de un modo demasiado sensual las líneas del cuerpo femenino.

(3) El uso del corsé sólo será permitido en los casos en que el llevarlo sea reconocido como una medida absolutamente sanitaria, para lo cuál deberá aportarse el testimonio de un médico debidamente certificado.

²⁷ Boehn., Van., Ob.Cit.Vol VII:pp.156-158,1944.

- (4) Quedan prohibidas las mangas cortas y el escote, aunque se mantengan dentro de límites moderados.
- (5) Serán castigadas con una multa de 25 dólares todas las mujeres que, en sociedad, ofrezcan a los ojos del espectador demasiada parte de su cuerpo entre la cabeza y la cintura.
- (6) Con una multa triple serán castigadas las mujeres que, en la playa o en los sitios de baños, se presenten con trajes que causen escándalo.”²⁸

Ley que anuncia el trato del cuerpo al modo de un modelo puritano encarnado por el modelo Victoriano, donde el cuerpo como naturaleza queda sometido a la voluntad y ya no entregado a la naturaleza de su instinto carnal.

Un cuerpo que no se significa en carne y hueso, sino más bien en sólo hueso porque la carne opera allí como “sobrepeso”.

12) El Cuerpo Domado. El Cuerpo Como Alma.

Siguiendo la línea enunciada con anterioridad en este acápite, vamos a distinguir dos vertientes, una que dice relación con las formas que la histeria cobra como un hecho más simbólico y menos imaginarizado al alejarse de sus formas más conversivas y desplazarse a modos más simbólicos (de la cadera a la silueta, de esta a la línea y de esta a la pureza) (del puro cuerpo al cuerpo puro), y otra que muestra como ello se

²⁸ Boehn., Van., Ob.Cit.volVII;pp.171-172, 1944.

encarna en una singularidad, en como ello opera en sujetos singulares que encarnan paradójicamente esta simbolización del cuerpo puro.

13) El Cuerpo Puro.

En el último tercio del S.XIX, la sociedad Victoriana impone un estilo que alude al control de la naturaleza por la voluntad. La familia representa el núcleo desde el cuál se “educa” la voluntad de modo de someter al cuerpo. La moral, el deber y la moderación se debían internalizar a cualquier precio y su falta debía ser castigada de modo de no dar ejemplo alguno de impunidad. Por ser la familia el núcleo principal en estos aprendizajes, no es raro que el papel de la alimentación, de las comidas, cobrara un significado particular, de modo que el rehusar el alimento ofrecido por los padres, que decidían que se come o se deja de comer, constituía una grave transgresión que normalmente se castigaba con la oferta de algo más de lo mismo, de modo de doblegar la rebeldía que constituía “el rechazo”. Las faltas de cualquier tipo, que se castigaban con la exclusión del infractor de la cena familiar, en el entendido que las “privaciones” enseñan a obedecer y educan la voluntad (al modo de los ayunos religiosos), constituyen un lugar común en estas prácticas del modelo Victoriano que los encarnaba en gloria y majestad.

Usos y costumbres que en la privacidad del entorno familiar se “ponían sobre la mesa”, de tal modo que el comer en familia constituyó un ritual sacralizado dónde se

transmitían los principios morales y modelos respecto a los cuales convenía educar a la naturaleza.

De este modo, la singularidad quedaba forcluída por el “peso” de la familia, particularmente un sujeto en la dinámica de la ley familiar debía cobrar “poco peso”, casi nada frente a la presencia omnipotente del padre o de la madre. Es así como la “queja” de los anorecticos de entonces quedaban veladas por el discurso de los padres, abolida de este modo la palabra, el síntoma no presentaba un relato subjetivo susceptible de ser escuchado desde una vertiente psicológica más allá de un reduccionismo fisicalista.

“La anoréxica, por definición debía ser incompetente y falsa. En consecuencia el interrogatorio se dirigía directamente a la madre de la anoréxica, quién la acompañaba en toda visita médica. La madre debía vigilar las exploraciones médicas a las que su hija era sometida y mediar en el interrogatorio médico, adoptando un primer papel.”²⁹

Todo exceso debía ser “sofocado”, por ello la dispepsia, clorosis, pica o anorexia, (acepciones por las que se deslizaba y/o giraba el concepto de enfermedad del comer. Ver exégesis de la anorexia en este mismo trabajo), eran claramente perversiones de la voluntad y en ello se asemejaban a idénticos desbordes planteados respecto a la sexualidad. Comida y sexo en tanto desbordadas aludían a un misma lugar: el de una naturaleza pulsional desbordada, alejada de la cultura, la moral y la civilización consecuencia de su ausencia de represión. Hambre e impulso sexual aparecían de este

²⁹ Toro, Josep, “El cuerpo como delito”, “anorexia, bulimia, cultura y sociedad”, Editorial Ariel, Barcelona, España, 347 págs. 1996. Pág. 74.

modo francamente asociados y susceptibles de ser reemplazados o sustituidos entre sí. Dentro de los desbordes, las manifestaciones de la delgadez iban al menos en la dirección de la austeridad, de la ausencia de cuerpo, de una naturaleza en cierto modo más restringida por lo que se imponía con mayor frecuencia y prodigalidad. Si le sumamos a esto la imposibilidad de verbalizar las quejas y ofrecer en ello el síntoma en una palabra a ser recogida, la histeria se imponía más o menos en un síntoma de tipo general que podemos llamar de adelgazamiento que sintetizaba la presentación de una queja que iba en dirección de la restricción voluntaria y marcaba la huella de un cierto ascetismo, pudor y austeridad consonante con los predicamentos culturales y sociales de la época.

Las histéricas de entonces, impedidas de verbalizar y en el contexto de la trama soportada por la cultura, ofrecían su síntoma al modo de un desvanecimiento, un modo de presentificar la falta, un modo de hacer hablar al síntoma en la afanisis o desvanecimiento del sujeto. Es la época de los famosos vapores victorianos, de los soponcios, de las sofocaciones y porque no decirlo de las clásicas afonías.

“La salud de las mujeres jóvenes estaba decididamente influída por una moda femenina general favorecedora de enfermedad y debilidad. Las esposas e hijas enferizas de la burguesía suministraban a la profesión médica una bien dispuesta clientela. En la sociedad Victoriana, las mujeres (y los hombres) que no eran felices debían utilizar sus propias quejas físicas a fin de que les fuera permitido adoptar el privilegiado “papel de enfermo”. Puesto que las enfermedades más prevalentes en esa

época eran las que implicaban la consunción, no sorprende que el llegar a ser delgada no comiendo se convirtiera en un síntoma focal. La consunción era un estilo.”³⁰

Los desbordes no sólo iban en la dirección de la delgadez, también se advierten casos de “avidez mórbida” que remiten además de la temática del descontrol, al de una naturaleza sin reglas, al hecho de la indiferenciación respecto a lo que se come. Es posible entender a partir de este último distingo el lugar que ocupa la pica como entidad nosológica en la descripción de estos excesos como alteraciones alimentarias que llevaban a las adolescentes a consumir y desear alimentos repugnantes.

“La literatura clínica suministraba listas de alimentos que algunas adolescentes victorianas confesaban desear: yeso, cenizas, magnesia, minas de lápiz, tizas, carbonilla, tierra, arañas e insectos”.³¹

Se puede leer estos casos descritos como pica a posterioridad, como un modo de significar una demanda por un alimento conceptualizado como “basura” (paradójamente hoy se habla de la comida chatarra), en un deseo inconciente por significar allí el advenimiento de algo del orden de lo sexual leído a su vez como algo sucio o impúdico. Sexualidad y alimentación presentaban innumerables cruces ya sea por contiguidad u oposición. Es así como algunos tipos de alimentos representaban características “inflamatorias” que aludían a la pasión y el deseo sexual de tal modo que se les recomendaba ser abolidos y suprimidos de las dietas. Tal es el caso del café, té y chocolate; carnes en salazón y especias; pan y tortas calientes; confitería;

³⁰ Brumberg.,Pb.cit. pág.171, 1988.

³¹ Brumberg. Ob.cit. ,citando a Harland (1885), 1988.

nueces y uvas; y el alcohol. Todos alimentos estimulantes de la naturaleza, de la sensualidad que le es propia y por ello alejadas del pudor, recato y decoro, entendidos como los atributos que anulaban o inhibían todo impulso sexual.

La norma era no sólo no comer en demasía, sino también no comer determinados alimentos, los unos por su carácter de aberrante, los otros por sus características inflamatorias, los otros como la carne por aludir demasiado realmente a lo que en vano metaforizaban. De todos ellos, es la carne la más connotada como alimento sujeto a la prohibición debido a los múltiples significaciones agravantes que se le atribuían en la dirección de una sexualidad exaltada. Más aún, los distinguos más finos apuntaban específicamente a la grasa que hoy figura entre los fantasmas insignes productores de gordura, obesidad y mala salud.

El responsable de un asilo de Edimburgo hacía de ella, la carne, aún más terribles atribuciones.

“He hallado que una gran proporción de adolescentes dementes han sido grandes comedores de carne, consumiendo y estando ávidos de mucho alimento animal”.³²

“La repugnancia por la carne animal grasa entre las adolescentes victorianas tenía en última instancia un relevante significado cultural. La evitación de la carne se asociaba a nociones culturales de sexualidad y decoro, así como a ideas médicas sobre la delicadeza digestiva de las mujeres”.³³

³²Clouston, T.S., “Puberty and adolescence medico-psychologically considered” Edimburg Medical Journal, 17 de Julio de 1880.

³³ Brumberg., Pb.Cit. .pág.17, 1988.

Las apariencias, las maneras o los modos eran el espejo del alma, entre ellas el comer que ocupaba un sitio relevante junto al sexo. El comer y la sexualidad se podían tornar del mismo modo impulsivas y por ello debían ser restringidas a una abstención que hiciera de la mujer un depósito de purezas y no de residuos, los cuales tenían como elemento agregado la infame necesidad de ser orinados y defecados, por lo que remitían más bien a los aspectos naturales y por ello más animales de las personas.

Lord Byron refería:

“Una mujer jamás debiera ser vista comiendo o bebiendo, a menos que se trate de ensalada de langosta y champaña, las únicas viandas femeninas y convenientes.”³⁴

De allí que los alimentos se podían clasificar en malos y buenos, saludables o nocivos, favoreciendo aquellos que pudieran ir en dirección opuesta a los apetitos, voracidad en el comer o más directamente la sexualidad. En 1878 John Harvey Kellogg, médico adventista y vegetariano crea su famosa “marca” de alimentos para desayuno en base a cereales, refiriendo que pretendía proteger con ello a sus conciudadanos de los riesgos de su apetito sexual provocado por los alimentos insalubres. Cereales que hoy se comercializan con viñetas profusamente ilustradas con motivos de dibujos infantiles, por ello quizás inocentes y fundamentalmente “puros”.

Resulta interesante en este punto introducir un giro que empieza a operar como una variable psicoanalítica a considerar cual es el del registro del deseo. Hasta aquí la

discusión histórica gira en torno al tipo de alimento demandado, es decir a lo que el sujeto incorpora de lo externo como si el supuesto fuera el de la necesaria y demandada incorporación. ¿ Pero que hay de lo que el sujeto rechaza?. Con el surgimiento de las purgas, los enemas, los laxantes, etc., se inicia un camino hacia “la purga” en un claro intento por dar lugar a un “deseo” de pureza, de pulcritud y limpieza paradójicamente “encarnado” en la magritud. (Psicoanalíticamente hablando habríamos de leer allí algo del orden de la Ma-(madre) gitud (virtud)?). ¿no encarnan las purgas un acto de restitución más cercano al deseo en tanto se mantengan en el ámbito de lo simbólico y no operen en la concreitud de un pensamiento mágico?.¿no encarnan o desencarnan una de las formas de la histeria por restituir una falta consustancial al más allá de la demanda?. “En ese tiempo las personas conversaban acerca de sus hábitos intestinales y se escribían muchos artículos sobre los beneficios de una limpieza interna regular. Las gentes se extremaban en asegurar su pureza intestinal mediante enemas, laxantes, evacuaciones frecuentes, ejercicio regular y una dieta correcta. Al cambiar de siglo, los anuncios de alimentos sanos se dirigen al hombre de negocios demasiado exhausto para ser eficaz y a la mujer que podría ser bella sino fuera por la fatiga de la autointoxicación. Se prevenía a las muchachas para que cuidaran su limpieza interna de modo que no transportaran en sus intestinos materia putrefacta.”³⁵ Pureza desencarnada en la magritud que no sólo alcanzaba al cuerpo externo que se mantenía por obra del rechazo a la ingestión, por la restitución

³³ Marchand, L.A. ,”Byron a portrait”, Nueva York, 1970.

³⁴ Yates. A., “Compulsive exercise and the eating disorders”, Nueva York, Editorial Brunner/Mazel.

de la emésis o por el ejercicio físico. También se extiende al cuerpo interior, al de los intestinos, favoreciendo con ello el uso de enemas, laxantes, las pautas defecatorias regulares y una correcta dieta alimentaria. Pureza que llevada a su extremo es desencarnada en un cuerpo puro que en su extremo, plantea respecto a este, la renuncia por uno más simbólico, el del alma inmortal. Paradoja permanente de la histeria representada por el simbolismo de una metáfora que retiene en ella un irreductible llamado a lo real, según da cuenta un imaginario social en esto de sacralizar un nombre. Así Santa Catalina, venerada como nombre propio busca un nada de cuerpo en un cuerpo simbólico como lo es el espíritu, maniobra que hace en lo real del cuerpo al dejarse enflaquecer hasta la consunción y la muerte. Permanente duda consustancial a la histeria que se proyecta en la imagen que ofrece al que la sostiene. Figura paradójica la de la anorectica que se ofrece de este modo en los giros de lo figurado y desfigurado.

De ellos, de los sujetos, de los que aparecen nombrados como sujetos portadores del síntoma de la anorexia, de ellos se ha de tratar el próximo desplazamiento.

Cruce que enlaza el síntoma con el nombre de un sujeto que lo sustenta en una figura que en tanto nombre se viste o se desviste en nombre propio, aunque en ello deba sostenerse en los sujetadores o inhibirse en el corsé.

14) El Cuerpo Nominado.

Desde distintas aproximaciones son variados los personajes que encarnan la delgadez, por ello, susceptibles de representar a distintos tipos de estructuras con una aparente

similar presentación sintomática. Catalina de Siena en los finales de 1800 representa como lo hemos señalado en los primeros capítulos de este trabajo, a la anorexia santa, que en una lectura más acotada y desde una perspectiva más psicoanalítica se trata in-extenso en el último capítulo de esta tesis.

Pero con el objeto de no histerizar este propio discurso, en justicia corresponde presentar el caso ya no de una mujer sino de un sujeto masculino como Lord Byron, el que conocidos sus éxitos literarios refería que “ayunaba para mantener despejada su mente” además que para él, la gordura “representaba la letargia, la torpeza y la estupidez”. Para vencer el hambre fumaba y masticaba frecuentemente tabaco junto con someterse a frecuentes purgas vomitando y tomando vinagre. De hecho los jóvenes de esa época habían incorporado el vinagre para adelgazar y el consumo de arroz para “parecer más blanco”. Resuena con el hecho opuesto de las cortes de Luis XV dónde el cuerpo sexuado se marcaba precisamente con una lúes negra o lunar que interrumpía la continuidad del blanco empolvado de sus rostros. La mácula y la blancura son dos modos antagónicos que se alternan en la historia en esto de cobrar alternativamente peso, ya sea el alma o la naturaleza, o sea, una cosa de cierto peso propio.

Dicotomía narrada a nombre propio por Lord Byron.

“Aunque la vanidad siempre ha sido uno de mis móviles en este empeño, talvez haya algo no del todo despreciable desde el punto de vista moral en la larga y fatigosa batalla por mantenerse “en forma” llevada a cabo por un hombre que de ninguna de

las maneras es indiferente a las tentaciones de la mesa, aún siendo bastante estrecho de paladar. Después de todo, e incluso concediendo que algún papel puede haber desempeñado la vanidad en este aspecto de mi vida, es indiscutible que la principal motivación ha sido la necesidad de mantener el peso para que el pie deforme pudiera prestarme algún servicio. Durante la casi totalidad de mi existencia adulta mi dieta principal ha consistido en galletas sin mantequilla y soda. A veces casi me he vuelto loco de hambre, y de tarde en tarde me he entregado a orgías de patatas con pescado, un revoltillo machacado y empapado en vinagre que devoro como un perro famélico. Y también, (demasiado a menudo) he tenido que pagar por este desenfreno en forma de ataques de indigestión que me han hecho revolcarme por los suelos como un agonizante. Quizás mi vida haya sido en general desenfrenada, pero creo que nadie puede honradamente negar que también ha incluido un autocontrol fuera de lo normal, y que mi sistemática abstinencia bien puede considerarse que forma parte inseparable de este tenaz coraje que me ha empujado a tomar parte, y me ha permitido hacerlo con bastante amplitud, en actividades atléticas muy arduas, y eso a pesar de mi inferioridad física y del dolor que me suponía.”³⁶

Elizabeth de Austria, Sisi, casada con el emperador Francisco José en 1854, en un afán de romper con la opresión del protocolo impuesto por la corte de la época se enfrasca en dietas y ejercicios que la hacen ir en dirección opuesta a los cánones de belleza de la época. Desde el punto de vista de las mediciones tenía 1.75 de altura y

³⁵ Nye, R., "Las memorias de Lord Byron", Salvat, Barcelona, 1991. Versión castellana del inglés editada en 1989.

pesaba menos de 45 kgs. lo que la situaba dentro de las categorías diagnósticas así establecidas. Más relevante para el psicoanálisis resulta el hecho que ella se casara enfundada en una ostentosa criolina que le oprimía el cuerpo otorgándole de ese modo un cuerpo artificialmente deformado, que operaba del mismo modo que el protocolo de la corte. Es en torno a estas opresiones en lo real y en lo simbólico, respecto a las cuales Sisi va a oponer un ayuno persistente y un ejercicio obsesivo como el modo de establecer un cierto deseo propio por sobre la imposición de protocolos u opresiones, vinieran estos desde la corte o desde la vestimenta.

Kafka a través de su relato acerca de un ayunador profesional (ver trabajo del autor de esta Tesis al respecto desarrollado en el Magister de la UDP), pone en juego la problemática acerca de su propia delgadez. Kafka ayunaba frecuentemente, no ingería alcohol ni carne, fue un ferviente vegetariano y practicó la abstinencia sexual. Disfrutaba ver como otros comían e inventó y escribió historias sobre comilones compulsivos, como un modo de conjurar una ingesta posible. Fue al igual que los otros sujetos descritos un adicto a los ejercicios los cuales practicaba en forma compulsiva. Muere a los 40 años describiéndose “como el hombre más delgado que conozco”.

Respecto a la adicción o compulsión excesiva al ejercicio y a la actividad en general de los pacientes anorécticos cabe destacar el hecho que en Inglaterra se fundara por esos años un movimiento que con posterioridad se extendió a E.E.U.U. llamado “Muscular Christianity” el cuál sacralizaba el ejercicio físico, las competencias atléticas

y la calestenia como un modo de dominio sobre el cuerpo y la forma más segura de fortalecimiento de la voluntad y la moral.

Ejercicio físico y moralidad cristiana se unían en un mismo afán, que remitía al concepto engañoso de unión entre mente y cuerpo, ya que suponía que esta se lograba en base al dominio o control del cuerpo por la mente y el ejercicio actuaba al modo de los silicios medievales. Menos sacralizadas hoy día las ofertas de los clubes deportivos ofrecen gimnasia reductiva o moldeadora del cuerpo en un giro distinto: un cuerpo ofrecido a lo sexual que la anoréctica sustrae y restituye a esta sacralización cristiana dónde la naturaleza del sexo queda abolida por un sobre-exceso de delgadez. De cualquier modo, a ausencia de silicios operaba el corsé, que como lo señalara a propósito de Sisi emperatriz, operaba por opresión, al más puro estilo de la represión entendida en la conceptualización termodinámica de Freud ya que estos ejercían presiones de hasta 36 Kgs. o más según fuera la capacidad de sostenerse de la portadora. Esfuerzo por sostenerse que las más de las veces terminaba en desvanecimientos, dónde al faltar el aire por la presión ejercida se producía un colapso respiratorio. Decir que la excesiva re-presión se manifestaba a nivel de un síntoma como el desvanecimiento es poner el acento en una manifestación conversiva como la afonía, la parálisis o cualquier otro modo de conversión histérico, sólo que aquí converge la delgadez en aquello que tiene de simbólico, en una congruencia con el apuntalamiento que le brinda el artilugio del corsé en lo real que se sostiene en la mirada aprobatoria de los otros del imaginario.

De cualquier modo, lo que interesa marcar aquí, es el hecho que todas estas deformaciones, moldeamientos y presiones internas o externas, por la vía de la imposición, voluntad, control o sometimiento, en algún momento de la historia cobran la singularidad de un sujeto y un nombre propio que sustenta el síntoma, es decir, el cuerpo se niega de la carne y se encarna en el significante de un nombre propio más o menos relevante o preservado por las historias, los mitos o los anales del espectáculo. A los nombres enunciados se le podrían sumar muchos otros, más o menos famosos, como el de Simón Weil, Antígona, Valerie, etc. todos ellos cuerpos signados por el síntoma de la Anorexia–Bulimia en el particular modo que les posibilita su estructura, pero con un modo de presentación que remite en la mayoría de los casos a la histeria muestrese esta más o menos florida, con mayores o menores giros o circunvoluciones.

15) El Cuerpo Geométrico. El Cuerpo Proporcionado.

En el siglo XX con mayor propiedad se instala una relación a la manipulación del cuerpo real o ficticia que lleva la marca del protagonismo del sujeto que modela o construye su cuerpo en torno a una cierta razón, que establece una relación entre partes. No se ofrece tal o cuál órgano a la mirada del otro, sino más bien, se ofrece el cuerpo como un plano a la mirada en una cierta proporción. Ya no es la parte sino el todo lo que se “proporciona” a la mirada del otro. Relación de la oferta que es consonante con la epistemología que apunta a lo sistémico, a la cibernética en esto de

que el todo es algo más que la suma de las partes. Silverstein et al. en 1986 estudiaron las evoluciones, o los giros según lo he señalado a lo largo de este trabajo, de las proporciones entre maniqués y actrices que se ofrecieron de “plano” en las revistas como Vogue y Ladies home journal desde 1900. Establecieron de este modo una relación o proporción privilegiada entre el perímetro del pecho y la cintura (al modo de proporción áurea entre los griegos) y midieron sus variaciones, oscilaciones y giros en el tiempo. Distinguieron así que entre 1900 y 1910 la relación fue de 2. En 1925 se reduce a 1.1, en la época de los años locos dónde se favorece la idea de una mujer más libre, por ello más parecida al hombre, delgada y masculinizada, vestidas y peinadas a la garçonne. En 1940 la relación se sitúa en 1.6 para volver a reducirse en 1960 a las medidas de los años 20 (caso Twiggy).

Proporción que en tanto acto de moldeamiento del cuerpo adopta un artilugio técnico preferente, al modo como lo hace la pintura con el óleo y el pastel (más entrada en la modernidad lo hace con el acrílico al igual que en la vestimenta), que se encarna en el uso y abuso del corsé.

Será este elemento junto a los rellenos y postizos los elementos técnicos de la geometría del cuerpo, geometría que se desplazara desde el talle a la silueta, desde esta a la línea como representantes de un plano bi-dimensional para culminar en la tridimensionalidad de un objeto que se ofrecerá como regalo en el borde continuo y natural de una “sola piel”.

Los desplazamientos se inician con “el talle de avispa” (alusión a la sexualidad de la abeja reina, llamada así por la función esencial de la sexuación y procreación que le es conferida), dónde las cinturas llegaban a angostarse hasta medir 40 cms. lo que otorgaba resalte y volúmen al busto y las caderas. Disminución de un rasgo que en cuanto proporcional a otro hace crecer el contrario. Con posterioridad el talle fue modificado con lo que el corsé se alargó comprimiendo vientre y caderas, manteniendo el resalte del busto pero destacando la grupa, el traste o el “cul de Paris”. Se pasa de este modo del talle a la silueta respecto de la cuál se decía que tenía “forma de luna decuarto menguante”.

Un anuncio de corsés de 1913 en la revista *L'Illustration* expresaba lo siguiente:

“Mantiene las cualidades del corsé recto, pero suprime sus defectos. No ps.e en absoluto el vientre en relieve, pero no lo aplasta. Se opone a la relajación del abdómen, pero respeta el emplazamiento que la naturaleza le ha signado. Deja un lugar para cada órgano y cada órgano en su lugar. Modifica el porte y el aspecto de la mujer, pero no cambia las medidas de los contornos de la cintura, abdómen y caderas.”³⁷

Desplazamientos geometrizados por el corsé que marcan y señalan los desplazamientos desde distintos órganos en un cuerpo ofrecido o proporcionado al otro como objeto. Se advierte de este modo como el corsé entalla la cintura par mostrar el busto y cadera, lo estira para mostrar la grupa, y a través de vestir y desnudar va desplazando el objeto ofrecido a la mirada paulatinamente hacia otros

lugares, talvez los más bajos, aquellos que se ocultaban bajo los velos de las múltiples enagua, del miriñaque, de la crinolina, etc. Aquellos que comparecían por ausencia se presentifican paulatinamente mostrando por lo bajo aquellas partes “pudendas” del cuerpo hasta aquí negadas a la exposición del desnudo.

Empiezan a aparecer entonces las faldas tipo “paraguas cerrado” muy ceñidas al cuerpo que muestran algo a tajo abierto, algo en el escote pero nada ostensiblemente desnudo. Se acompañan de velos y guantes que tapan una porción y en ello desnudan otras significadas sexualmente. (Habría que recordar las famosas parálisis en guante descritas por el psicoanálisis).

“La figura es más esbelta; las faldas más estrechas; las mangas más reducidas; los cuerpos menos fruncidos... el talle, muy ceñido, permanece dónde la naturaleza lo marcó...la atención se concentra especialmente en el busto y en las caderas, que se subtrayan con basquiñas, volantes, bolsillos e incluso con remedos de paniers...”³⁸

Con posterioridad aparecen los trotteurs o tailleurs, llamados traje sastre en español, los cuales incorporan la falda corta y son el prelude de la falda pantalón. Después de la guerra, alrededor de 1918 aparece verdaderamente la falda corta de verdad y el señalamiento de las piernas como objeto significado sexualmente ofrecido a la mirada. Ahora la oferta a la mirada cambia de eje en la verticalidad del plano a recorrer, ahora la dirección es de abajo hacia arriba.

³⁶ Toro Josep, Ob. Cit. Pág.86.

³⁷ Morales M.L., Ob.cit. pp.228-229,1947c

Es así como el desplazamiento en un sentido ascendente pasa del tobillo (marcado hoy en pequeñas cadenas o pulseras que lo destacan y en el hueso llamado astrálogo al que se le atribuyen virtudes afrodisiacas), deja paso a las piernas como objeto de culto a la mirada superando incluso estas el papel del busto, ya sea por la cercanía o mayor proximidad al sexo de las mujeres, ya sea por la mayor plasticidad que posibilita su anatomía respecto a un lenguaje de cruces, descruces, giros que denotan la disposición o la negación, la aceptación o el rechazo, la invitación o la clausura a la cópula sexual. Marlene Dietrich y Betty Grable son figuras que encarnan estos modos de exposición, llegando en ambos casos a hablar de las “piernas de un millón de dólares”. Lugar del cuerpo que al ser significado lo hace por los caminos indirectos de los adminículos que velan y en ello señalan el lugar a preferir por la mirada del otro, medias, ligas, portalingas y tacos altos han constituído objetos “fetiches” de la mirada y se han convertido en objetos míticos del erotismo, la estética y la sexualidad.

Al decir de Calderón de la Barca en Eco y Narciso:

“ –Pues ¿hay usos en los talles?

-Sí, yo me acuerdo de haber visto

usarse un año a los pechos

y otro año a los tobillos.

Y esto no es mucho, que, al fin,

Consistía en los vestidos”.

El corsé pierde su relevancia como instrumento al perder la primacía en esto de ser el límite de la medianía, de pivote central, en esto de operar como instrumento de la geometría del cuerpo. Los ejes son extremos, los recorridos quedan fijados desde arriba o desde abajo, ya no desde la medianía. Nos acercamos a los años 20 dónde ya no se trata de abultamientos, sino más bien de aplanamientos, (Surgen los sujetadores que buscan aplanar, acotar, repartir el busto para evitar prominencias), el cuerpo se efebiza y masculiniza, se hace lo más parecido al de un muchacho, ideal semejante al de los griegos, al fin y al cabo los creadores de la geometría.

La geometría pasa del ánfora al tubo, de la silueta a la línea, las proporciones se establecen entre mayor número de partes incorporando al busto-caderas-cintura complejizando en ello exponencialmente las relaciones. En los años 20 la ganadora de Miss América establece las míticas medidas de 81-63-89.

La geometría marca la muerte de la silueta y suscribe lo que se habría de llamar el fetichismo de la línea.

“Ella reina, triunfa, tiraniza, de manera absoluta. Y entiéndase que esta línea es sólo la que las viejas geometrías escolares nos enseñan como “la más directa y perfecta”, la recta, con exclusión de todas las demás. La curva se considera plebeya, cursi y anticuada. Las formas son el oprobio de la figura femenina... esta tendencia, que se inicia a partir de 1918-1920, alcanzó en 1925-1930 su pleno vigor.”³⁹

³⁸ Morales, M.I., “la moda. El traje y las costumbres en la primera mitad del siglo XX, vol.IX Barcelona, Editorial Salvat, 1947^a.

No obstante, aún en el terreno de la geometría de la línea resulta necesario destacar como este hito señala, marca y define un territorio abonado para significar toda una problemática de la delgadez, al mismo modo como los delirios se anclan en clavijas culturales propias de la época de su elaboración. (el éter antes, hoy la televisión, los extraterrestres, etc.).

“Durante un período más o menos prolongado, el ideal físico en la mujer es la figura escultórica en el sentido vulgar: matronal, estática, de formas redondeadas, de cintura estrecha y cadera y pecho exuberantes. A este período sucede el del ideal representado por la mujer delgada, de líneas rectas y movibles. Las vicetiples que en los años de nuestra adolescencia hacían rugir de entusiasmo sexual al público, pasarían hoy por esperpentos.... Ahora pasamos por una época de arquetipo sexual flaco. Las mujeres de nuestro tiempo están, sin excepción, poseídas de la obsesión de lo que se llama “la línea”... nunca ha sido tan intensa en nuestro tiempo la preocupación de adelgazar.”⁴⁰

Se mantienen ciertos arquetipos que giran en torno al problema de la delgadez, de modo que se marca el efecto y el peso de la voluntad, de similar modo al ascetismo griego o al puritanismo victoriano descrito en otras partes de este trabajo. Al decir de un refrán vernáculo francés: “Il faut souffrir pour être belle”.

“...se come mucho menos, los menús pantagruélicos empiezan a considerarse de mal gusto, y las damas elegantes se dicen al oído, como el gran secreto de belleza y juventud, las dietas y regímenes para adelgazar, tomados a su vez generalmente de las

confidencias de las estrellas cinematográficas, y en las que figuran como plato fuerte espinacas, naranjas y almendras tostadas.”⁴¹

Predominio de la línea que en su imperio pasará desde el “talle de avispa” al “cuerpo de lagartija”, que en nuestros días sería consonante con la significación de un cuerpo tridimensional ofrecido como objeto en la contención de una piel, expuesta a los goces y placeres y signada por una piel bronceada que opera al modo de las marcas, los tatuajes, los lunares o los lustres de períodos naturalistas que le precedieron. Significación que se ha de tratar en el próximo desplazamiento dónde el cuerpo opera como geometría desnuda o geometría pura, es decir al estilo de “puro cuerpo”.

16) El Puro Cuerpo. El Cuerpo Como Piel.

En este desplazamiento adviene el cuerpo significado en la geometría de un puro cuerpo, en tanto cuanto, este ya no se ofrece a la manera de un plano como en la geometría euclidiana, sino más bien en la tridimensionalidad, más propia de una geometría virtual. No se ofrece en el círculo sino en la esfera, no es el triángulo sino la pirámide. Es el cuerpo ya no ofrecido como figura, tampoco como línea, sino más bien como cuerpo de la geometría, dónde la primacía es la de los “mantos” o proyección infinita de líneas, al modo de lo que podríamos entender como una piel.

Al respecto resulta interesante destacar como también la oferta gráfica respecto al cuerpo lleva adelante sus propios cambios o giros, pasando desde la oferta de revistas

³⁹ Marañón G., “Gordos y flacos”, cuadernos de ciencia y cultura, ed. La lectura, Madrid, 1926.

o figurines dónde se ofrece la imagen como una fotografía en el perfil de su bi-dimensionalidad (Galleries des Modes, Corrier des modes, Vogue), a la imagen del cine que si bien plana, alude ya a la tridimensionalidad planteada.

Es el paso de la línea que encarna la silueta, al del objeto entero, ofrecido de este modo a múltiples miradas. No es el órgano (busto o cadera), ni el signo (lunar,labio) sino más bien el cuerpo entero ofrecido a una mirada desde infinitos ángulos , ejes o perfilamientos. En ello algo de gozo, de perverso también por el afán de querer moldear un cuerpo todo ideal capaz de colmar la demanda del Otro. Mas claramente de histeria en esto de moldear un cuerpo que esta continuamente produciéndose, y que en tanto vivo, hay que ejercer un control continuo y permanente para que este se contenga en una piel, a su vez cambiante por contener un cuerpo nunca idéntico asimismo.

Al decir de Wallis Simpson la mujer que provoca la renuncia al trono del duque de Windsor:

“Una mujer nunca es demasiado rica ni demasiado delgada.”

Pero este tránsito que se ha ido intentando marcar a lo largo de este trabajo, desde la figura, a la línea, de esta a la silueta tridimensional, esta signado por dos giros esenciales que facilitan su comprensión. El primero dice relación con la masculinización de la figura y su correspondiente giro respecto al lugar del cuerpo ofrecido a la mirada, el otro dice relación con el desnudo paulatino que posibilita el

⁴⁰Morales M.L., Ob.Cit. pág.280, 1947b

baño o las playas como una oportunidad para ofrecer el cuerpo como piel a la mirada del otro.

Hacia 1930 hace su aparición la falda larga, con cola hacia atrás que se presenta sin adornos y fantasías (al modo de una sirena). Es decir, un cuerpo cubierto ofrecido a la mirada, que si bien cubierto se ofrece entero, al modo de un cuerpo total o cuerpo cierto.

Lo interesante es que el vestido propuesto en general, se empieza a reservar para las salidas nocturnas, con lo cuál inaugura uno de los modos en que el vestido remite tan claramente a la histeria, en aquello de posibilitar el cambio de vestido dentro del mismo día, multiplicando de este modo la variabilidad de los modos de presentación. La vestimenta muda de acuerdo al ciclo circadiano y de acuerdo a los usos sociales que distintas horas del día favorecen.

Con posterioridad, el vestido comienza a favorecer un aspecto masculino, resaltando los hombros por sobre las caderas de modo que el tórax adquiere una forma trapezoidal, aparecen las “hombreras” como el relleno preferente que resalta los hombros de las mujeres. Paralelamente se desarrolla el uso del pantalón que en principio quedaba relegado a las actividades deportivas, esto es más claramente masculinas como lo era montar, el golf, montañismo o excursiones, montar en moto, etc.

Las pautas de la geometría eran hombros anchos, cintura estrecha y por supuesto líneas rectas como se estereotipaban en las revistas de “figurines” de la época, algunas de las cuales se llamaban directamente “silueta”.

“Ha deformado también las líneas del cuerpo humano, estandarizando los hombros cuadrados de los varones y la ausencia de curvas en las mujeres.”⁴²

Pautas que alcanzan también al ámbito de las muñecas, donde el referente alude ya no a un ideal de niño o bebé, sino más bien a un ideal de mujer sexuada. Así la exégesis de la historia de las muñecas va desde las muñecas de trapo, a los peluches que significan la calidez de la piel no sexuada, a la muñeca adulta de plástico que representa el ideal de un cuerpo ofrecido como objeto, ya no al abrazo sino más bien a la manipulación (muñeca muñequada). La muñeca “original”, la verdadera es Barbie, diseñada y producida por Matel Toys, su historia dice que ella nace de una publicidad alemana de postguerra, llamada Lili y vendida como una broma pornográfica.

“...con su cara de ángel teutona, su pelo rubio, ojos maliciosos de gruesos párpados, pechos generosos, diminutas caderas y largas piernas, si se parece a una prostituta de después de la Segunda Guerra mundial que utiliza sus encantos para conseguir su porción en la recuperación nacional.”⁴³

Ideal de cuerpo que se traducía al más puro modo de la histeria como un ejemplo de delgadez. Parámetros dimensionales que no resisten análisis alguno de las categorías

⁴¹ Morales, M.L., Ob.Cit.pp.33-34, 1947.

⁴² Solomon, B.P., “Barbie para siempre”, Diario “El País”, 17 de diciembre de 1984.

diagnósticas centradas en el peso y la medición. Barbie es definitivamente Anoréctica. Con una talla de 28 cm., tiene 12 centímetros de busto, 7 de cintura y 12 de caderas. Si se homóloga con una mujer de 1,63cms. de alto las medidas serían de 69-41-68 frente a las medidas “normales” de una mujer de esa altura que son 96-66-91.

Oposición entre este ideal de muñeca y la oscilación entre el “mono” u “overall” con los cuales la mujer se masculinizaba o adoptaba la vestimenta que le posibilitaba un mismo rol social.

Preludio de la actual moda unisex que busca, en las sutilezas de sus diferencias, igualar genéricamente el vestido como una marca de semejanza en las actividades que estos posibilitan. Lo anterior permite hacer de una mujer, un hombre social de día y una mujer de noche, significada con vestimentas totalmente diferentes.

Lo anterior fue posibilitado a partir de la segunda guerra mundial dónde las mujeres tuvieron que asumir roles masculinos consecuencia de la movilización de gran número de varones hacia los frentes de batalla.

Era común ver a las mujeres con vestimentas militares o paramilitares cuando se vinculaban a los ejércitos o tareas afines. También es el momento en que aparecen vestidas con overalles industriales en los movimientos sindicalistas promovidos por las teorías marxistas acerca de las luchas de clases, (caso de Simon Weil).

Por otro lado y según lo señaláramos al comienzo de este capítulo acerca del “puro cuerpo”, las playas y la incorporación de los baños de mar constituyeron un espacio de reunión dónde se desplazó la ex-hibición del cuerpo frente a la mirada del otro con

menor ocultamiento, si bien es cierto que este proceso tuvo su propia exégesis o proposiciones.

Al inicio y durante una gran parte del siglo XIX los baños fueron sólo prescritos por médicos y cumplían una finalidad terapéutica. Al finalizar el siglo, la aristocracia comenzaba a visitar las playas de san Sebastián, Biarritz y Deauville, etc. dónde las damas se trasladaban al mar incluso encerradas en sus casetas (carpas) por objeto del pudor que les podía generar ser vistas en cierta desnudez por el otro. Resulta interesante que una vez llegadas al agua, ellas salían subrepticamente desde las carpas, se sumergían rápidamente en el mar y tras el remojón se ocultaban nuevamente en las tiendas. Lo tapado por un instante se mostraba desnudo, es decir, anunciaba en ese gesto una promesa de un cuerpo posible de naturaleza, de un cierto deseo quizás. La posibilidad de esa oferta otra, podía ser leída en el ocultamiento de la prohibición como una oferta y negación. Oferta negada de la histérica en el psicoanálisis.

Durante los primeros años, las mujeres se bañaban una vez dejadas las tiendas, con pantalón bombacho hasta los tobillos y casacas que le cubrían hasta las rodillas. Algunas incluso se bañaban hasta con corsé.

Con posterioridad desaparecen los bombachos para dejar paso a un pantalón que ceñido a los muslos anuncia la conformación de una cierta piel. Pantalón que inicialmente cubre la rodilla para posteriormente subir un poco más arriba. Se

acompañaba de un corpiño breve y escotado que cubría el pecho, dejando el cabello y los brazos desnudos y exhibidos a la mirada del otro.

Con posterioridad caen las medias y otras telas que “cubren” el cuerpo y se instaura la época del maillot o malla de baño.

La geometría del cuerpo aludía a una ropa de baño que paulatinamente va tomando la materialidad del “strecht”, tela que posibilitaba los estiramientos y la adherencia al cuerpo al modo de una segunda piel.

Elasticamiento que se observa en los significantes con los cuales se alude a ropas interiores elásticas, ceñidas al cuerpo como una otra piel.

“Primero fue el Wonderbra de Sara Lee que hizo la competencia al británico Super-Uplift Bra, sigilosamente vendido durante los años 30 en las corseterías. Después apareció el elástico Pad-a Panty, de lycra, para aplastar el estómago por aquí y empujar las nalgas por allá. Poco a poco se han sumado las marcas de cinchas que hacen perder dos tallas de cintura, las panties que anonadan los muslos, las combinaciones que modulan desde el escote hasta el nacimiento de los muslos. Incluso para los hombres, Lycra ha producido el Super Shaper Brief, un slip alto por la espalda para permitir la inserción de un almohadillado en los glúteos y, ocasionalmente, un abultamiento de los genitales. Los hombres se habían provisto hace siglos de duras guarniciones como coquillas externas, pero nunca, según

declaraciones del director del instituto del Vestido del Metropolitan Museum, se había visto una cosa así.”⁴⁴

Tras la Segunda Guerra Mundial, el traje de baño daría paso al bikini que se presentaba como un homólogo a una “ropa interior” que se “hace exterior”, para pasar con posterioridad a la “tanga” y al “top less”.

Inauguración de la oferta del cuerpo como objeto, significado como una piel o manto que ofrece la geometría ya no del plano sino más bien de la tridimensionalidad del objeto.

Es la piel la que se ofrece como promesa a la mirada del otro, de tal modo que el “bronceado” cobra un lugar como tinte que alude a una totalidad, a un cuerpo entero, a un puro cuerpo. No es el lunar el que se ofrece como símbolo de un cuerpo sexual, es un cuerpo moreno en su totalidad y que por ello alude a una cierta continuidad de su desnudez. En tanto moreno, expuesto y exhibido en su desnudez pareciera hablar la “morenez”, que junto al atavismo primitivo de las tribus ligeras de ropajes o de abierta desnudez refiere a un cierto naturalismo pulsional que se inscribe en los márgenes o los pliegues de la oferta.

Cuerpo ofrecido en la continuidad homogénea de una piel que se ofrece a los múltiples brillos de sus bordes, espacialmente ubicada ofrecida a infinitas perspectivas, a innumerables ángulos de la mirada, ya no especular sino masiva.

Cuerpo en el espacio que ya no en la especularidad de la “mejilla contra mejilla”. Ex-

⁴³ Verdú, V. : “Apogeo de la ropa interior”, diario El País, España, 6 de Mayo 1995.

puesta en el espacio, ofrecida así a todo cuerpo como algo más que una silueta, como un objeto ya no sólo a ser mirado sino también a ser palpado, recorrido en la oferta última de todo objeto, que en cuanto establece una cierta relación de proximidad, se ofrece al tacto como una piel a otra piel. Será cosa de piel dirán las adolescentes de hoy día que paradójicamente en la plenitud de su oferta, en el inicio de la sexualidad, enflaquecen, adelgazan, comen nada, devuelven lo que comen, en fin presentifican los signos y síntomas de lo que llamamos Anorexia-Bulimia. ¿De que adolecen entonces las adolescentes?

Adolescentes que cuándo no adelgazan otra cosa se escucha, algo del orden del Rock-Pesado que remite a la música, a algo del orden a ser escuchado, algo así como Hard-Cuore. En todo esto algo no cobra sentido, algo podríamos decir, “ huele mal”. Algo se huele, algo se deja ver, algo se escucha... un síntoma en el cuerpo que no tiene sentido en tanto sea ausencia de palabra,

¿De que adolecen las adolescentes que tan fervientemente exaltan los sentidos? ¿De un sin sentido quizás que en el terreno del lenguaje remiten a una falta que no se deja ver? ¿ a un Deseo quizás? ¿A un querer sentir, oír, oler, palpar desde el lugar de una cierta subjetividad que la remite a un deseo posible?

¿ Síntoma que habla y silencia una palabra, que dice de un cierto deseo?

Por ello el psicoanálisis remitirá a un cuerpo sin sentido, a un cuerpo de palabras, un cuerpo hablado por el lenguaje, a la palabra impropia de un sujeto que adolesce y por

ello se sume en ello, su condición, ni gruesa ni magra, sólo y todo, esencialmente sujeto hablante y por ello irreductiblemente humano.

De eso, de sólo eso y de todo eso hablaremos en los casos que se presentan en el próximo capítulo de este trabajo.

CUADRO N°2-A

CUADRO N°2-B

CUADRO N°2-C

FIGURA N°1

FIGURA N°2

FIGURA N°3

FIGURA N°4

FIGURA N°5

FIGURA N°6

FIGURA N°7

FIGURA N°8

FIGURA N°9

FIGURA N°10

FIGURA N°11

FIGURA N°12

CAPITULO II

PRESENTACION DE CASOS

1) Caso clínico N°1.

Un paciente dice:

“Vomitó y me encontré (...).

Cuándo estoy subida, entregada al tren de la perdición, hasta que no completo el ciclo no paro (...), el ciclo de hacerme mierda (...).

Por lo menos cuándo como soy comida, soy grasa”.

Respecto al atracón del día anterior relata:

“Comí galletitas negras, después marrones, después negras... hasta que vomité y entonces busqué lo primero que había comido.”

“Es como si en el vómito no me cansara de decirle que necesito a mi mamá, quizás la mamá que tuve una vez... Son todos intentos fallidos de recuperarla, y me topo con que ella me muestra que no puede dar más”.

“ No sé como parar estos ataques que me agarran”.⁴⁵

⁴⁴ Hekier Marcelo y Miller Cecilia, “Anorexia-Bulimia : Deseo de nada”, Editorial Paidós, Psicología profunda, Primera reimpresión ,1995, Buenos Aires, Argentina, 155 págs..págs.55 a 64.

1.1) Comentario: “A propósito del cuerpo como goce en la Anorexia-Bulimia”.

En el decir del paciente acerca del vomitar como acto de encuentro se signa un gesto, que no palabra, que cierra la posibilidad de desplazamiento a partir de la *Transferencia*. En primer lugar porque hay una supresión de la temporalidad al plantear la oclusión de un *Acto* que en su propia ocurrencia cierra el circuito de toda significación posible. De este modo al imperar el *Acto* el sujeto se desvanece, se imposibilita el corte sincrónico de la temporalidad, de la discontinuidad consustancial a la palabra.

“...en dónde el Sujeto se tomó como término, terminal, de la pulsión.”⁴⁶

De este modo se presentifica un Cuerpo anclado a lo *Real*, prevalece la parte del cuerpo que sufre o padece, en disyunción respecto al Sujeto y por ello desligado del *Significante*, anclado en lo Real del cuerpo.

Ausencia de Cuerpo Hablado, ausencia de cuerpo del Psicoanálisis.

Dimensión del Hacer que se impone a la dimensión del Decir. Parafraseando el dicho del “Dicho al hecho no hay trecho”. (Ausencia de espacialidad, de categorías espacio-temporales).

Vomitarse que en tanto repetición es sólo repetición del *Goce* de la pulsión. Un llamado que en tanto *Acto* se hace llamada al *Otro*, imbricado en lo *Real* del

⁴⁵ Lacan, Jacques, “El Seminario. Libro 11. Los cuatro conceptos fundamentales del Psicoanálisis, Buenos Aires, Paidós, 1987.

Cuerpo, demanda muda, imposible de ser incluida en la cadena Significante.
Particular modo de encarar des-subjetivamente el **Goce** pulsional.

“El Cuerpo sufriente nos remite al goce en juego al que no puede renunciar y que funciona como un imperativo: como satisfacción de una pulsión”.⁴⁷

Diferencia entre **Goce** y **Deseo** a propósito de la pulsión, enunciada por Lacan:

“En cierto modo al dar con su objeto la pulsión se entera, precisamente, de que no es así como se satisface... es justamente porque ningún Not, necesidad puede satisfacer la pulsión (...). Aunque la boca queda ahí, no se satisface con comida sino, como se dice, con el placer de la boca”.⁴⁸

Placer de la oralidad, orificio dónde el paciente, en la comida o su evitación, encuentra una salida, un cierto sostén en términos de goce, de su imperativo, que se pone en juego al modo de una satisfacción en la **Pulsión**.

Lugar de oralidad que opera como orificio, obturado o abismal pero que no de borde. Paradoja que sitúa al sujeto en una satisfacción imposible en tanto no se constituye en la costura de un *borde* encarnado en un labio, o en la movilidad de la lengua que articula y posibilita la palabra. Por ello, en tanto ausencia de borde, en vano el sujeto trata de ser ahí dónde se desvanece en su des-ser.

⁴⁶ Ibidem 1, pag.56.

⁴⁷ Ibidem 2

Oralidad que marca el punto de máxima tensión, dónde una línea mediante, barra la diferencia entre el *Goce* y el *Deseo*. Lugar de intercambio dónde se puede establecer la transferencia que movilize al *Goce* al registro del *Significante*. Lugar de paso dónde la queja se ancla a la dimensión del Acto o del Acting, dónde el sujeto queda tomado en la dimensión del hacer *Tyché* (encuentro de lo imposible, topamiento del sujeto con el *(a)*) o en la dimensión del *Automatón*, del deslizamiento significativo, de la metonimia del *Deseo*. Lugar complejo el de lo oral, en términos de producción: ora palabra, ora su ausencia, que no como silencio sino como mudez.

“ La tendencia de esta boca que tiene hambre se expresa a través de esta misma boca, en una cadena significativa (...) esta demanda se forma en el mismo punto, en el lugar del mismo órgano dónde se erige la tendencia. Y es allí que nace el trastorno de la posibilidad de producir toda clase de equívocos al responderle. (...) De allí que la frustración compensada es el término de la intervención analítica”⁴⁹.

Oralidad dónde la queja, ora queda en el estatuto de mera repetición o instala en el borde una pregunta. Clínica de borde esta de la Anorexia, de border-line que no de orificio abismal o de una boca oceánica.

Ojalá una estructura de border-line dónde comparezca un sujeto en la línea, justo allí en el circuito de la repetición, del por-venir de una ilusión, de re-hallarse en un objeto que no obstante esta irremediabilmente perdido. Repetición

atemporal, secuencia sujeta al ritmo de la inmediatez de comer-vomitarse o de rehusar un objeto (comida), que hace inseparable la secuencia *pasaje al acto-acting out* como las formas no significadas de la *Pulsión*.

¿Qué oponerle? ... El discurso del Analista, que *Transferencia* mediante, permita que el *Otro* se constituya e instale la línea, el dique que haga borde, que contenga la queja en la apertura deslizante de una pregunta.

⁴⁸ Lacan, Jacques, "El Seminario. Libro VIII. La transferencia", Paidós, Buenos Aires, Argentina, 1987

2) **Caso clínico N°2: “Sexo, música y bulimia”.**

N. tiene alrededor de treinta años cuando viene a mi consulta, aquejada de bulimia y pidiendo desesperadamente que no la deje vomitar, porque si lo hace, se mata.

Extranjera, de un país al norte de América del Sur, música, conoce a un uruguayo compositor de música clásica que estaba allí de gira, de quien se enamora, viene al Uruguay y al tiempo se casa.

Sus atracones y vómitos que datan de la adolescencia, la llevan a recurrir a una institución que se ocupa de estos trastornos de la alimentación. Esta experiencia, que dura alrededor de un año, implicó “soportar horrores, como “la pesada”, tener prohibido mirarse en espejos (todos ellos tapados en su casa), candados en la heladera y placards, no poder elegir su ropa, ni obviamente, determinar las porciones de la comida”.

Enloquecida por esta situación, sintiéndose sin salida, en un acto impensado, cuando iba hacia esta institución, tira su auto contra un camión, en un accidente calificado por ella de “suicidario”. Es en este momento que decide llamarme a ver si podía ser escuchada.

De Los Primeros Tiempos:

De esta primera época quisiera puntuar la gran desconfianza en creer que yo “podría curarla”, entre otras cosas porque era mujer. N. desconfía de las mujeres, con quienes habitualmente tiene problemas.

Dos hechos sitúan las coordenadas transferenciales que habilitan al trabajo analítico: N. pasa su tiempo en la angustia de “fallarle” a la institución. A pesar de haberse retirado de allí, sigue atada al decálogo (en realidad cuarenta reglas) y teme no cumplir “exactamente” con el programa de dietas y horarios estrictos establecidos. Así, me llama desbordada por haberse dado un atracón... con agua. Tomó dos vasos de agua fuera de las horas señaladas y entonces el terror a vomitar aparece otra vez, reiterando el pedido inicial “si me dejas vomitar, me mato”. Su discurso me confrontaba a habilitarla en el deseo, al mismo tiempo que hacerlo, era sentido por N. como riesgo de vida, como su desaparición en la locura. Su pedido, casi ruego hasta la exasperación, era que le prohibiera, que no la dejara nada. Pedía un doble de la institución, a la cual por otro lado, no sabía como abandonar.

Poco tiempo me llevó descubrir que lo que más temía era que le quitara su miedo, ya que éste era su límite y su referente. Así, mi cautelosa intervención fue: “Si no querés vomitar, no tenés por qué hacerlo”. Cosa que permitió, de alguna manera, un cierto alivio auspiciador de la palabra para ella.

Otra puntuación en donde me parece que cambia su posición de desconfianza y recelo, es en un pequeño hecho que ocurre por fuera de toda intervención planeada y que sin embargo viene a funcionar como una interpretación.

“¡Si por lo menos pudiera fumar, tener otro vicio que no fuera el de vomitar!... Yo estoy fumando en la sesión. A la vez siguiente aparece con un paquete de cigarrillos en la mano, y sonriente, dice: “me compré cigarrillos iguales a los tuyos... ¡Ay, no!”.

Su sorpresa apareció cuando, viendo mi caja, se da cuenta de que yo tengo una marca diferente a la de la vez anterior. Algo se descompleta allí, no somos iguales en ese espejo en que me coloca. Una diferencia que le permite anotar una falta en el espejo, capaz de cuestionarla y hacer desplegar sus significantes.

De Su Historia:

Tiene seis hermanos: varón, mujer, varón, mujer y... ella, que nace luego de una larga separación de los padres. El padre se iba por ahí, a tocar música en los bares, con mujeres, abandonado el hogar. De ella se esperaba el varón que continuara la serie.

“Envidia a los hombres. El mundo es un mundo de hombres. Pueden hacer lo que quieren, tienen poder”. “Las mujeres son ciudadanas de quinta categoría, no merecen respeto”.

Siempre fue “gordita”. Sus hermanos la ridiculizaban diciendo: “a vos es mejor saltarte por encima que darte la vuelta”. Todo el despliegue de odio contenido desde su infancia por destructivo, atraviesa su discurso: “mi hermano me pegaba, mi hermana me daba patadas, me odiaban y nadie me defendía. Todos abusaban de mí, mentían sobre mí”. El ser abusada, con su correlato de abusar, es algo que recorre hasta hoy, luego de tres años, su discurso.

Un primer matrimonio a los diecinueve años le deja por saldo “un hijo” y muchos golpes encima. Era violada y castigada por el marido que también la abandonaba por semanas. Situación que la lleva durante el embarazo a dos intentos de suicidio: uno, a los cuatro meses, ingiriendo pastillas y otro, a los seis, en donde intenta tirarse por la

ventana. Huyó de la casa paterna a los pocos meses de haber nacido el niño, cuando su bulimia se incrementa.

Un goce ignorado por ella tiñó su relato de víctima de los golpes de todos, así como cuando, llena de odio, “robaba” comida de su madre, fundamentalmente queso y leche, para luego vomitarla. Su madre decía: “anduvo un ratón por qué” entono acusador, para luego reprocharle el abuso de lo que comía sin aportarle dinero. En ese tiempo, come a escondidas para vomitar y luego reponer, con el poco dinero que ganaba, lo que “abusaba”.

El odio de la madre así como el del clan, se debía a que ella era la preferida del padre, quien le daba todo. Las intrigas familiares se suceden, N. delataba a su familia delante del padre, quien no respondía, manteniendo una complicidad en el silencio.

A partir de asociaciones, descubre que la única complacencia de su madre era en relación a N. y la comida. Contradictoriamente, la madre preparaba los platos que a N. la tentaban para impedirle adelgazar y colocarla en el lugar de la puta. “Ser gorda es ser puta, puta barata... A mí me gustaba dejarme abusar y tocar por mis amigos, que solo me buscaban porque era una puta barata... Mi madre me decía que yo era una sucia, que no me lavaba ni mis bombachas, que era mala y puta, nadie me iba a querer, mucho menos un marido. Yo le daba asco”.

En este tiempo elijo señalar la conexión de la madre, horadar la figura del Otro feroz que todo lo prohíbe, así como la institución que la quiere en el encierro.

Un sueño: “Estoy adentro de una olla enorme de queso fundido, me ahogo, no puedo salir”.

Vomitarse significa un placer, un rito que implicaba esconderse, escapar de la madre, encerrarse en el baño. Vomitar y comer lo vomitado, para volverlo a hacer. Así es “chancha y sucia” como decía su madre.

Su decir en el análisis va produciendo la ligazón entre coger y comer. A los cinco años le cuenta a la madre que mandadero había intentado abusar de ella, levantándole el vestido tocándola. La madre no le cree, le dice que ella lo buscó y lo sedujo. A partir de allí, todas sus investigaciones sexuales con compañeritos y amigas quedan ocultas a la madre, que omnipresente, le decía que todo lo sabía porque un pajarito se lo contaba. Burlar a la madre, gozar más que ella, siendo más audaz.

Así, se inscribe en un grupo de militancia religiosa: Dios padre la salvaría. En una procesión un grupo de delincuentes intenta violarla. Escapa corriendo. La madre no le cree. “Ella es una mujer doble: socialmente piadosa, suave, pero en la familia es la jefa del clan, la reina que me ninguneaba robándome a mi hijo, no reconociéndome como madre a mí”.

Cuando conoce a quien es su actual marido, deja todo y se viene a Uruguay. Retorna a su país cuando le avisan que el niño, que había quedado en manos de los abuelos, ha sido secuestrado por el padre y que ella es acusada de abandono. Luego de varias vueltas en torno a juzgados, abogados, instituciones de minoridad consigue rescatar al “bichito”. Es lo que parecía su hijo que comía con las manos, estaba flaco y enfermo.

Decide escapar a Uruguay con su hijo, lo que implica que aún hoy, luego de cinco años, no pueda retornar a su país por estar acusada por la ley, de robo de niño.

De Su Hijo:

Una relación de simetría y hermandad es la que establece con su hijo. Compite con él por el amor del padre y de su actual marido; a la vez que teme ser vista como una loca por el desprestigio que le ocasionó su madre.

Intenta diferenciarse siendo moderna, “no encuadrándose en pautas convencionales” y así ayuda a su hijo a investigar en su propio cuerpo la sexualidad de la mujer.

De La Música:

El padre le enseña a tocar un instrumento indígena típico de su país. La música es rechazada como sinónimo de lujuria por la familia en general, ya que propicia “los desbordes”. A escondidas, estudia guitarra. Su marido actual, famoso músico, la desanima: ella no será una buena concertista. Desencantada, empieza a componer una primera pieza que llama “Las mil y una caras”, que firma con seudónimo, anagrama de su nombre y que sugiere el nombre de un hombre extranjero. Me dice. “Celia, este mundo no es para mujeres, yo las detesto. Esta pieza tuvo éxito porque creyeron que era hombre y además extranjero. Ser mujer, latinoamericana y compositora es para el ninguneo”.

En relación a la música, las percepciones extrasensoriales aparecen en las sesiones. Relata que tuvo encuentros cercanos del tercer tipo en su adolescencia, de los cuales son sabe si fueron sueños u ocurrieron en la realidad. Los extraterrestres la pasearon,

la llevaron a un universo de “fractales”, donde colocada en el centro de una pirámide de energía, la cargaron positivamente.

En su casa, cuando actualmente empieza a componer una nueva obra, aparece una “poltergeist”. “Soy yo misma pero transformada en fantasma”. Esta figura la sigue, la espera en la sala de música que es su cuarto de trabajo. Entre simpática y amenazadora quema bombitas de luz, juega con ella a esconderle objetos y la inspira en su trabajo. Entre risas dice: “debés pensar que estoy loca, pero es cierto, ella está ahí para hacerme bromas”. Aunque convencida de esta “realidad inspiradora”, es capaz de reírse de su “locura” y asociar. La imagen de la madre en el espejo, en el que cotidianamente observa si engorda, aparece como la de una vieja bruja paralizándola, al devolverle su “voz” en el espejo. N. era tartamuda en su niñez, lo que originaba burlas en la familia y en la escuela. Gracias a su “fuerza de voluntad” lo supera luego del castigo que se impuso: leer en voz alta el diario todos los días. Aún así, algo de su tartamudez persiste.

Transferencialmente, apoyo la posibilidad de su trabajo en composición, aún ante el riesgo de que en la aproximación a su tarea, los atracones y vómitos se intensifiquen. Sus objetos prohibidos de placer implican ansiedades, depresiones y los “camiones de fantasmas”.

De Una Sesión Actual:

“Estoy muy ansiosa, como alfajores y escupo. No es lo mismo que vomitar, pero tengo pánico a volver a hacerlo y no poder parar”. Actualmente hace casi tres años que no vomita. “Tuve un sueño angustiante, salía y una voz grandota me decía: te vamos a descontar, te vamos a descontar”.

Alude a un instituto donde entró a trabajar hace poco como profesora de música. La voz grandota era la de la madre, más adelante dice que también es la del padre.

“Hay un abismo cada vez más grande entre mi familia y yo. Mi trabajo es la música, ¿por qué habré pasado tanto tiempo trancada?... Ahora se que puedo elegir y por eso no voy a vomitar.

El “descuento” tiene que ver con que faltó y le van a descontar un día de su sueldo. Pero también es la “voz” que la “descuenta” de su familia. Su obra se llama “Voz y vos” y estaba dedicada a su madre que muere a fines del año pasado. Salirse del clan dedicándose a la música, es contradecir la voluntad materna. “La santa sede me prohíbe todo lo que me guste porque es pecaminoso”. El peligro es no poder parar con “una melodía en la oreja, un alfajor en la boca” o con una atracción sexual que la lleve a extremos y no poder poner límites. “En la institución decían que el problema de las bulímicas era que no teníamos límites... Y ahora se que la música es en serio para mí, que no es coqueteo”.

De La Transferencia:

- 1) De aquel primer tiempo en el espejo del recelo y la desconfianza, queda el espiar el cuerpo para compararse si es más gorda o más flaca.
- 2) Los líos son con el dinero. Paga puntualmente sus sesiones, pero cada reajuste es vivido como un “abuso”. “Con todo lo que te necesito y vos sabiendo que el dinero es de mi marido, que yo no tengo”.

La serie de la desconfianza aumenta, por eso uno de los logros fue que confrontada al pago, pudiera vencer su inhibición a trabajar, y como profesora de música.

- 3) A fin de años se irá a vivir a Alemania. Su marido ganó un concurso para una cátedra de una universidad. Esto tiene toda la importancia para ella, ya que podría formarse en composición y “hacerse un nombre”. Muy lentamente consigue que su primera pieza sea editada con un cierto éxito, sobre todo en EEUU, donde recibe una excelente crítica en una revista especializada. Cuando piden sus referencias tiene que aclarar su seudónimo, “descubrirse mujer”, y declarar su déficit de formación universitaria. No obstante, hay una necesidad y una urgencia en ser reconocida. “Refregarle a la familia quién es ella”. Entretanto, prosigue su trabajo para terminar la nueva obra: “Hasta que no la termine, me voy a sentir embutida, tengo que arrojarla afuera, largarla”.⁵⁰

2.1) Comentario: “Del otro materno y del “ninguneo”.

N. viene a consultar con una *Demanda* muy unida al imperio de una *Necesidad*, *Demanda* de ser “sostenida”, de no ser “dejada”, de no ser succionada y fagocitada por el Otro que la deja en un “ninguneo”, en un ningún lugar, sólo, arrojada como vómito, disperso, desbordado e indiferenciado.

N. dice de su madre: “ella es una mujer doble, socialmente piadosa, suave, pero en la familia es la jefa del clan, la reina que me “ninguneaba” robándome a mi hijo y no reconociendome como madre a mí”.

N. desde el inicio de su discurso remite a un lugar del abuso, de ser abusada por otro, el mandadero, los delincuentes que intentan violarla en una procesión, el marido que la golpea, etc. Todos abusos que la madre desde el lugar del *Otro*, “no cree” y al “no creerle que ella pueda ser alguien”, la confirma en el lugar del “ninguneo”, des-acredita como sujeto y la deja diluída en el lugar de la nada. Idéntico lugar que le es confirmado desde la institución que le prohíbe “mirarse al espejo”, comer a des-tiempo (sólo es válido el ritmo del *Otro*, el de la institución que regula la *Necesidad*, y la *Demanda* pero no incorpora la dimensión del *Deseo*). Idéntico caso ocurre con otras instituciones como los hogares de ancianos que en aras de la *Necesidad* (vitalismo) infantilizan al sujeto y lo suponen ajeno a un deseo propio (ni los niños ni los ancianos tendrían *Deseos*: nada sexual), y le niegan el agua que de seguro la sal ya le fue negada. Institución en dónde la prohibición alcanza al borramiento de todo

⁴⁹ Convocatoria clínica, ediciones, “Presentaciones clínicas” Anorexia-Bulimia-Hipocondría, Buenos Aires, Argentina, Tomo 2, 1996-1997

reconocimiento de un deseo propio, aún de aquellos que imperan en las más fuertes de las privaciones, el lugar más punitivo: lugar de presidiarios que viven a “pan y agua”.

(Es interesante remitir aquí a la primera parte de esta tesis dónde a propósito del cuerpo hacemos una referencia a los alimentos y al papel del agua como un irreductible en esto del ayuno. Habría que recordar que en las “huelgas” de hambre el agua, eso está permitido).

Para N. La prohibición opera como *Otro* “todo lugar” que paradójicamente la sostiene “ilusoriamente” por un tiempo en un cierto lugar de reconocimiento social, al mismo modo como los drogadictos logran en el “etiquetamiento” un cierto reconocimiento categorial, en cierto modo, algo de la ilusión de ser alguien. Si se le prohíbe con cierto rigor es porque necesariamente hay “alguien” allí susceptible de ser contenido. Al menos la *Ilusión* de una *Diferencia*, algo que se sostiene y no se disgrega, algo que se acredita más allá de la dilución de un vómito indiferenciado, dónde los alimentos están confundidos en una masa uniforme y amorfa. N. ilusiona ser alguien en cuánto se le prohíbe. De allí que la marca del analista, en esto de “si no querés vomitar, no tenés porque hacerlo”, despliega o desata un nudo apretado entre la necesidad y la demanda, para introducir algo del orden de la “donación”. Donación que le da una vuelta de manilla a esto de la demanda, al donar un “querer” frente al tener de la prohibición, en esto de “si no querés” que permite un cierto deslizamiento al

Deseo. Intervención del analista que desprende a N. del lugar de la prohibición instituido como un punto de máxima consistencia del *Otro*, ya que si bien por un lado la sostiene en la *Ilusión*, por otro lado, garantiza la existencia del Otro como garante de su *Ilusión* de subjetividad. Analista que en esto de hacer lugar pone en juego su *Deseo* como un primer momento de inscripción, en donde N. pueda ocupar un lugar en el *Otro*, en esto de dejar de ser todo para el *Otro*, al posibilitar que N. inscriba la letra de otro discurso: “no te dejo, aunque no vomites” (al modo de “de hablar en lugar de vomitar” que se deja leer en el caso “FAO” desarrollado en el Cap.3 de la presente Tesis). Discurso que inscribe al vómito como mandato (es posible de ser escuchado por N.) en el sentido de “vomitas para no ser dejada, vomitas como garantía de ser un *Resto* para el *Otro*). El analista “opera” aquí a partir de su *Deseo* haciendo lugar a algo más que “nada” o lugar del “ninguneo” donde la pone la madre desde su indiferencia (quizás complacencia del padre).

Analista que va construyendo ese lugar supuesto al saber más allá de este primer momento donde se juega su deseo, *Deseo Del Analista*, que a partir de sucesivos desplazamientos le permiten a N. pasar de “ser” para el *Otro*, a “ocupar un lugar” en el *Otro*, a tener un nombre, a hacerse un nombre que sostenga una “voz” desde la singularidad de un sujeto. Tránsito de subjetivización que está marcado por distintos tiempos, entre ellos el pasaje desde el seudónimo (algo así como un nombre) al nombre. (Respecto a este

último tiempo resulta interesante hacer una lectura desde Winnicott en esto del pseudónimo y el falso self).

El primero de estos desplazamientos dice relación con los cigarrillos respecto a los cuales N. Había dicho: “si por lo menos pudiera fumar, tener otro vicio que el de vomitar”, tras lo cuál aparece en la sesión con una cajetilla de cigarrillos respecto a los cuales se establece la sorpresa de la diferencia en esto de: “me compré cigarrillos iguales a los tuyos...¡ Hay no¡ “Perplejidad que inaugura la *Diferencia* y rompe la especularidad con el analista en esto de situarlo en el lugar de la institución (el que prohíbe) y de la semejanza (si fumamos los mismo somos lo mismo). De hecho se verifica que fuman distinta marca, metáfora que alude a esto de que la castración no opera de igual forma en todos los sujetos, opera como marca de diferencia de estilo a su vez diferenciado. (Para muestra un botón: cómo N. se desestructura durante los embarazos con suicidios y bulimia. Con pasajes al *Acto Y Con Pasos Al Acto*, al ser precisamente solicitada a responder en su punto más álgido desde su estructura). N. puede querer fumar la misma marca que la analista pero hay un irreductible que lo impide, no se le devuelve una identidad especular, sino por el contrario, lo que se devuelve es “eso o su ausencia”, una marca diferente que hace la diferencia.

Desde la *Transferencia* se instala otro corte a partir del problema del dinero del pago de las sesiones: “Con todo lo que te necesito y vos sabiendo que el dinero es de mi marido, que yo no tengo”, que inaugura un lugar desde dónde N. se

puede mirar como mujer, desde un lugar de sujeto asujetado en el género. Por otro lado es una forma de sostenerse en la falta, que algo se escuche de la propia falta, hacer brecha en la *Falta del Otro* al dejar de ser nada, algo más que ninguna, al menos uno.

Apertura del inconciente que encuentra en su “vía regia” una fuga al inconciente en esto de los sueños, que con el inicio de las sesiones de análisis se empiezan a movilizar en los relatos que los pacientes ponen en juego en sus discursos. El sueño de N.: “ Tuve un sueño angustiante, salía y una voz grandota me decía: te vamos a descontar”. Sin duda algo que alude a la diferencia, a la resta, a lo no todo en esto del *Deseo Del Otro*, algo del *Deseo* propio en esto de los haberes contables que se oponen a los debes de la prohibición. Hay algo en los descuentos respecto a los créditos (dar crédito, creer que N. pueda ser alguien) y los descritos, algo que remite a un cierto capital que como el dinero opera a “cuerpo cierto”, que habla de un cierto balance entre “el tener” y “el no tener”, de cualquier modo un lugar distinto al “no tengo”... no soy nada.

Pero de las cifras el paso es en relación al nombre, a algo más que contable, a un *Sujeto* que de cuenta de una subjetividad capaz de habérselas con cierto *Deseo Propio*. Con dinero es cierto se puede hacer la operación contable de librar la hipoteca y pasar a “tener” algo en propiedad, algo ya no del *Otro* sino en nombre propio. La propiedad que pasa por una inscripción, en el caso del sujeto la de su nombre, propiedad a nombre propio.

N. esta inserta en un Genograma familiar que establece un ritmo a la génesis de varón-mujer-varón-mujer...-N., que se fractura con el nacimiento de N. de quién era esperable que confirmara el ritmo y la secuencia familiarmente establecida. “Celia, este mundo no es para mujeres, yo la detesto.” Es así como N. para hacerse un nombre en la música debe firmar una obra suya con un seudónimo masculino. “Esta pieza tuvo éxito porque creyeron que era hombre y además extranjero. Ser mujer, latinoamericana y compositora es para el ninguneo”. Seudónimo que debe dejar lugar al nombre, para descrédito de su madre, a partir de poder construirse un *Borde*, (un límite al desborde) que se va tejiendo en estos pasos que he ido marcando respecto a la transferencia. *Borde* que se va tejiendo por la vía de la *Sublimación*, por la obra que opera primero como pseudónimo y más tarde en nombre propio. Lo que se vomita o se arroja afuera finalmente es una obra musical, con la cadencia y la diferencia de sus ritmos, con el soporte de las distintas tonalidades que sustenta la trama del pentagrama (trama de más de dos). Se instaura entonces otra temporalidad, se inaugura el eje de otro tiempo que ya no el de la bulimia, ya no el de la mera *Repetición*. Hay algo del límite, de lo adentro y lo de afuera que se sostiene en la temporalidad que “demora” el impulso del vómito y de la promiscuidad sexual: “el problema es no poder parar”, “ser gorda es ser puta barata”.

Tránsito de N. hacia la obra musical que pasa por los agujeros, de la oreja, de la boca, de la vagina, todos agujeros que significados pasan de ser una “gran

bocaza que lo traga todo con voracidad oceánica”, (al decir de Czermack), a un borde que sostiene el *Significante*, a un *Borde* hecho palabra. Para N. al menos el primer estadio de este tránsito pasa por constituir la Voz. Su obra musical se llama “Voz y Vos”, que sin duda constituye un desplazamiento respecto de “la imagen de la madre en el espejo, en el que cotidianamente observa si engorda, aparece como la de una vieja bruja paralizándola, al devolverle su “voz” en el espejo.”

“Voz” de la obra, de un título y de su nombre, que la pone en el lugar de “vos” que ya no el lugar de una voz espejeada devuelta por esa madre gozosa en el lugar del *Otro*.

Paso a paso, o más bien de balbuceo en balbuceo, al modo de un adolescente que cambia la voz en tanto le va cambiando el cuerpo que se ofrece a la sexualidad, reconocimiento por el otro social que se plasma en el reconocimiento de ser un “hombre de pelo en pecho” al mismo tiempo que en el tener se traduce en esto de tener “voz y voto”.

Borde que se va constituyendo en una sucesión de fronteras pivoteadas, apuntaladas en la oralidad. Al inicio como límite a una mera repetición expulsiva para más tarde sostener una palabra en el timbre de una voz, ya no expulsada, sino expirada a nombre propio. Más claramente en N. que fue tartamuda y que al obligarse a leer el diario en voz alta logra en lo *Real* que algo

de la voz propia se escuche, giro que se sublima en la creación a nombre propio de una sinfonía talvez dirigida hacia si misma.

Trama de un tránsito pardadojalmente encarnado en los nombres de los movimientos de su obra musical (la paradoja remite a la esencia de la sorpresa del quehacer del analista): Imago, spectra, signalis y aebum.

Una imagen que expectante señala el rumbo de un devenir (aebum=devenir).

Devenir que pasa de una melodía en la oreja, un alfajor en la boca o de una atracción sexual que la lleva a extremos, a una melodía que se escucha en una cierta voz propia y es expulsada en términos de obra musical la cuál “tengo que arrojarla afuera, largarla”.

N. talvez siga, en esto de “arrojar”, vomitando, pero con al menos una diferencia: haciendo de su síntoma otra cosa, algo que se dé escuchar en la “Voz y vos” de una cierta sinfonía.

3) Caso clínico N°3: “De la comida de carolina, a carolina y su comida”.

Carolina tiene trece años, **es hija de profesores universitarios, doctores en Física.**

Consulta la mamá, derivada por el hebiatra, por haber bajado de peso en los últimos meses.

Informa que Carolina tiene unna **“terrible obsesión con la escuela “Lenguas Vivas”, miedo a los profesores, en especial a la profesora de Geografía”.**

Vive con su hermano de diecioho años, obeso, y su mamá, desde que sus padres se separaron en diciembre de 1992. **Desde hace un tiempo comparte la cama con su madre.**

Carolina dice en la primera entrevista: “Este es un año distinto. No me siento segura si no hago otra cosa que no sea estudiar, fui al zoológico con papá y mientras miraba los animales, **decía el poema de lengua.** Lo decía para no olvidármelo, trato de adelantar. Tengo un problema que no sé cuál es y me pongo nerviosa porque no encuentro la razón. En el colegio –territorio poblado de profesores, igual que sus padres- “me pongo nerviosa y no me río, mis compañeras hacen chistes”. En enero del 94 me veía gordita, mi hermano me decía: “cuidate, tenés cola gorda. Mamá también me decía. Mi abuela materna es de dar comida y yo estaba toda la tarde con ella. El 15 de enero empecé a hacer régimen, bajé dos kilos en febrero y tres kilos en Bariloche (a donde viaja una semana con su mamá).

En febrero viajó a San Clemente con su padre, tíos paternos, y una prima de su edad.

“En San Clemente no tenía las cosas claras, pero quería ir. Había **escuchado una**

conversación telefónica de papá con la Sra. que sale que sacará pasajes para el 12 de enero”. “Le dije a mamá que no quería ir, no sabía por qué. Los primeros días me ponía a llorar, iba a estar y no sabía que hacer sin mi mamá. Le dije a mi papá, él puso mala cara y me preguntó si me quería volver, y para no hacerlo sufrir le dije que me quedaba. **Me dijo que el 7 de enero llega Mirta, yo algo ya sabía. Él no me lo había dicho, ni sabía.**”

Cuando Carolina y su padre viajan a Cataratas en julio del 93, conocen a Mirta (rosarina). Su padre comienza a viajar a Rosario con cierta regularidad, **situación conocida por Carolina y silenciada ante su hermano y su madre.** En relación a Mirta dice: “No la pasé tan mal con esta señora. Me decían de jugar a la pelota, y para satisfacer a mi papá, les decía que sí. Se me vino todo abajo, no tenía hambre. En **séptimo grado no conocía nada...**” Los padres se separaron a fin de séptimo grado”... charlaba menos, ni charlaba de las cosas que a vos te dolían...” dirigiéndose a la madre,”... luego del viaje de egresados, fuimos a Córdoba con mamá la pasé bárbaro, el último día me despertaste (le hablaba a la madre) y como me había hecho de amigas, pensé que me iba a decir que la había dejado de lado, y me dijo que se iban a separar. **Yo no sabía que papá no decía de salir nunca.** Estaba muy nerviosa todo el año. **Me empecé a enterar de más cosas, y se me venían más cosas abajo.** La profesora de Historia me había mandado a examen. **Mi mamá en diciembre y enero del 94 me contó más cosas, ella me empezó a contar más.** A ella le había dolido mucho. Yo pensaba que había sido más fuerte. **Yo estaba mal porque ella**

estaba triste y me contaba cosas. Yo diagramaba mal los pijama-partys y no podía concretar nada con mi papá. **Me dolió que él se iba a Rosario y no me preguntaba o me llamaba.** El 31 de diciembre, cuando fui a preguntarle, me dijo que iban Mirta y Martín (su hijo de catorce años)”.

Se refiere a la reunión de fin de año, luego de un año de separados. La madre, creyendo que el padre estaría solo para pasar las fiestas, la manda a Carolina que lo invite.

Cabe preguntar: ¿por qué Carolina y no ella?

Es en este momento que la madre de Carolina se entera –Carolina mediante- que el padre salía con Mirta y que con ella pasaría las fiestas. Informa que la madre se puso muy mal y les habló a sus hijos muchísimas cosas del padre.

Continúa Carolina: **“El nunca nos contó nada, yo me supuse todo.** Yo con ella (la madre) hablo de todo. Ella se pone histérica, a llorar, yo sentía que tenía la culpa. **Yo estaba enterada de muchísimas cosas: defectos del papá, todo lo que ella había sufrido (y gozado, podemos pensar)** que toda la fuerza la había puesto ella, fue papá quien quería mandarnos a una escuela de barrio. **Contar me hace bien, tengo las cosas más claras”.**

Contar lo que le fue contado, contarle a otro (al analista, convocándolo a ser el destinatario de ese saber) es un intento de salirse de ese lugar en el que fue puesta por su madre. Se pone nerviosa y le obsesiona no saber en la escuela: ¿será que sabe demasiado del goce de la madre?

Interrogo respecto del colegio “Lenguas Vivas” y me entero que fue elegido por la madre. Dice el padre: “El colegio lo eligió mi mujer, como todo, lo ha elegido ella”.

En entrevistas con la mamá, dice: “Está muy atenta a cómo me siento. Ahora está muy preocupada porque no trabajo. El martes volvió de la escuela y se puso a llorar, decía “no quiero sufrir”. Me parece que voy a reventar. Si ésta no para, me voy a matar. **Come toda la comida deitética. Todo lo que le gustaba, lo descartó.** El padre la ve cada quince días, porque yo se lo ordené. Lo que trato de hacer es permitir que todos ayuden. **Era el bebé de la casa. Hasta ayer era todo perfecto.**

Con mi marido, en lo profesional, somos iguales, pero yo me ocupo de la dirección”.

Dice Carolina: “En el colegio me pongo muy nerviosa. Las dos primeras horas muy nerviosa, me agarran ataques y me quiero ir del colegio y no quiero llorar delante de mis compañeras. A la mañana sufro y no quiero ir. Yo creo que tengo un problema y lo vuelco todo en la escuela. **Me preocupo porque tengo que saber lo de todos los días. A mí me gusta saber todas las cosas.** Fui así desde primero. En séptimo grado, en el segundo trimestre, me puse las pilas y en tercero me eligieron escolta. Ahí empezó todo. **En primero me puse a estudiar y quería saber todo bien”.**

Interrogo por qué saber todo. ¿Se tratará de saber todo o algo?

“En San Clemente sabía que estaba distinta, no comía, no me metía al agua. Nadie me había sacado del tema de la señora de mi papá. Nadie se daba cuenta de lo mal que yo estaba”. Intervengo preguntando quién debía darse cuenta de lo mal que ella estaba. Creo que se trataba de un pedido dirigido al padre.

“Mi tía me preguntó si le iba a contar a mi mamá, ahí se me vino la duda, yo no lo había pasado mal con ella, ¿cómo le contaba a mi mamá?”. Le digo: ¿cómo contarle a tu mamá que no la habías pasado mal sin ella y que no lo habías pasado mal con Mirta? - ¿Cómo es ella? “Simple, no tan culta como mi mamá. Te das cuenta por las conversaciones, no habla cosas en serio, es sencilla. En las Cataratas la conocimos, fuimos solos. Está bien, por ahí mi papá se sintió solo. Mi papa me dijo: es feo estar solo. **Yo no le daba importancia a si me lo había dicho o no**”.

Uno de los temas centrales de la mamá era que el padre no le había informado a Carolina, que Mirta iría con ellos. En otra entrevista Carolina dice: “Estoy muy nerviosa, contesto mal a mi mamá, gritándole. No sé si está bien faltar o no al colegio”.⁵¹

3.1) Comentario: “Acerca de la contratransferencia”.

De este caso, extraído de un taller de la clínica de Borde de Buenos Aires y presentado por la psicoanalista María Eugenia Vila, a partir de la viñeta expuesta como Caso N°3, se puede inferir la operación *Contratransferencial* a la que remite a partir de las temáticas que en la exposición del Caso se omiten y se agregan consecuentemente en forma “velada” durante la discusión del Taller. Es decir que la operación de los padres de Carolina que se presentan como “profesores” (sujetos de pleno saber) en un colegio nominado “Lenguas vivas”,

y que por otro lado ponen a Carolina en un lugar de “pacto de silencio” respecto a la trama que cada padre vive en la novela familiar (silenciar lo de la novia del padre, escuchar las verdades de la madre respecto del padre), determinan que Carolina tenga un saber “todo saber” respecto al cuál ella tiene que guardar silencio en relación a uno o el otro de los padres.

Pacto de silencios que alcanza a la viñeta de presentación del caso donde se silencian aspectos que se “van contando” durante el transcurso del taller. Normalmente la viñeta “alcanza” como discurso para ser tematizado en un taller de este tipo sin necesidad de efectuar grandes aportes durante el desarrollo de este. Aquí la viñeta no alcanza, algo se silencia que durante el devenir del taller se va “contando” y se va haciendo “escuchar” en medio de un discurso que se suponía completo. Al respecto hay que señalar que Carolina fue internada y después de la internación llamó por teléfono a la analista dejándole un mensaje en el contestador. En algún momento, en relación a la escritura de un diario íntimo (respecto al cuál suspende la escritura), Carolina envía una carta a la analista y le muestra otras, las cuales no le han sido devueltas, o aquello de que ella guardaba migajas de pan en los bolsillos a pesar de su negativa a comer, y aún en esto de la internación que supuso un quiebre entre los padres de Carolina y su analista los cuales ubicaban a esta última en un lugar de deshecho (desvalorización).

⁵⁰ “Clínica de borde”, Convocatoria clínica ediciones, Impreso en Argentina, Capital Federal, 180 págs., págs. 144 a 146.

Es decir, resulta sintomático que en un caso dónde se presenta una viñeta de *Anorexia*, la presentación se muestra en contrapunto, por un lado respecto al saber demasiado de los padres (doctores Universitarios en Física) y de ella misma (“a mi me gusta saber todas las cosas”, “yo algo ya sabía, el no me lo había dicho, ni sabía”, “yo estaba enterada de muchísimas cosas: defectos de papá...”, “en primero me puse a estudiar y quería saber todo bien”) y por otro lado al comer nada o demasiado poco. Es la *Anorexia* que se contrapone a una voracidad de saber que en tanto saber excesivo, saber que impide tirar nada, deja de saber nada, deja saber que no deja algo como un resto, algo como deshecho (no tira el recorte de las tostadas que sin embargo no come, guarda las migajas de pan en el bolsillo que tampoco come). Un punto de exceso dónde aquello saturado de saber introduce una cierta brecha en la demasía, a partir de su contrapunto : no comer. Algo del orden *Del Deseo* se expresa en medio de este exceso, una tercería quizás. Paradojalmente la *Anorexia* de Carolina da cuenta de un cierto deseo por no “tragarse todo”, al menos no poder tragarse “eso” de “Carolina lo sabe...Yo lo puedo todo”.

Madre que le hace saber demasiado y padre que hace lo mismo, Carolina “teje” su *Síntoma* en medio de estos profesores y las lenguas vivas que obturan de saber todo deslizamiento de un *Deseo* posible inherente a la falta.

Carolina da a leer en su síntoma: “como ahí dónde Uds. No estan”.

Es precisamente el síntoma de Carolina el que clama por hacer brecha en este exceso, al modo como el desarrollo del taller va desplegando el discurso (los elementos o datos del discurso) que la viñeta silencia. Presentación de analista que reproduce el síntoma en esto de silenciar cosas sabidas, en esto de acallar un saber excesivo, taller de analistas que hace brecha en ese silencio para desplegar el discurso en un espacio de escucha que permite hacer agujero entre lo todo sabido o todo callado del síntoma de Carolina. ¿Algo de la *Anorexia* repetido en la presentación de la viñeta, algo de la saturación o del exceso también?. Alusión a lo *Contratransferencial* como repetición de ausencia o presencia de discurso que a mi entender es necesario acotar.

¿Pero aparte de esta marca, que se repite en la presentación del caso y que por correr por la vía del analista da cuenta de sus resistencias y no de las de Carolina, que otras marcas se dejan leer?

Habría que situar el momento del desencadenamiento del síntoma en el tiempo de separación de los padres. Momento que se inaugura con la repetición del poema en el zoológico en compañía de su padre, "poema de lengua", "dicho para no olvidarme", repetición que no *Olvido*, ausencia de memoria, de ser capaz de olvidar algo de lo sabido para instaurar de ese modo el *Olvido*. Algo de la separación que "deja huella" y posibilita en ello que algo del orden de la represión se instaure, que algo en ese saber que es información sea digerido por el "rehusamiento", por el deseo de no saber todo eso como un saber en lo *Real*

sino dar lugar al olvido para que ese saber pueda ser “*Representado*” y en ello desplegado en el discurso siempre simbólico de un lenguaje de palabras. Carolina en su *Anorexia* intenta dejar un espacio para digerir algo de un saber que en tanto hablado imposible de ser sabido. Sin duda Carolina nos remite a un saber que sabe a algo más que comida o a su ausencia.

Primer momento este de la separación que se anuncia con el gesto de Carolina en relación a “no olvidar el poema de lenguas”, que en tanto intento de no olvido remite a la posibilidad del giro de su ocurrencia. Carolina intenta que no ocurra lo que ha de advenir: el olvido. Al modo de las letras de las canciones de música popular que con toda evidencia proclaman otra cosa que aquello que dicen (procuro olvidarte “para no olvidarte y gozar en ello”(si no se goza en ello entonces dónde), o te olvidé(en el acto de recordar ese olvido que lo presentifica).

Carolina no quiere olvidar que puede olvidar. A diferencia del cuento de Borges “Funes el memorioso” que era incapaz de olvidar nada y se convierte en un “fenómeno”, es decir en un ser sólo presente y por ello imposibilitado de toda constitución subjetiva, al decir de Freud mera percepción, agotado en si mismo. Sujeto de la psicosis dónde toda represión esta forcluída, toda barra suspendida, paradójicamente todo “borramiento” borrado.

Adviene de este modo un segundo momento que se suma a la separación de los padres (entramos aquí en los espacios borrados en la presentación de la viñeta

del caso), como es el de la internación de Carolina en una institución. Segundo quiebre que sumado al de la separación del padre no es suficiente para contrarrestar esa compulsión de la madre a cerrar esa brecha con: “yo lo puedo todo”. Quiebres todos en lo *Real* que precisan de otro quiebre para producir la *Hiansa* que se signifique entre estos excesos. Algo que haga que Carolina pueda separarse de esta necesidad de “saber lo de todos los días”, algo del orden del olvido, de la distancia, de la cadencia y temporalidad, elementos esenciales de la clínica en la *Bulimia-Anorexia*. *Diacronismo* que permite el antes y después que posibilita la incorporación de la memoria en el aparato psíquico. Carolina tiene que constituirse en el sujeto que soporta la trama del olvido, que sustente aquello “del saber todo” que pudo ser olvidado, dejado y por ello perdido. Ella tiene que ser sujeto de *Memoria y Deseo* para parafrasear a Bion. Sólo en el olvido Carolina podrá hacer el duelo inherente a esas separaciones, e introducir un tiempo que no la sobrepase en su tiempo (apuntalamiento) puberal, que la separe del horror de la Geografía (entendido como territorio físico de un cuerpo puberal), que la ponga más allá de los cuerpos de la Física de los padres, que la haga salir del lugar de la “escolta” de un desfile frente al *Otro* de un saber saturado. Que enarbole su propia bandera en este desfile, abandonando el lugar de escolta de los padres, para así, en el paso a paso (que significa desplazarse de un lugar a otro) de su propio ritmo o compás, rinda los honores a ese Otro del

cuál al fin y al cabo no nos podemos desprender, pero del cuál, entre omisiones u olvidos podemos dudar.

Carolina introduce de este modo un último momento en la separación a partir de la llamada que hace desde la internación a su analista y que deja como recado en el contestador haciendo clara alusión a que “contar me hace bien, me deja las cosas más claras”. Tercería de la analista, lugar que posibilita el corte, lugar dónde recordar lo contado, distancia de un saber encarnado en el físico de los padres. Brecha posible entonces que se materializa en el cuerpo simbólico de la escritura de una carta que tiene el analista en su poder, algo que se sustrae o es susceptible de ser dejado en otro lugar, algo sustraído, en cierto modo perdido u olvidado.

En definitiva un cierto camino a *La Cura*, algo en esto de la escritura de darle un lugar a la memoria en un cuerpo que no sea físico, en la distancia evanescente del cuerpo simbólico de una epístola.

Un diario y unas cartas que hacen de la escritura algo más y algo menos que un puro presente, ayudan a construir la historia fundada en los olvidos de todo sujeto.

4) Caso clínico nº4: “¿Cuánto pesa una madre?: Un caso de obesidad”.

Juana, una mujer de cincuenta años, se presenta a la consulta derivada por una médica clínica.

Refiere que comenzó a tener “ideas de querer matarse”, las sitúa a partir de la muerte de un primo acaecida hace dos meses, de quien dirá en una oportunidad, que más que un primo era un padre. Juana dice: “la cabeza me empezó a trabajar”. Piensa en ir al cementerio y cortarse las venas, y que cuando la encuentren, ya no puedan hacer nada.

Hace tres años le descubrieron, según sus palabras, un “tumor vaginal” o “tumor de abajo”, distintas acepciones para una misma enfermedad: “tumor de cuello de útero”.

Al año le hicieron un cono, pero no pudieron operarla por estar muy gorda: **Juana pesa más de ciento cincuenta kilos**. Es en relación a su enfermedad que trae este tema. “Es imposible que puedan tocar, es imposible que me puedan llegar a mí”, relata Juana en relación a los médicos, quienes refieren tener que trabajar a ciegas, no pudiendo realizar los estudios de rutina ni introducir el espéculo.

Pero el analista no puede hacerse el ciego ante esta imagen que no engaña, la imagen del exceso.

Juana dice comer de todo: “pan, galletitas, facturas: me considero una adicta la comida”. Come sin discriminar, luego refiere sentirse “re-mal de llena”, **“cuanta más dieta me dicen que haga, menos hago”**.

La nutricionista la ha derivado en reiteradas oportunidades a Salud Mental, consideran que eso “era de la cabeza”.

Juana es casada tiene cuatro hijos: tres mujeres y un varón. El más chico, de veinticuatro años. Con ella viven los dos menores, las otras dos son casadas. Con el hijo, veremos, sostiene una relación muy especial. Dirá: “es el más chico, es gordo”. “Engordó desde que dejó de ir a los Bomberos Voluntarios. Mi hijo dice la verdad, hablar con él es como hablar con usted”. Comenta que con él hace pactos para adelgazar.

De su marido dice, que hasta hace tres años era un alcohólico, agresivo. Comenzó a tomar hace dieciséis años, luego de la muerte de su padre y dejó cuando a Juana le descubrieron el tumor. Con él, refiere, no habla mucho, solo un sí o un no. **Ella siempre se encargó de sus hijos, y agrega: “hice de madre y de padre”**, su marido se enojaba si ella no los retaba.

En una entrevista, la paciente me trae, según sus palabras, su testamento. Me muestra varios papelitos. **Lo llamativo es que ella no sabe escribir.**

El primer papelito que saca era para los dos hijos más chicos: es el dibujo de una tumba con una cruz arriba que dice “Dios”, con flores en las cuatro puntas. Comenta que la tumba tiene piedritas, porque el mármol no le gusta, y que la tumba de su abuela está hecha así. **Dice: “dibujo porque no sé escribir bien, me como las letras”** y agrega que sus hijos la cargan porque ella quiere escribir su testamento, pero no sabe escribir la palabra “testamento”.

El resto de los papeles presenta letras unidas que no forman palabras, donde ella trata de leer.

Juana comenta que su problema comenzó cuando se casó una de sus hijas, hace diez años. Al poco tiempo se casó la hija mayor, el hijo ingresó a los Bomberos Voluntarios, el marido trabajaba. **Dice: “para mí era como si se hubieran muerto todos”.** Para esa fecha muere su abuela materna, de mucha importancia en su vida.

Juana cuenta que su hija mayor ha vivido hasta hace dos o tres años en su casa, con sus dos hijos y el marido y agrega que fue ella quien crió a sus nietos: “yo me los quería sacar de encima porque tenía el tumor, y no sabía cuánto iba a vivir”, “era un peso que tenía encima”, “tenía miedo que se me ponga dura la panza, estaba peor que para tener familia, como si tuviera un embarazo de ese lado”, que a su vez se señala.

Es así como Juana relata su enfermedad: “la primera vez que no me vino, me asusté, en casa me decían que estaba embarazada, era por el problema que tengo en la vagina”.

Refiere querer desligarse de todo, no tener amor por nada, estar desganada, quedándose todo el día en la casa en camisón. Al respecto su hijo le dice que ella tiene que disfrutar y el marido: “Gorda, te fuiste a ventilar”.

Al preguntarle cuándo empezó a engordar, dice que hace veinticuatro años, cuando su hijo tenía ocho meses. **Allí comenzaron también sus operaciones. Juana se jacta de haber sido operada diecisiete veces, con diecisiete internaciones, internaciones que en el transcurrir del tratamiento, pasan de ser un alivio, una tranquilidad, a ser una molestia:** “Cada vez que vengo al hospital me mareo, pienso que me voy a internar, estoy rechazando el hospital”.

También hace veinticuatro años, fallece su padre, quien se separó de su madre cuando ella tenía diez años. Juana no lo vio más. Se reencontraron poco antes de su muerte. El padre había estudiado medicina hasta tercer año, se dedicaba los yuyos y por eso se ausentaba. Al interrogarla por el tiempo que no lo vió, comenta que su madre no los dejaba, aunque se enteró por familiares que él pasa plata que su madre gastaba en ir a bailar.

Desde que él falleció de un cáncer, Juana pensó que ella también iba a tener uno. Un padre al que la paciente parece ofrecerle permanentemente el cuerpo.

Juana se describe siendo toda madre, presentación que contrasta con la de su propia madre y que ella se encarga de acentuar constantemente. Cuando habla de ella, se angustia, dice: “es lo más bajo que hay, es una atorranta, traía hombres todo el día, se quedaba comiendo con los hombres, se besaban y a nosotros nos echaba afuera, no nos daba de comer o simplemente, pan... ella se sentía mal, pero igual se iba a bailar, **mi mamá como madre, tuvo mucho que desear**”.

Juana se pregunta: “¿Quizás soy gorda porque mi mamá no nos daba de comer?”. Comenta que a ellos les pegaba y los maltrataba, por lo que su abuela materna debió cuidarlos. Juana habla de lo ridículamente que se vestía su madre, “con un escote que se le veía media teta y poleras mini que cuando se agachaba se le veía la cola”, “lo de mi mamá era buscar hombres, yo también puedo ponerme un solero escotado que se me vean los brazos”. “No puede tener seis hijos y hacerse la nena”.

Relata que su madre tenía una hija de una pareja anterior a la de su padre, que falleció a los cinco años. Juana no la conoció más que por un cuadro que mamá tenía colgado.

La paciente dirá que el día que su madre muera, lo único que querría de ella es la foto de su hermana muerta.

Al momento de la consulta hacía tres años que no veía a su madre y comienza a verla.

Luego de ocho meses de tratamiento, ésta fallece. Le había mandado a llamar, Juana fue a verla pensando en pelearse, pero se encontró con “olor a podrido en la casa”. “Ella no estaba bien, aunque nadie me lo dijera yo sabía que tenía cáncer”. “Siempre tuve que perdonarla porque era nuestra madre, porque se le murió la nena”. “Yo quiero el cuadro de mi hermana, quiero romper el cuadro y poner la foto en el cajón con ella sin taparle la cara, ella dio la vida por su hija, ella nos enseñó a quererla”. Pareciera que para Juana un hijo tiene valor en tanto muerto.

Pero en algún momento otra imagen de la madre se recorta. Es así como la paciente relata haber tenido otro novio anterior a su marido a quien tuvo que dejar ya que tenía que trasladarse con él a otra localidad y su madre no lo avalaba. Le señalo que la madre quería tenerla cerca de ella y dice: “Ahora que hablo con Ud. me doy cuenta de eso. Yo hablo con Ud. porque le tengo confianza. Cuando una amiga me pregunta le digo que está todo bien y no le cuento nada”.

A la sesión siguiente Juana falta a causa de una hemorragia, pero me llama para decirme que la tenga en cuenta.

En una sesión la paciente intenta contarme algo y no se anima, finalmente dice: **“Le voy a decir la verdad. Estoy contenta de que se haya muerto mi mamá. Estuve como presa, encerrada, ahora quiero ir al cementerio a llevar flores. Es como que dejé algo. Con mi mamá me saqué un peso de encima, era un monstruo que me venía a atacar y yo no sabía, y decía: o me voy a morir yo o se va morir ella”**.

Frente a esta opción, efectivamente, para Juana la muerte de su madre era un alivio.

Pero también sus quejas se dirigen a sus hijas, En efecto, en reiteradas oportunidades la paciente relata peleas con ellas y se pregunta:

“¿Por qué mis hijas me hicieron tanto mal? Yo ya no me como todo, ahora escupo todo y cae el que cae”.

Es en estas peleas donde Juana se alía con su hijo. “Ellas tendrían que haber tenido la madre que yo tuve. Las tres me atacan, me echan la culpa de que las cuidé. Mi vieja nunca me cuidó y yo hice al revés, yo no tendría que haberlas cuidado”.

Ahora Juana se angustia porque la hija que vive con ella se fue con un hombre casado, teme la reacción de su marido cuando se entere. “Mi marido me preguntó por ella, dónde estaba”.

Yo me acordé de Ud., que no era un deber mío decírcelo. Asisto a la paciente durante su internación, momento en el cual descorre la sábana y me muestra su gordura, para justificar así la imposibilidad de los médicos de poder operarla. Durante el

tratamiento le ofrezco llamarme si necesita hablar conmigo y responde: “si no me voy a internar, no”, le digo que no es necesaria la internación para llamarme, dice: “¿también puedo contarle algo lindo?”

Luego de casi un año de tratamiento, Juana dice estar contenta porque comenzó a bajar de peso, al menos el fiel de la balanza marca los números. El marido le dice: “Gorda, tenés cintura”, y ella: “se dan cuenta que existo, antes ni me miraban. Juana se levanta de su asiento en el consultorio, para mostrarme esta vez, que el vestido le queda grande. “La otra vez quería comer y la llamé por teléfono pero me dijeron que no estaba, entonces me fui a caminar para airearme”. Me muestra que mi teléfono lo tenía con su cédula de identidad. Refiere que ahora no es como antes, ahora quiere vivir, que el cuerpo le permite hacer cosas, ahora se viste y sale a caminar como le indicó el médico. En una de las caminatas se compró sola por primera vez, zapatos, de los que dice. “son iguales a los suyos”. ¿Será que algo ha empezado a caminar. Por supuesto que los padecimientos corporales, diabetes, hipertensión, persisten. Por momentos dice tener bajones y espera el día de su sesión para venir: “espero el jueves como si fuera un plato lindo”.⁵²

4.1) Comentario: “Un “aire” de lo comido y lo bailado”.

La diferencia que Juana establece entre ella y la madre remite a una dificultad *Transferencial* inicial. La madre es la que desde el lugar de lo femenino, come

junto a los hombres y se gasta el dinero de la comida en bailar. En cierto modo la Madre presenta el polo de lo bailado (alusión clara a una cierta sexualidad y a un cuerpo que se ofrece al otro como posibilidad: la histeria). Al final de cuentas “ la madre como madre tuvo mucho que *Desear*”. A Juana, a ella le toca lo de la comida, lo comido, nada del orden de lo bailado. Su oferta es en lo *Real* del cuerpo, en el espacio, que al modo de el vestido del “miriñaque”(ver Cap.Ib) se encarga de hacer lugar a un cuerpo que así copa o satura la mirada del *Otro* ya que su oferta esta en *Otro* lugar. La oferta es en cuerpo y sólo cuerpo al que la traga y aspira “tal cuál”, en la imposibilidad de toda diferencia. Ser comida por el Otro al mismo modo como ella come “todo lo que se le antoja”.

Si la oferta no pasa por el *Otro* como consecuencia de la ausencia de un corte inefectuado por un padre ausente, (más dedicado a los yuyos que a la función de padre), ella se sitúa en relación a una oferta Toda, sin diferencia a *Otro* insaciable. Cumple Juana el deseo oculto de la bruja de Hansel y Gretel, en esto de engordar al punto de poder ofrecer, no un dedo que *Metaforize* la gordura del cuerpo, sino todo un cuerpo superlativo al *Deseo* también superlativo del *Otro*. “ Es imposible (el otro) que puedan tocarme, que puedan llegar a mí.

Entrega del cuerpo “encarnada” en el peso del síntoma que la trae a la consulta, en esto de “querer matarse” a raíz de la muerte de un primo acaecida hace dos meses que “más que un primo era como un padre”. A falta de un primo, a la

⁵¹ “Clínica de borde”, Convocatoria clínica ediciones, Impreso en Argentina, Capital Federal, 180 págs., págs. 97 a 100.

ausencia de padre, a la falta de un corte que recorte lo *Real* del cuerpo, Juana queda expuesta todo cuerpo frente al deseo del *Otro*. Al fin y al cabo ella hizo “de padre y de madre”.

Novela familiar que se reproduce en relación a su hijo el cuál “engordó cuándo deja de ir a los Bomberos voluntarios”, (pérdida del pitón mal sostenido por la institución de los que bombean? ¡algo así como del orden de un padre! ¿si este falla sólo existe la oferta de ser un cuerpo para el deseo del *Otro*? ¿Qué habrá allí del orden de un *Goce*?

Otro que fagocita desde afuera y también desde adentro en la forma de un cáncer que la devora o se la come por dentro. Ausencia de corte que hace que ella se “coma las letras”, y que signifique su testamento (dado el analfabetismo... ¿como no tenerlo? o más bien ¡Como, no tenerlo! (el fallo)), en signos y figuras que comparecen en lo que ellas tienen de *Real* que no de *Simbólico*. Es decir, imágenes ofrecidas en lo *Real*, al modo de los retratos para los primitivos, dónde la persona encarnaba y no se dejaba (por imposibilidad) representar.

De hecho (que no de palabra), cuándo la madre muere, Juana se saca “un peso de encima”, y le pone encima la foto(el cuerpo) de la hija muerta a quién ella quiso tanto. Modo de entender la *Demanda* por parte de Juana que la hace responder de “cuerpo entero”, sin posibilidad de recorte dado por el marco (que recorta una parte del cuerpo). La opción de Juana (su posibilidad estructural) es

una respuesta a “bulto”, al modo de un retrato de cuerpo entero (ninguna parte puede representar metafóricamente al todo).

Las figuras que se ofrecen del testamento son la de una tumba con flores en los costados y la palabra Dios. Una tumba después de TODO, no es sino la representación de un cuerpo, el testimonio de lo *Real* de un cuerpo. Nadie supone un ataúd vacío, es decir ausente de cuerpo, de allí la insistencia de las madres de los desaparecidos durante los gobiernos militares en Latinoamérica. Es el clamor por un cuerpo, porque el ataúd no permanezca vacío. *Real* del cuerpo que en un segundo paso es simbolizado por nuestra cultura de modo que el cuerpo pasa de la realidad de su “peso”, a la simbolización de un resto, es decir una parte, un algo que lo significa, “los restos”. Es allí donde el cuerpo (en su *Simbolización*) cobra significación en tanto sujeto humano, pasa de ser un cadáver insepulto a un cuerpo ya no en un ataúd, sino en una sepultura. Del ataúd o la mortaja a la sepultura. Genio y figura hasta la sepultura, entendido este lugar como el nudo de toda significación humana, aquello que hace la diferencia (teorizada por Lacan) entre un cadáver y un difunto. Desplazamientos desde el ataúd o mortaja, desde el cadáver al muerto, desde la tumba a la sepultura, desde el muerto al difunto. Difunto que remite y clama por una palabra que sostiene su subjetividad en la letra (que ya no en el cuerpo), de un epitafio. Cuando la palabra falta, una foto del deudo hace las veces de un mudo epitafio, mudo en esto de palabra y *Real* en esto que la foto sin recorte se

corporiza las más de las veces en una animita, que cobra cuerpo en los más diversos anecdotarios vernáculos o leyendas populares.

Pero más allá de los límites que impone la estructura, el análisis, en la figura del analista (que “sobrevive” al intento de ser fagocitado a su vez por Juana que le dice “Ud. es como mi hijo”), facilita, desde el lugar de la escucha, que se instale algo del orden de la *Transferencia* al ofertarle poder hablar “más allá de la internación”. Para Juana algo se recorta, de modo que primero señala que tiene la idea de poner un kioskito (desde dónde ofrecer o poner algo fuera del cuerpo, algo en otro lugar (otra oferta), no todo en ella para el *Otro*). Pasa luego a hablar de la “llamada telefónica” y decir que el teléfono lo tiene guardado junto a su cédula de identidad, modo metafórico de guardarlo junto a si misma. Algo más y menos que un cuerpo.

Juana puede recortar algo de ese cuerpo que se ofrece como ofrenda toda a un Otro voraz, para asujetarse en cierta subjetividad despegada de ese cuerpo *Real*. Así, Juana, sostenida en el análisis por un *Analista* que ocupa el lugar de la escucha, articula el esbozo de un discurso que enuncia un cierto desplazamiento. Empieza a tener un cuerpo, en esto de ya no pura comida sino también al “airearse”, algo más liviano al decir nuestro, que el mero peso de un cuerpo. Comienza a no estar muerta, a dar un giro al destino de sólo morir, (que se le impone desde la ausencia de la función paterna), para ocupar un cierto espacio en este lugar *Transferencial*.

Se compra zapatos “iguales a los de la analista” y consecuencia de poder desprenderse de algo (lágrimas, llamadas), de “airearse”, espera las sesiones “como si”,(al modo de una metáfora), fuera un “plato” lindo, (de la cantidad a la cualidad). Al decir de mi lectura de este caso, pasa de la comida a la cena, más bién a la es-cena dónde algo de un cuerpo imaginario se sienta a la hora de los comensales.

Entrada talvez al análisis que le permite a Juana decir, “yo ya no me como todo, ahora escupo todo y cae el que cae”.

Escucha y prudencia del analista, para que no caiga todo, para que este no se “engolosine” con el lugar prestado, y de ese modo, Juana se mal sostenga entre el cuerpo de la gordura y el “cuerpo de la cintura”.

5) Caso clínico N°5: “Una bulimica de la boca para afuera”.

Verónica tiene diecinueve años. Hace una consulta conmigo recientemente por algo que le “agarró” hace dos meses, y que conserva en el marco de un absoluto secreto para su familia y sus amigas. Las primeras palabras que me formula son: “Me agarró una psicosis con la comida. Como cosas dulces: galletitas, alfajores, dulce de leche. Como, como y después me siento culpable y vomito. Me pongo los dedos. Cuando me doy cuenta, me calmo, y después me agarra de vuelta”.

Lo que sigue a continuación es el recorrido de las cinco primeras entrevistas que mantuve con la paciente.

Verónica terminó la escuela secundaria hace un año y medio. Comenzó a estudiar Administración Hotelera, y no estando conforme con el lugar donde cursaba sus estudios, abandonó al segundo mes. A partir de ese momento empezó su obsesión con la comida: “Empecé a comer todo el tiempo, aunque no tenía hambre”.

En su grupo de amigas están todas con “la dieta, todo es cero calorías, todo diet, son re-flacas, pero se la pasan hablando de la comida”. Dice sentirse “presionada” por ellas. Se trata de un grupo de amigas que conserva desde la escuela secundaria. Son tres, y una de ellas, Daniela, ejerce sobre Verónica una especial influencia. Admira de ella su “autocontrol”. Todo lo que se propone le sale bien... tiene el poder de dominar a los demás... en cuanto al colegio, a ella siempre le fue re-bien, a mí me iba normal; capaz que si yo no pudiera sacarme nueve o diez. Cuando se acabó el colegio, no estar todos los días con ella fue un desprendimiento”.

Sin embargo, este “desprendimiento” del que habla, no ha podido resolver cuestiones como la escena que relata: “Viene Daniela y dice: Vamos a comer una hamburguesa re-grande a Mc. Donald’s le dice: “Mirá, la hamburguesa te está llamando” y consigue que Verónica se sienta culpable por haber comido, llega a su casa, y en secreto, se provoca el vómito.

Su peso normal es de 45/46 kg. En el verano llegó a 50 kg. y fue a ver a un dietólogo: “adelgacé, pero estoy nerviosa todo el tiempo y como aunque no tenga hambre”.

Hubo un lapso de tiempo en que esta obsesión con la comida quedó interrumpida. Fueron los últimos tres meses del año pasado, cuando estuvo saliendo con un chico. El la dejó porque se empezó a acordar de su novia anterior. Verónica se quedó triste y con la idea de que a él ya no le importaba, y retomó su obsesión por la comida. Sigue pensando siempre en él.

Verónica es hija única y vive, desde que nació, con sus padres y su abuela materna. Ambos padres son sordos. La comunicación con ellos es a través de lengua de señas y de lectura verbal. La sordera de sus padres le “pesa”, le da vergüenza porque ellos son diferentes a los demás. Le molesta mucho el tono de voz de su padre. Dice que es un tono muy alto. Explica que por el hecho de haber nacido “no oyente”, no le es posible graduarlo. En cambio, su madre habla en un tono normal, pues nació oyente y perdió la audición a los tres años, como secuela de una escarlatina.

Dice de sus padres: “Es difícil de mi parte, llevarme con mi papá. Me sigue viendo como la nenita. Está todo el día arriba mío, besito, abracito. Su forma de ser no la

soporto. Con mi mamá es distinto, cuando me agarran ataques de mimos está todo bien... Igual con mi familia soy desapegada, prefiero a mis amigas. Ellos no se enteran de lo que hago, no les cuento más allá, a no ser que tenga ganas, no me importan, a ellos les duele”.

A lo largo de las entrevistas, Verónica ofrece escasa información sobre sus padres, hace silencio. Compara a su familia con la de su amiga Daniela: “Ellos cenan todos juntos a las ocho, son unidos, nunca ningún problema”. Intervengo diciendo: la mesa de la familia de Daniela te devuelve algo que parece que sí te importa de tu propia familia. A lo que responde: “En realidad, mi familia es de la boca para afuera que no me importa”. Pregunto: ¿Y de la boca para adentro? Dice: “Mi papá, no puedo soportar que se me acerque, tengo un cargo con mi papá”.

Cuenta de él que no tiene modales, que es bruto, poco caballero, que se crió en el campo y no recibió educación. Le da lástima su madre, porque cree que está al lado de un hombre que ella “no soportaría ni dos segundos”. Supone que están juntos porque existe ella. Continúa hablando de lo que le “pesa” su vergüenza de que sean sordos.

La intervención continúa por la línea de relacionar el peso, el sobrepeso, lo que de sus padres le importa y la sordera. En relación a esto dice: “Antes no podía pronunciar la palabra *Sordo*”, y comenta que recién pudo hacerlo por primera vez el año pasado, en unas vacaciones de invierno con sus amigas, donde les contó lo que representaba para

ella la sordera de sus padres, así como su preocupación por no poder comunicarse con ellos usando su voz.

Sobre este punto intervengo diciendo: Ellos son sordos y vos te convertís en muda para ellos, ellos queriendo escuchar y vos no queriendo hablar.

A continuación recuerda que el año pasado le escribió una carta a su padre en la cual “se sacó todas las cosas de adentro que le molestaban de él” y dice que fue un alivio. El nunca le dijo nada de esa carta. Se pregunta por qué se la escribió a su padre y no a su madre que es “a la que más amo en el mundo”. Dice llevarse con ella mucho mejor ahora que antes. Cuando era chiquita estaba todo el día arriba de su papá, ahora es a su mamá a quien agarra y le da besos.

Tanto la madre como la abuela estuvieron siempre “atrás suyo” con la comida: “comé nena que estás flaca, te vas a debilitar”, llevándola a uno y otro médico para que no le falten vitaminas, para que no tenga anemia. El padre, en cambio, cuando ahora la ve comer, la carga, le dice que se va a poner gorda. Ella después se va a vomitar en secreto y piensa: “justo dió en la tecla”.

Su abuela es quien cocina para todos en la casa: postres de todo tipo, piononos, vainillas con dulce de leche, flanes, que va proponiendo a diario para seducir a su nieta. Su madre nunca se dedicó a este tipo de tareas porque trabaja hasta tarde. Verónica tampoco, porque cuando está en su casa, “hace huevo”. Solo desde hace dos años, cuando a su abuela le colocaron un marcarpasos tuvo que colaborar y usar ella el microondas.

Cuenta que, desde chiquita, fue su abuela quien la “crió”, porque su madre trabajaba. Era ella quien la llevaba al médico, le daba los permisos, y aún en presencia de su madre, se dirigía a su abuela para solicitárselos. Recuerda que hacía un chiste en relación a esto, decía que su mamá era su abuela y su abuela su mamá, y todos se lo festejaban.

A la tercera entrevista llegó desilusionada, diciendo que “retrocedió en el tiempo”. Después de la última sesión había sentido que se sacó un peso de encima, que tenía una contractura que le dejó de doler, que estaba más livianita, no le había “agarrado el ataque con la comida”. Sin embargo, había tenido una experiencia con un señor, que provocó que le “agarrara” un nuevo ataque. Se trataba de un psicólogo que le había prometido incorporarla en un trabajo en la organización de un hotel en cursos de capacitación. Le iba a dar todo, la ayudaría a ser la mejor administradora de hoteles. Además, cuenta que la “analizó”, le dijo que estaba triste, que era idealista, chiquilina, romántica y un montón de cosas más que la shockearon. Ella lo sintió como un padre o un abuelo. Pero su desilusión se suscitó cuando en esta última oportunidad, el señor le manifestó que estaba enamorado de ella, que se sentía como un perrito y la veía a ella como un árbol que en invierno da leña y en verano da sombra. “No se me había cruzado que era un viejo verde, tiene una mente podrida, había confiado en él, pero lo que me dijo era todo de la boca para afuera. Le dije todo lo que tenía adentro y después empecé a comer”.

En este punto, intervengo repitiendo sus palabras: “todo de la boca para afuera” e interrumpo la sesión.

A la entrevista siguiente vuelve diciendo que va en vías de mejorar ya que no se había puesto los dedos en ningún momento, que se había quedado shockeada, pensando, cuando yo le dije “hasta el martes que viene”, que lo había escupido todo, y había comprendido todo lo que se había tragado de ese hombre que no le gustaba. A la noche lo tuvo que vomitar para quedarse más tranquila

En ese instante, caí en la cuenta de que en el momento de retomar su frase “de la boca para afuera”, y que por eso se había puesto los dedos, el ataque le agarró con su abuela, a quien le dijo: “le dije a mi psicóloga que mi problema es que estás hablando todo el día de comida”. Aclaro que la paciente contó a su familia que había realizado la consulta, pero no quiso informarles de las razones que la motivaron. Su abuela quiso saber qué le había dicho sobre esto, a lo que respondió: “no te importa” dejándola con las ganas de oír una respuesta que le importaba.

A continuación cuenta una escena posterior en la que espió una conversación secreta entre la abuela y su hermana, dentro de la cocina. La abuela hablaba acerca de su mamá y su papá: que no eran un matrimonio, que no sabía que relación tiene, que están casados pero que están juntos por un pacto, que cada uno por su lado pero atados el uno al otro, y que el padre tiene una relación homosexual con el kioskero del barrio, y que “¡qué van a decir los vecinos!”.

Verónica entró a la cocina con mucho enojo, pero sin abrir la boca. La abuela se calló y le preguntó si no quería que le preparara unas vainillitas para el postre.

Se quedó pensando que lo que escuchó y luego se dijo: “y bueno, y si fuese homosexual... si es feliz, es lo que él eligió”. Confiesa otra duda respecto a su madre, a quien varias veces imaginó estando con otro hombre.

Intervengo relacionando el postre que la abuela le prepara en la cocina, con las dudas que le quedan de la boca para adentro.

Llegó a la quinta entrevista contenta porque había comido cuando tenía hambre y cuando no tenía hambre no comió. No sintió culpa. Dice: “estoy sueltita, es una palabra justa para lo que siento”. Relaciona esto con su obsesión con la comida, con darse la posibilidad de aceptar su cuerpo como es, de aceptar la sordera de sus padres y no estar pendiente de que su ex novio vuelva a llamarla. Se quedó luego en silencio largo rato y, ante mi pregunta, responde que se quedó mirando mi lapicera que “está allí” sobre el anotador.

Verónica se encontraba sueltita, a mi modo de oír, para agarrarse al diván, y que sea allí el lugar en que se cocinen los postres, lo que propuse para la sesión siguiente.⁵³

⁵² Convocatoria clínica, ediciones, “Presentaciones clínicas” Anorexia-Bulimia-Hipocondría, Buenos Aires, Argentina, Tomo 2, 1996-1997

5.1) Comentario: “La ausencia de labia, o la otra cara de la afonía de Dora”.

Verónica significa en el lugar de la boca, su *Síntoma*, que remite al problema de la escucha y la palabra. Resulta interesante destacar que el vómito de Verónica después de la ingesta, se verifica en una relación que “ahoga” toda palabra, en esto de situar toda *Significación* o adentro o afuera, al modo de un *pasaje al Acto* que no admite el “tránsito o la cadencia”. De este modo, no se establece la *Diacronía* consustancial al lenguaje, no se produce la *Hiansa* temporal que posibilite que la palabra se articule. No hay labio que sostenga la articulación de la palabra, que permita el deslizamiento o el recorte de esta como *Borde*. No se teje de este modo la trama del lenguaje, cuando la boca se significa en lo real de un agujero, cuando presentifica la falta en lo real, eludiendo de este modo la simbolización inherente al *Acto* de lenguaje. Pura boca, sea para adentro o para afuera, pero nada de lengua, ni siquiera de labia, entendiendo a esta última articulación del lenguaje como mero “palabreo”, como mero acto de saturación de un agujero, labia que se hace imposible de sostener en relación a un cierto deseo propio. De seguro porque la falta remite al deseo incestuoso de un padre que “grita” pero no es capaz de sacar la voz. Un padre al que se desea, pero que falla en esto de constituirse en figura capaz de sostener ese deseo. Verónica se queda de esta manera sin habla, al decir “pasmada”, sin la palabra que pueda articular su demanda, “se queda de la boca para adentro”. No comparece la figura de un padre que pueda “cortar” la secuencia de una *Falta* que sólo se

constituye de golpe, falta a gritos o sorda en esto de darse a escuchar en una palabra.

Verónica queda de este modo sujeta a una cierta imposibilidad de *Constitución Subjetiva* como consecuencia de este padre “sordo” y “de gritos”, es decir padre “pura boca”, sin lengua ni labios capaces de sostener la voz, articulando en ese gesto un *Acto* de habla, una palabra.

Padre sin voz ni voto, es decir padre ausente de toda legalidad que Verónica intenta en vano recobrar en un *Acto* de ingesta y vómito, en un afán excluido en la dinámica de lo puesto adentro o de lo puesto afuera, que no se sostiene en el circuito del deseo, que sólo se “agarra” y no se sostiene, que queda puesto pero sin lugar, que no deja “sitio” para que algo de ese orden advenga.

Padre todo vozarrón o gritos, y por otro lado, padre homosexual que tiene una relación con el kioskero del barrio según se desprende de una conversación escuchada por Verónica entre la abuela y su hermana, “dentro de la cocina”. Se cuece allí una historia que ratifica que entre padre y madre se verifica un “diálogo de sordos”. En la cocina dónde se cuecen los postres que se instalan como objeto *de Goce*, como el plato “de última de satisfacción”.

¿Si no opera el padre, quién opera? Opera la madre, o la abuela en la figura de la madre que prepara “todo tipo” de postres, que le obtura con comida los secretos a voces respecto a la sexualidad de su padre. *Otro* materno que opera en la vertiente del *Goce*, en la trama de los excesos dibujados en la novela familiar,

en la ley del todo o nada que allí se establece, Ley del *Goce* que no del *Deseo*. Lugar del *Otro Materno* que refiere el exceso *del Otro*. Síntoma de Verónica que en tanto vomito arroja y en tanto ingesta incorpora en la compulsión de un Acto que nada digiere pero que sostiene en ello, la filigrana de un intento por no ser gozada por ese *Otro Materno* toda voracidad. Intento de *Corte* por parte de Verónica pero que opera como *Enunciado* y no como la *Enunciación* de un cierto sujeto posible. Por ello Verónica se queda sujeta que no asujeta en el vómito, en el circuito adictivo de ingerir y vomitar, entre lo *Imaginario* y lo *Real*.

La boca ahíta de comida, afuera o adentro, llena o vacía, pero no de palabras sino de comida de la abuela, que en el pulso de las idas y venidas, se goza de Verónica al ocupar el lugar del *Otro Materno*. Natillas y flanes de leche, piononos rellenos de dulce de leche de *Otro Materno* que se impone como sutura al deseo de Verónica.

¿leche dulce que no se agria, no se corta?

Del corte o del dique a ese Otro voraz, de eso abría de tratar la otra cocina expuesta en la propuesta del analista. Hacer que la palabra significante advenga en la invención de un padre posible y haga de ese gesto, silenciado o arrojado, algo más que un silencio y algo menos que un vozarrón.

Algo del orden de un *Objeto (a)* que se deslize y por ello en su devenir teja y desteja la sutura sutil de un borde o costura siempre evanescente.

Algo más que ese gesto que se anuncia y se desvanece en esto de nada de palabra, en la boca para adentro o en la boca para afuera, en su límite, en eso que Lacan llamó *Superyó*.

Ritmo de un gesto que hace del rito bulímico un escenario dónde se presentifica una relación al deseo por la vía de la *Angustia*.

Desde otra vertiente, diferente óptica planteada por el psicólogo “viejo verde”, que le oferta algo más que los bocadillos de la abuela como lo puede constituir una carrera en el mundo de la hotelería, o el atisbo de desplazamiento que se escurre entre el vómito como consecuencia de un padre que aunque no se sostiene opera al modo de un *Corte*. No en la ejecución de una sinfonía, tampoco en dar un do sostenido, pero sí en “dar en la tecla” de la angustia que Verónica conjura en el vómito. Es aquí, en esta operación donde el padre aunque fallido, “da”, dónde se podría rescatar algo del “agarre”, algo del orden de la temporalidad que remita al espacio dónde la *Simbolización* advenga. Dar en la tecla que se puede leer como un intento de corte, que posibilita así un cierto lugar que introduzca la cadencia necesaria para hacer de la boca un asunto de lenguas, que restituya una cierta subjetividad a Verónica de modo de significarla con una cierta labia.

Desplazamiento que haría a Verónica desprenderse de esa liga al goce que la hace decir “me agarra”, para pasar al lugar del estar (dónde se supone a un sujeto allí) que no sólo va por la vía de instaurar una temporalidad posible, sino

también por la vía de una sexualidad posibilitada, que no desfallezca y caiga en la angustia del vómito, que no la inarticule como sujeto ante cualquier demanda que se instale desde el *Otro*. Sea que este *Otro* se presentifique desde lo *Real* o lo *Imaginario*, como es el caso del novio, del viejo verde e incluso del padre, distintos modos todos ellos que anudan una relación entre ataques de ingesta, vómitos y hombres. En última instancia ritmo de lo sexual, que conjura en un ocultamiento, la trama oculta de la angustia por un cierto deseo: por cierto algo más y algo menos que un bocadillo de todos los tipos, es decir algo que alude, ¿“por cierto”? , a una cierta diferencia.

De este modo, la propuesta del analista acerca que Verónica se agarre al diván, pasa por golpear la tecla y sostenerla al modo de una voz que haga corte en el *Otro todo* del lugar materno, que restituya o se construya un cierto lugar para que opere un padre cortando el ritmo del cuerpo e instaurando el ritmo del habla. Tecla que de un paso más que el de “estas gorda”, para que de este modo no se trate de puro cuerpo, sino más bien de cuerpo sexuado, y en ello hablado, sensualizado y erotizado en la palabra. Aunque más no sea a flor de labios y sostenido en la “punta” de la lengua.

6) Caso clínico N°6: “De que hablamos cuando no hablamos de comida”.

El título de esta comunicación clínica parodia a aquel otro de un libro del cuentista norteamericano Raymond Carver: “De qué hablamos cuando hablamos de amor”.

En ambos, tanto por la negativa como por la afirmativa, decimos que hablamos de otra cosa y algo más.

Si la anoréxica es capaz de comer “nada” para mantener viva la dimensión del deseo, es porque no tolera que demanda y necesidad aparezcan “pegadas” una a la otra. El deslizamiento es vital.

Una pregunta atraviesa el relato; lo “pincha” al principio y al final, denunciando lo fallido del mismo. Es la pregunta por la Institución. Me pareció que un modo de respuesta posible era la transmisión, ponerlo en estado de deliberación como contrapunto desde el discurso psicoanalítico, a aquella otra oferta de curación.

El padre de L. es cirujano, vive en una ciudad distante algunos km. de Bs. As., está separado de la madre de L. desde hace nueve años. Pregunta por una Institución para la atención de su hija anoréxica.

Es la mamá quien acude a la primera entrevista para hablar de L., de quince años. “No come nada”, desde hace un tiempo que no sabe precisar. Está rebelde con todos, miente, especialmente al padre, por teléfono.

Viven todas juntas en la casa de la abuela materna en Bs. A., tres generaciones de mujeres viven allí: la abuela, la madre, la tía y L. con su hermana mayor, A.

L. bajó muchos kilos. Realiza una actividad intensa, no se queja. Tiempo atrás una amiga le dijo que estaba “caderona” y dice no poder creer haber dado crédito a eso. Agrega que es muy estudiosa, excelente alumna, segundo promedio en la escuela, a la que acude con su hermana A.

“Desde temprana edad (seis años) L. hizo frente a todo, se hizo una coraza”. A esa edad se separaron sus padres, de un día para el otro, sin aviso. Luego él hizo una nueva familia, tiene cinco hijos que L. visita esporádicamente.

Su madre, G. también formó pareja, con un hombre separado y con hijos. “E. fue maravilloso conmigo y mis hijas. Las quería mucho a ambas”. Hace aproximadamente tres años atrás, a la vuelta de un viaje a Europa que habían compartido todos, y mirando unas fotos luego de la cena, él se descompuso repentinamente y murió de un ataque. L. vio todo. La casa que junto con E. habían arreglado, se la quedan los hijos mayores de él. Tuvieron que irse a la casa de la abuela.

Su madre agrega que L. no come carne desde hace bastante tiempo, solo lo hace disimulada en milanesas, hamburguesas, etc. “Lo que no come es carne sin disfraz”.

Todos están exigiéndole a L. que coma, todos la controlan.

A su padre por teléfono, le contesta que ya comió bastante. Este la atemoriza, dice que la va a internar, la amedrenta y le grita, siempre grita. En las últimas vacaciones le explicó con lujo de detalles todo lo que le iba a pasar científicamente si no comía.

El no cree en psicólogos. Cree solucionar todo con cuatro gritos.

Primera entrevista: L. se tapa el cuerpo con su campera. Muy menuda, muy flaca, aún conserva algunas formas.

Pide que le pregunte para luego poder continuar. Dice que todos presionan y exageran, que no es para tanto. Reconoce que paulatinamente desde hace unos dos o tres años está distinta, que fue cambiando hasta comer poco o nada.

A veces va a bailar, los fines de semana, a la función matiné, con su amiga R. con quien habla mucho y adonde va a dormir a menudo. Dice de ella: “es gordita, pobre...” y “le va mal en las pruebas, pobre...”

Y a vos, ¿te va bien en las pruebas?, pregunto.

L. Sí

Dice que su amiga y su tía comen mucho. De su tía, a quien más adelante le va a dedicar una entrevista, dice que no se la banca, que es mentirosa, que come y dice que no, cuando es obvio que fue ella.

A continuación agrega que su padre la llama todas las noches para preguntarle si comió. “Yo le miento, para que no me hinche y se conforma”. El domingo vino a visitarla, le dijo que estaba cadavérica, la amenazó con internarla, le hizo hacer estudios clínicos. “El sólo, grita, siempre grita”. El las amenaza y ellas le temen.

Tiene con su actual mujer cuatro nenas y un varón. Cuando L. va a visitarlos, dice de ella, que se pone celosa y le reprocha a él que le compre cosas a sus hijas mayores.

“La detesto, aprovecha nuestra presencia para pasar facturas”.

L. había hablado de su gusto por escribir, tiene escrito cuentos y ahora empezó una novela. Su futuro tendrá que ver, dice, con algo relacionado a la escritura. Periodismo, tal vez. Pensó en Filosofía y Letras, pero no...

En las siguientes entrevistas, también aguarda ser interrogada.

Habla de su padre, dice livianamente que se enoja con él desde siempre. “El siempre prefirió a mi hermana. Ella sigue los pasos de él. Son muy parecidos, va a seguir medicina seguramente. Cada vez que llamaba por teléfono preguntaba por ella, salvo ahora”.

En este punto justifica a su madre que las protegió a ambas. No así a su padre, para agregar, “él es mi papá también”.

L. le quita fervor a su relato, nada parece muy importante. Sus broncas no parecen broncas, su discurso es siempre muy lavado.

Dos veces habla de obligaciones:

- 1) La de comer, con su posterior malestar, mal humor, aislamiento, y ganas de matar a alguien. Acá se promete cada vez no volver a hacerlo por ochenta días.
- 2) La de acudir a las entrevistas.

Antes habló de su amiga, que no puede hacer ninguna dieta. “No tiene voluntad”.

Una vez R. le reprochó la falta de alimentación para recibir como respuesta que ella no se mete en sus asuntos. R. tiene una hermana muy amiga de A. se intercambian lugares en sus casas. Nunca están las cuatro juntas. Solo dos y dos. Funcionan como en espejo y de a pares. L. y A. siempre pelearon. Ahora ya no intercambian su ropa.

En un llamado telefónico, la madre dice estar preocupada por los costos del tratamiento y que sobre éste punto tiene que ponerlo al tanto al padre.

En las siguientes entrevistas, L. menciona que es muy miedosa, que si se corta un dedo cree que se va a morir y que sufre sensaciones de desmayo fuera de su casa, en una reunión o en un tumulto en la entrada del baile, que diferencia de los vahídos por falta de alimento.

¿Desde cuándo? Comenzaron al poquito tiempo de la muerte de E.

Relata la escena, se angustia y llora, muy contenida. Del mismo modo lo había hecho su madre.

En el recorte que ambas hacen se privilegia la mirada. La cena, las fotos y el horror de una imagen congelada. L. dice haberlo visto todo. ¿Todo?

Un padre posible, bueno con todos y que a todos quería por igual. “E. sufría del corazón y lo tenían que operar”, agrega L,

Al poco tiempo su madre le dice que está somatizando, cuando comienzan sus sensaciones de desmayo.

En el día del padre, L. y A. lo van a visitar. “Se portó bárbaro, más comprensivo, sin gritar, amable”. El padre cambia el tono, pero no deja de dar las explicaciones médicas del caso. Sus desajustes hormonales y las consecuencias de éstos son nuevamente escuchadas por L. “lo que pasa es que hace dos o tres meses que no tengo menstruaciones”. Estas fueron siempre regulares desde los once años.

Cuenta de la familia de su padre; estaban allí sus otros hijos. “El varón, es el mayor tiene diez años y no es de él, es de una relación anterior de su esposa. El siempre tuvo hijas mujeres”. Piensa que su padre no puede tener hijos varones.

Pregunto de dónde sacó eso. “Ah, no sé..., genética”, ríe convencida.

“Ella por eso lo desconoce, no lo quiere”.

Es al referirse a su tía, que L., sale de su tono habitual. Por primera vez, con furia dice: “la mataría”. Esta tía se instaló en la casa al mismo tiempo que ellas. “Estuvo casada, pero ya no, tiene un novio que no viene nunca. Está todo el día ahí, no trabaja, me controla, es re-metida, parece que me escuchara, sabe todo, opina sobre todo, y ni siquiera fue al colegio”. “También mi mamá la odia y no le dice nada, por que hay que cuidar la familia, la armonía”.

¿Y vos te morfás todo eso?, le pregunto.

Casi llora, sigue despotricando contra esta tía que la considera un faquir. “No se va nunca, tiene envidia, porque ella no puede hacer ninguna dieta, es gorda y repugnante y además roba y miente acerca de lo que come”.

En otra entrevista relata dos episodios que conciernen a las medidas:

- 1) Pide un plato de comida en su casa y le dan un plato hondo cuando todos tienen un plato plano. Protesta, se enoja, se levanta y se va.
- 2) Compra un alfajor en la escuela, busca a su hermana y no la encuentra. Lo come y luego se da cuenta que su hermana no comió. Le da un ataque, se pone como loca.

Confiesa que todo el tiempo controla lo que come su hermana, y lo suyo debe ser la mitad o menos.

Le digo que acá se invierten los controles.

No sabe por qué lo hace, se le impone; en vez de comer lo que le gusta se la pasa mirando su hermana para comer menos que ella.

Respecto de la escuela, dice que es mixta, habla mal de los profesores. “son corruptos, se descubrió que cobraban para aprobar exámenes”.

Con su amiga pensaron en cambiar de colegio el año próximo “Si me gusta algún compañero? No”. Dice que están en otra cosa, también habla mal de ellos. Al pasar, menciona que tuvo un novio, amigo de un hijo de E. Dejaron de verse hace dos años. Finalmente habla de que sus padres pensaban que a poco de venir aquí iba a empezar a comer. Ahora le reprochan desobediencia, la culpan de gastar dinero: “Ellos creen que aquí me da indicaciones de lo que tengo que hacer... pero acá no hablamos de comida, ¿no es cierto?”

Tal cual lo habíamos adelantado en la introducción, la salida se produce por una operación del padre, quien decide llevar a L. a una Institución pública y gratuita para su atención.⁵⁴

⁵³ Convocatoria clínica, ediciones, “Presentaciones clínicas” Anorexia-Bulimia-Hipocondría, Buenos Aires, Argentina, Tomo 2, 1996-1997

6.1) **Comentario: “Del habla, del discurso en el análisis”.**

L. al modo como lo signa la letra de su nombre silenciado como significante en el secreto de la viñeta presentada, sin embargo viene a dar cuenta de la medianería de L., de cómo L. se convierte en la clavija o escenario de todas las tensiones de su novela familiar. Su cuerpo se ofrece como mediación, al modo de la posición de la madre en el conflicto –alianza especular que tiene con la tía, es decir ofrecida a la armonía, a que nada se des-centre. Alude a algo del orden de la fijación, de los giros que posibilita ese cuerpo ofrecido, como pivote, giros que ocurren en torno al eje de ese cuerpo así ofrecido pero que no se desplazan, que actúa al modo de contrapunto sin dar la puntada que despliegue la sinfonía como consecuencia de la incorporación de un tercero, contrapunto que opera entonces al modo de mera *Repetición*.

Medianería que opera entre dobleces, en parejas, en dúos que hacen de L. *Cuerpo* de *Ambivalencias*, que la dejan en la repetición, al modo del estribillo popular que multiplica infinitamente de a dos en dos, en una repetición que podría ser infinita, a saber: “dos y dos son cuatro, cuatro y dos son seis...”.

Sacrificio “doble” que L. se impone en relación al ayuno cuándo es sorprendida frente a si misma por “comer un alfajor sin darse cuenta”, desliz que en algo marca que ella quiere comer y se lo prohíbe, por ello debe de pagar prometiendo un ayuno que al menos sea el doble que el de Cristo: “no volver a hacerlo por

ochenta días”. Al fin y al cabo si de comer se trata habría que disfrazar ese desliz de *Deseo*, al decir de la madre: “lo que no come es carne sin disfraz”.

Escenario dónde se ausentan dos padres, el uno por la muerte (E.), el otro por la separación. El uno porque al fallecer ya no se deja oír, el otro porque: “él sólo grita, siempre grita”, “la amedrenta y le grita, siempre le grita”. Oscila, se bambolea L. entre los gritos del padre que por intensos no se dejan oír, y entre los susurros del padrastro muerto. L. siempre al medio: Entre gritos y susurros.

Mediterraneidad de L.entre dos mujeres en el lugar de madre, la tía y la madre como las caras del amor y del odio, como mitades que polarizan el lugar del medio. L. y su hermana A.respecto de la cuál ella establece una medida, comer la mitad que ella, que ha sido siempre la preferida del padre, así al menos pudiera tener algo como del orden de la “mitad” del afecto.

Medianería, medio a medio, mitad, dos, vínculo *Diádico* que no deja espacio a la *Tercería* como consecuencia, por un lado, al de un padre que se muere durante la cena mientras recorrían las miradas fijadas en unas fotografías, (que pasa de la imagen inanimada de una foto al cuerpo inanimado de la muerte en lo *Real*), por otro lado, al de un padre que literalmente opera como médico, dónde la propuesta es que coma y que no hable: el clásico “come y calla” de la medicina.

Medianería que no alcanza para que concurra una tercería que haga de corte e instaure con ello algo de la *Ley*, lugar que ocupa L. a su vez en una doble

vertiente, en esto de no dar lugar a la diferencia y en esto de significar allí un mudo clamor, un susurro quizás en relación a un cierto *Deseo*, al ofrecer un cuerpo a un padre que mal responde como médico o como muerto. Un cuerpo que se opone al deseo del padre, que desde la angustia clama por la vida(vitalismo) y por ello omite la vertiente del deseo. Oposición de un cuerpo que no come, testimoniando en ello que en ausencia de deseo, un cuerpo... puede ser algo como un cuerpo de Des-hecho. Omisión del padre, imposición de la dimensión de la *Necesidad* que en ausencia de ley del padre fija a L. en la dimensión de la *Demanda*, excluída de la dimensión del *Deseo*.

Sujeta a la *Demanda* del *Otro*, encarnado por una madre que se enseñorea frente a al ausencia de padre y ocupa el lugar del *Otro Materno*, lugar de *Goce* (de la madre) desde dónde sólo hace *Corte* para señalar el “costo” del tratamiento (costo de su *Goce*) cuándo L. empieza a poner en juego algo del orden de un balbuceo en las entrevistas. Cuándo L. empieza a hablar de: “aca no hablamos de comida ¿No es cierto?”, entonces la madre impone al padre un *Corte*, aquél que garantice su *Goce*: el corte del tratamiento y el traslado e L. a una institución dónde el costo sea gratuito, es decir no exista costo alguno que pueda romper la medianería que L. sostiene en el cuerpo ofrecido y por ello *Gozado* por el *Otro*. Para la madre es cuestión que L. “no come nada”, para el padre “que coma”. De la mujer del padre no habría mucho que decir ya que esta se remite a “pasar

facturas”, seguramente de todo tipo, incluso a aquellas que apelan en esto de facturas a un significante que remite a la comida y no al habla.

¿ Que otro corte? ¿si?, ¿no?, en la ausencia de un padre que lo verifique, por un lado un padre muerto que la hace a L. “ver todo” y otro que se separa o responde desde el lugar del médico, padre que por otro lado no es “capaz” de tener hijos varones (padre indiferente que sólo hace mujeres), todos ellos excesos que dejan a L. en el único lugar que no responda al todo o nada, el lugar del medio, pero a modo de clavija o contrapunto.

Medianería que sitúa a L. en la encrucijada de la *Anorexia* que come “nada” para dejar un espacio al deseo, para correr el pivote, desclavar la clavija y despegar la *Demanda* de la *Necesidad* desde ese lugar de medianería que en su ir y venir de los contrapuntos sólo deja oír algo de la letanía de la canción, al modo de: dos y dos son cuatro y dos...

Mediterraneidad que impide ver algo del orden de la *Falta*, nada que opaque el espejo plano dónde se adhiere la *Necesidad* con la *Demanda*, nada de la profundidad del *Deseo*. De lo contrario responderá con ira o con ausencia, o con ambas (con dos haría de la respuesta algo más fiel a su estilo de repetición), cuándo a la hora de la comida le dan un plato hondo cuándo los otros tienen plano.

L. entre la “coraza” que se fabrica a los seis años cuándo se separan los padres y los desmayos que comenzaron a la muerte de E. que vienen a ser el corolario de

una imagen “congelada”(tal vez cena congelada, fría y susceptible de ser rehusada; de cualquier modo a destiempo como la muerte de E.) , L. pasa la prueba ya que ella No es como su amiga : “ella es gordita pobre...””le va mal en las pruebas”.

¿ Qué le queda a L. que no sea ausencia de cuerpo?

Probablemente un “mal hablar”, que en la vertiente de la agresión, la hace hablar con un tono más elevado y también más profundo, de la tía, de la madre, de la hermana, de la mujer del padre, en las inflexiones de: “la detesto, aprovecha nuestra presencia para pasar facturas”, “la mataría” (a la tía), “ sabe todo, opina de todo y ni siquiera fue al colegio”.

L. de hablar a “medias” a un “mal hablar”, auspicio quizás de un lugar ofrecido en el análisis dónde: al menos sé “mal hable” cuándo no “hablamos de comida”.

Se escucha entre-medio la voz de L., que más allá del grito o el silencio de los padres y del goce del Otro materno, ¿dice?,¿pregunta-se? : “ Ellos creen que aquí, me da indicaciones de lo que tengo que hacer... pero acá no hablamos de comida ¿No es cierto?...

7) Caso Clínico N°7, N°8, N°9, N°10, N°11: “La voracidad”.

“Si comienzo a comer, ya no puedo parar. Al principio, eso comienza lentamente. Un pastel, por ejemplo, un pastel nada más que para probarlo. Y después un poco más, un poquito más. Un pequeño trozo de pastel, después un pequeño trozo de queso, después un pequeño trozo de pan y después todavía un poco de queso. Y ya está. Ni siquiera tengo tiempo de respirar. Antes de que haya tenido tiempo de ingerir el primer bocado ya tengo otro en la boca. Ya está, me quedo como lela, y a comer sin parar. Para dejarlo, puedo contarme a mí misma cualquier cosa, hacerme todos los reproches habido y por haber. Pero no. Hay un momento en que, en la situación en que se está, puede una encontrarse inmundada, repugnante, pero es igual; no se reacciona. Sólo me paro cuando realmente ya no puedo más. Me quedo casi como atornillada en la silla, apenas puedo moverme, me ahogo. Entonces me voy a dormir. Pero necesito dos almohadas. Al final se pasa; me duermo insultándome a mí misma y jurándome que nunca más volveré ya a comer. A la mañana siguiente, como estoy hecha unos zorros, naturalmente que no tengo ganas de comer, claro. Y entonces creo que he ganado la partida. Pero no transcurrirá mucho tiempo y vuelvo otra vez a empezar” (Mlle. H..., 24 años).⁵⁵

“Me dió anoche. No había nadie en casa. Prácticamente vacié el frigorífico. Después, me encontraba mal; fui a mirarme en el espejo. Tenía la cara abotargada,

⁵⁴ Igoïn Laurence, “La bulimia y su infortunio”, Editorial Akal, Voces nuevas en psicoanálisis, 1986, Madrid, España, 132 págs., págs. 85 a 86.

estaba fea. Empezé a llorar. Y después he ido a pesarme. Esta mañana he vuelto a pesarme. Dos kilos más! Y todo eso, ¿por qué?” (Mlle. P..., 22 años).⁵⁶

“Eso acaba siendo repugnante. Devoro todo lo que encuentro a mi paso. Se diría que quiero destruir todo. Hay cadáveres de latas de conserva y el cubo de la basura repleto de bolsas y papeles de envolver. Sólo me hago cargo después. Empiezo a intentar hacer la cuenta de las calorías, pero no consigo ya contar, eso resulta absurdo. Y el pánico cuando no consigo vomitar...” (Mlle. K..., 21 años).⁵⁷

“Sueño que soy anoréxica. Debe ser maravilloso no comer, no tener hambre. La pitanza es tan despreciable. A veces es realmente la felicidad porque me siento casi anoréxica. No entiendo entonces cómo podría tener ni siquiera la idea de comer. Eso sólo me ocurre cuando he comido tanto la víspera que aún no me he repuesto y cuando estoy mala. Entonces me digo que me voy a pasar toda la vida a caldo de verduras. ¡Si por lo menos durara!” (Mlle. N..., 42 años).⁵⁸

“Sólo he parado cuando ya no había en casa prácticamente ni una miga” (Mlle. Q..., 36 años).⁵⁹

⁵⁵ Igoín Laurence, “La bulimia y su infortunio”, Editorial Akal, Voces nuevas en psicoanálisis, 1986, Madrid, España, 132 págs., pág. 86.

⁵⁶ Igoín Laurence, “La bulimia y su infortunio”, Editorial Akal, Voces nuevas en psicoanálisis, 1986, Madrid, España, 132 págs., pág. 86.

⁵⁷ Igoín Laurence, “La bulimia y su infortunio”, Editorial Akal, Voces nuevas en psicoanálisis, 1986, Madrid, España, 132 págs., pág. 86.

⁵⁸ Igoín Laurence, “La bulimia y su infortunio”, Editorial Akal, Voces nuevas en psicoanálisis, 1986, Madrid, España, 132 págs., pág. 86.

7.1) **Comentario: “Acerca de oralidad y el devorar y ser devorado”.**

De acuerdo a lo propuesto en el proyecto de la presente Tesis, se intentará a partir de las viñetas presentadas, hacer una lectura acerca de la Bulimia-Anorexia, que si bien privilegie las teorizaciones freudo-lacanianas, incorpore o relacione algunas conceptualizaciones de las teorías psicoanalíticas más clásicas. Intención que pretendo recoger aquí a partir de la presentación de, no un caso, sino más bien la sumatoria de viñetas, que nos permita, a partir de un gran tema de entrada como lo es la voracidad introducir disquisiciones teóricas a propósito de la Bulimia.

Como se consigna en las viñetas aludidas un punto de entrada a la Bulimia es la marca que ella establece respecto a constituir un síntoma en Acto, es decir constituye esta una realización, en la presentificación del síntoma algo es efectivamnete devorado. Esto en términos de introyección correspondería a un fracaso de su propósito ya que en términos de objeto y al anclarse a la oralidad, sólo alcanza a una incorporación del objeto dónde este es efectivamente devorado.

Al decir de Laplanche:

“Más allá de tener la suficiente comida, la incorporación oral representa la exigencia de tener a disposición de manera permanente y cierta, lo que esa comida puede procurar de forma absoluta; el seno, en todo caso tal como nos lo

describe después de Freud, Melanie Klein. A nivel oral, la única forma de asegurarse definitivamente el objeto amado y todopoderoso, es incorporarlo. Esta incorporación implica, como se ha demostrado numerosas veces, todo tipo de dimensiones fantasmáticas entre las cuales la conservación para sí-incorporación-y, al mismo tiempo la destrucción del objeto (que a veces designamos canibalismo), son las más importantes”.

En esta aproximación y respecto al afán constitutivo imbricado en el síntoma podríamos decir que en el doble giro de la incorporación (apropiarse y destruir el objeto) se puede leer el doble movimiento de hacer-se y des-hacerse como sujeto deseante. Por ello se advierte que de una apropiación destructiva se trata, al decir de K. Abraham al definir la fase oral sádica (canibalística):

“El niño sucumbe a la seducción del objeto y se arriesga, o se ve obligado a destruirlo. A partir de aquí la ambivalencia reina en la relación del yo con el objeto”⁶⁰

Algo que lleva a destruirlo pero que tiene una cierta prevalencia a la envidia, ya que esta supone la permanencia de un objeto interno que en el caso de la Bulimia leída como incorporación canibalística no se produce. Venganza

⁵⁹ Abraham, Karl, “Obras completas”, Tomo II, p.277.

entonces que en tanto dirigido al objeto se tratará del seno de la madre o de quién ejerza la función de esa oferta.

“La avidez es la señal de un deseo imperioso e insaciable, un deseo que va a la vez más allá de lo que el sujeto necesita y más allá de lo que el objeto puede o quiere concederle. (Desde Lacan diríamos entre la necesidad y la demanda). A nivel del inconsciente, la avidez busca esencialmente vaciar, agotar o devorar el seno materno”.⁶¹

Búsqueda del seno que se desplaza en el caso de los Bulímicos sobre objetos que buscando el seno no alcanzan un nivel de representación como lo constituye el caso de la comida donde esta es incorporada como cosa y sólo remite al seno en esto de lo “comestible”. El caso más claro de esta indistinción lo constituye una forma sintomática que precedió a la Bulimia como lo fue el caso de la “pica” donde el sujeto devoraba basuras, objetos aberrantes o innombrables. Incorporación de la comida como cosa que la mantiene en el estatuto de la cantidad (como mero volumen) sin que adscriba al estatuto de la cualidad (como alusión al sabor). Desplazamiento que en el Bulímico no alcanza a tener la extensión que D.Winnicott le confiere al referirse al desplazamiento del seno al objeto transicional.

⁶⁰ Klein, Melanie, “Envidia y Gratiitud”.

“Es exacto que la esquina de la manta (o cualquier cosa de este tipo) sea el símbolo de cualquier objeto parcial como el seno materno. Sin embargo, el interés no reside tanto en el valor simbólico como en su realidad actual. El hecho de que eso no sea el seno (o la madre) es tan importante como el hecho que represente el seno (o la madre)”.⁶²

Cuándo la incorporación no se produce, cuándo se opera a un nivel sólo de incorporación destructiva, la comida significada como cosa y “no en representación de”, no es mataforizada provocando la angustia de muchas pacientes en la clínica el hecho que en el vómito “aparezcan” trozos de carne que habían sido ingeridos para ser supuestamente “destruidos” en la incorporación (fase sádica canibalística y la aparición de la dentición y el desgarrar). Trozos que le son devueltos como objeto preservado que actúa en la realidad de la cosa provocando angustia y horror en los pacientes que advierten como el objeto retorna distinguido en la realidad de la indistinción de lo vomitado. Redoble de la rabia y la necesidad de venganza respecto a ese objeto perdido.

“Desde el momento en que he empezado a comer, se apodera de mí una especie de frenesí. Nada puede ya detenerme: como inmediatamente todo lo que encuentro. Todo me vale (cualquier cosa). Es como si así me vengara de algo.”

Mil. O...

⁶¹ Winnicott, Donald, “De la pediatría al psicoanálisis”, De Payot, París, Francia, 1969, pag. 117.

Indistinción que actúa como marca o sello en los bulímicos respecto a lo “bueno” o lo “malo” del objeto, entre la incorporación e identificación, ya que nada del orden del distingo se puede establecer con una cierta estabilidad. De hecho la imposibilidad del Bulímico se establece en relación a poder preservar un “objeto bueno”, fundamentalmente porque le opone a toda apropiación la vara de la imposibilidad de la idealización. El hartazgo del bulímico refrenda así la imposibilidad de constituir un objeto interno.

“Ciertos individuos, incapaces de poseer un buen objeto, tienen que hacer frente a esta incapacidad-que se deriva de las apetencias excesivas- idealizando el objeto. Esta primera idealización es precaria, ya que las apetencias respecto al buen objeto se extienden obligatoriamente a su forma idealizada. Y esto es verdad en lo que concierne a las idealizaciones ulteriores y también, a la identificación con otros objetos, que a menudo es mudable y azarosa: la avidez juega allí un papel importante, porque la necesidad de poseer siempre lo que haya de mejor inhibe la facultad de elegir y discernir. (Desde Lacan estaría aludiendo a la dimensión del deseo). Esta incapacidad esta ligada así mismo a la confusión establecida entre el “bueno” y el “malo”, confusión que aparece en relación con el objeto original”.⁶³

Necesidad de incorporación y destrucción del objeto en los bulímicos que tiene su corolario en su contrario, en el poder de la flexibilidad de la acción.

Inversión vectorial que retorna y devuelve el “devorar” en el temor a “ser devorado”. Temor consignado por Freud a propósito del hombre de los lobos.

“En nuestro paciente, el canibalismo aparecía por regresión a partir de un nivel más elevado, en el miedo de ser comido por el lobo. Nos vimos obligados a traducir este miedo de la siguiente manera: el miedo de servir al coito del padre (...). Por lo demás, tengo la sospecha de que el padre de nuestro paciente, el mismo acostumbrado en su infancia a ser objeto de “regañinas tiernas”, habría también jugado con su hijo al lobo y al perro amenazándole, en broma, con comérselo”⁶⁴

Clivaje dual de giros y contragiros (en esto de devorar y ser devorado) de los cuales da cuenta el síntoma de la Bulimia-Anorexia que en Fenichel remiten por “deformación regresiva” al temor de la castración. Misma dualidad que B.D.Lewin ve en esto de comer y ser comido un lugar de intercambio que hace de cualquiera de las dos posiciones un lugar de idéntica valía cuándo se trata de la “psicología oral”. Polivalencia o lugar de todas las valencias que establece en las bulímicas un lugar a la indiferencia (Al decir de Lacan de la No-Diferencia). Lugar imposible de alguna certeza posible, lugar imposible aunque más no sea a una verdad imposible.

⁶² Klein, Melanie, op.cit.pág.35.

⁶³ Freud,Sigmund,”Acerca de las Neurosis infantiles”(1914), “El hombre de los lobos”. Obras completas.

“Se puede hacer cualquier cosa a condición de distanciarse, de no creer en lo que se hace. Desde el momento en que se cree en ello, se corre el riesgo de que a una la engañen”. Mlle.C...

“El hombre es un lobo para el hombre... pero, ¿cuándo el lobo no tiene cara, cómo defenderse de él?. Cuánto más me defiendo de los demás me devora esa bulimia, que no soy yo ni dejo de serlo. Me siento vacía dentro y, al mismo tiempo, hay algo que me devora desde el interior. Cuándo eso llega, a más o menos largo plazo, todo el mundo me engaña”. Mlle.C...

Devorar y ser devorado, incorporar y expulsar, ciclo o ritmo, vaivén de los bulímicos que en esto de la comida remite a la obsesión y en los anorécticos más probablemente a la fobia. Obsesión que se instala en la presencia de la comida, lugar de desborde donde nada la habrá de detener, (sólo será cosa de pasada, de allí la ingenuidad de los padres respecto a que eso ya pasará), irrumpirá en cualquier instancia, sin aviso previo se impone el ritmo obsesivo de las idas y venidas de la ingesta y del vómito.

Repetición que en algunos casos esta enlazada y desencarnada en la figura del fantasma, (diferente a la conceptualización Lacaniana), definida por N.Abraham y M.Torok como una formación del inconciente que por no haber sido nunca dicha, tiene por particularidad no haber sido nunca conciente y que concierne al inconfesable secreto del otro. Secreto callado a voces que de este modo

determina al Sujeto desde un saber que no se dice, del que algo se sabe y que de cualquier modo proviene de otro lugar. (Padre judío convertido al judaísmo, adopciones silenciadas, suicidios de la madre silenciados por el padre, etc.).

Se trata para N.Abraham y M.Torok del proceso de inclusión tópico bajo la forma de “cripta”, “cueva secreta” dónde se mantiene al objeto que ha jugado el papel de ideal del yo. Tópico sobrenumerario incluso por incorporación y que actúa como un analogón de todo de él.

Determinación de una repetición por un secreto del otro que opera a nivel inconciente: determinación inconciente del otro a través del Otro al decir de Lacan.

Lo que desde otro lugar teórico y en forma más general P.Fedida dice respecto a la dimensión de la incorporación canibalística y su repetición en la bulimia:

“Concierne a través y más allá de la incorporación alimentaria-o incluso del centro mismo del problema de la identificación-a una lógica de la filiación, a saber a un conjunto de significaciones genealógicas.”⁶⁵

Por cualquiera de las dos vertientes expuestas, la del secreto o la de la genealogía, esta opera al modo de una determinación que tergiversa el lugar al punto que el sujeto bulímico no encuentra sitio, y es esta doble im-posición

⁶⁴ Fedida, P., “El canibal melancólico”, “Nueva Revista de Psicoanálisis”, N° 6, París ,Francia, 1972, pág.124.

posible la que se le asigna a lo que se expulsa o se incorpora sin discriminación. Así el impulso bulímico se podría entender como un impulso coprófago que se ignora como tal.

“En resumen: una intolerable decepción respecto al objeto de amor origina, en nuestros pacientes, la tendencia a expulsar ese amor como contenido corporal y a destruirlo. A lo que sigue inmediatamente la introyección, es decir la recuperación por la devoración del objeto”.⁶⁶

Modalidades todas de una dualidad que arma un ritmo, un cierto pulso que no una detención, que posibilite que algo del orden de un objeto interno prevalezca rompiendo la secuencia de la incorporación–expulsión, en esto de devorar y ser devorado, incorporar-expulsar-reincorporar.

Devoración bulímica que G.Rosolato propone como las dos primeras etapas de lo que el llama el ciclo digestivo:

- (1) La pérdida del objeto desencadena el primer tiempo de expulsión. Lo que es malo es rechazado: el efecto corporal fantasmático intenta eliminar el objeto.
- (2) Pero la reincorporación persigue el fantasma de volver a encontrar el objeto, de dominar el mal objeto, destruyéndolo oralmente.

⁶⁵ Abraham, Karl , “Los estados maniaco-depresivos en las etapas pre-genitales de la organización de la libido”, Obras completas, Tomo II, pág.286.

A la inversa las anorexias se explican por el temor de destruir el buen objeto o por la imposibilidad de encontrarlo en la comida, cualquiera que esta sea, reactivando así el suplicio de una carencia inicial.

Destrucción del objeto que precisamente a partir de la teoría de las relaciones objetales debería remitir a un papel a jugar a la culpa.

¿Qué de la culpa en la bulimia?

Al respecto se podría pensar que en tanto ritmo de flujos y reflujos, avatares de negociación y renegociación de un objeto que no cobra estatuto de objeto interno, no se impondría de ese modo ni la culpa ni la melancolía, en cambio una cierta pesadumbre quizás.

Al modo de la pesadumbre que Freud describe en el sueño de la tres mujeres en la que una parecía hacer Knodel (algo a sí como “nudo” en alemán que representa un kuchen o pastel), de cualquier modo algo relativo al hambre que instigaba precisamente el sueño. Pesadumbre que remitirá nuevamente a esa dualidad aludida y no precisamente a la culpa sino más bien a la pérdida. De un objeto perdido, de su pérdida en la marea del vaivén de incorporaciones - expulsiones - reincorporaciones estamos hablando.

“Sé que una de las tres, la huésped del sueño, es la madre que da la vida y también (es mi caso) la primera comida al que vive. El seno de la mujer evoca a la vez el hambre y el amor. Es conocida la anécdota de ese joven, gran

admirador de la belleza femenina que, un día en el que se le estaba hablando de la hermosa nodriza que había tenido de pequeño, *lamentaba el no haber aprovechado mejor la ocasión*”.⁶⁷

Oscilación de la bulimia que deriva entre el miedo a la pérdida y la pérdida de una nueva ocasión, fallida, actúa de este modo en sentido doble y se manifiesta, además, como problema de una elección insostenible.

Paradoja que sitúa en una pobreza amorosa y por otro preserva el vacío que alude a un cierto deseo.

Pobreza o indigencia que remite a una huella frecuente en los bulímicos (huella al fin), que se traduce en una vida de un departamento vacío, maletas que no se deshacen, desarraigo, profesiones provisionales, abandonos y comienzos reiterativos, presupuestos escasos, en definitiva el sesgo de un minimalismo, de un mínimo vital. Si no es la pobreza física es el engaño al que nos referimos más adelante o en su defecto el yerro o el error, quizás en clara alusión al intento de construir de ese modo un falta.

Respecto a una paciente, Mlle.G. de veintitrés años se consigna lo siguiente.

“Tiene un trabajo que no corresponde a sus aspiraciones - pero “quién sabe si estas aspiraciones son justificadas” - cobra un salario razonable, aunque demasiado alto, dice, para lo que hace, lo que la incita a hacer horas

⁶⁶ Freud, Sigmund, “La interpretación de los Sueños”, Vol. 3, p.214.

extraordinarias. No paga alquiler y, sin embargo, sólo tiene en el banco el dinero justo para pagar sus impuestos. Sólo lleva dos o tres vestidos, siempre los mismos y zapatos muy gastados.

La verdad es que se gasta todo el dinero en caprichos, en compras muy lujosas. Pero...siempre comete un error respecto a la talla de los zapatos, o sobre el voltaje de un aparato, o más simplemente sobre su propio deseo. En todos los casos inmediatamente se deshace de esas falsas adquisiciones, regalándolas o prestándolas, y rápidamente vuelve a encontrarse sin nada’.⁶⁸

La bulimia se puede leer de este modo como una forma de arrancar a lo arbitrario, al error, a la pobreza en tanto intento de construir allí en el lugar de su desgracia un cierto espacio a una falta que contribuya a sostener algo del orden de su deseo, cuándo la existencia de este último sólo esta garantizada por una necesidad oral.

Se comprende mejor porque la bulimia funciona en ese doble estandard, de una violencia de desencadenamientos de fuerzas deseantes y el de una inanidad que tiende a preservar intacto el capital del deseo.

Su comprensión, la clínica se ha de situar entre estos dos polos: El del exceso y el de la reserva.

⁶⁷ Igoín, Laurence, “La bulimia y su infortunio”, Ediciones Akal, Barcelona, España, 1986, págs. 132.

CAPITULO IIA

GLOSARIO

1) Acto:

El acto queda definido por Lacan como un evento “esencialmente humano”, susceptible de atribución sólo a un sujeto que en la calidad de tal es capaz de sustentar un Acto de habla, esto es una palabra. Sólo un sujeto inserto en el lenguaje y por ello en la lengua tejida en la trama de la cultura puede (y siempre a nombre propio) atribuirse un Acto. Sentido de la atribución que alude a la ética del psicoanálisis dónde un sujeto se hace responsable subjetivamente de su enunciación que ya no de su enunciado. Como toda enunciación remite a una responsabilidad subjetiva respecto a lo que dice y a lo que no dice, a lo que calla cuando dice y a lo que dice cuando calla en clara alusión al decir conciente e inconciente. En este punto Lacan plantea a mi juicio algo más radical, que lo conciente esta determinado inconcientemente. De allí que los Actos falidos pueden ser los actos más verdaderos en cuanto actos inconcientes que se dejan oír más allá de la represión.

Lacan refiere al concepto de “alma bella” (schöne Seele) para consignar como ella proyecta en el mundo su propio desorden e intenta curarlo imponiendo al mundo la ley del corazón a los demás. Representa al impasse del sujeto humano que ignora su implicancia en las fracturas o las quejas que el mismo denuncia. Sujeto que se absuelve de la responsabilidad de su sufrimiento que no obstante provoca.

Lacan distingue Acto, de pasaje al Acto y de Acting Out en términos que lo que se desvanece gradualmente en esas categorías es lo que alude al orden de los significantes. En el pasaje al Acto, algo hay del orden del significante que se mantiene, una hebra desde dónde se “prende” un resto simbólico, algo del orden de la palabra. (A este propósito vale la pena referirse al Caso N° 2 , Caso de N. dónde ella sublima vomitando o arrojando una sinfonía).

2) Contratransferencia.

Si bien Freud o algunos seguidores de él han entendido la transferencia como los sentimientos que el analista experimenta respecto al analizado, su interés clínico radica en como operan estos sentimientos en la relación. Para Lacan, más claramente como operan dichos sentimientos en la transferencia, entendiendo a esta como “la relación “ entre analista y analizado.

De esta manera la lectura que hace Lacan es respecto a la función de los afectos del analista, es decir a lo que hace con ellos, a como los pone en juego en la transferencia, a su fracaso respecto al uso adecuado de estos afectos.

“La transferencia es un fenómeno en el cuál el sujeto y psicoanalista estan incluidos por igual. Dividirlo en términos de transferencia y contratransferencia, no es más que un modo de evitar la esencia de la cuestión” (Lacan, seminario 11, pág.231).

Otro aspecto claro de diferenciación que Lacan subraya respecto a la contratransferencia dice relación con el modo como operaría el análisis didáctico

respecto a estos afectos que estarían operando en el analista respecto a su analizado. El análisis clásico supone que existe un “yo” del analista que puede al haber “elaborado” estos aspectos a partir de su propio análisis y por ello puede trascender sus reacciones afectivas para con el paciente. (Modular sus reacciones, contenerlos, o ponerlos al servicio del análisis al incorporarlos como un dato de la realidad del análisis). Lacan manifiesta su desacuerdo respecto a que el análisis didáctico lo que posibilitaría sería no la modulación adaptativa de estos afectos, sino, por el contrario haría al analista en cierta forma más dueño de su propio deseo que en el caso del análisis alude al deseo del analista. Es por la vía de ese deseo que el analista es capaz de no desear de modo que en el análisis concorra algo del orden del deseo del analizado por sobre el propio sin renunciar a la intensidad de la propia pasión.

“En todo caso, cuánto mejor analizado este el analista, más probable es que se enamore francamente o sienta una franca aversión por el o la analizante” (Lacan, Seminario 8, pág. 220).

Respecto a si la contratransferencia iría en la dirección o en su opuesto en la cura, Lacan establece que la contratransferencia siempre irá en dirección de una “resistencia”, que como toda resistencia sería de cuenta del analista. Así plantearía que la contratransferencia sería inicialmente un obstáculo en contraposición a la propuesta de Pula Heimann quién postularía que ella iría en dirección de la cura ya que al percatarse el analista de tales sentimientos podría entender en última instancia

los sentimientos concurrentes en dicho momento en el paciente. Más tarde esto se retoma en la conceptualización de identificación proyectiva.

En el caso N° 3 de Carolina resulta interesante constatar como la presentación de la viñeta por los miembros del Taller omiten una serie de aspectos que obedecen a los sentimientos que la paciente genera en ellos en idéntica dirección de lo que ella presenta: el silencio, lo silenciado. Es decir, el Caso extiende su síntoma a los participantes del Taller que operan al modo de Carolina en una cierta identificación sintomática que podríamos entender contratransferencialmente.

3) Demanda:

La demanda se puede entender como una petición, requerimiento, solicitud o pedida, dirigida a un otro. En el caso del bebé es la demanda que articula este en un grito hacia la madre (o a quién ejerce la función de alimentarlo) que hay que entenderlo más allá del instinto (Instinct), inserto en una estructura lingüística que le antecede. El grito del bebé es hablado antes que este sea capaz de articular la palabra, por un lenguaje que lo habla con prevarialidad.

“El bebé, su grito, esta inserto en un mundo sincrónico de gritos organizados en un sistema simbólico”(Lacan, Seminario 4,pág.188).

Modo de formulación de la demanda que remite a la distinción de los tres registros distinguidos por Lacan, de necesidad, demanda y deseo. Lacan sostiene que el bebé al

ser incapaz de ejecutar las acciones específicas con las cuales cubrir su necesidad, las expresa en forma vocal (grito, llanto), que en la forma de la llamada operan como demanda para que la madre satisfaga esa necesidad (Madre dame de comer). Demanda que al ser satisfecha por otro da cuenta del amor del Otro. Es así como la demanda se constituye en una doble demanda, por un lado busca la satisfacción de una necesidad, por el otro se instala como una demanda de amor. La primera es satisfecha a nivel de la necesidad, pero la segunda el anhelo de amor remite a la imposibilidad de satisfacción porque aquí la demanda es incondicional e infinita. Imposibilidad que persiste como un resto, aún después de haber sido satisfecho el deseo. Resto que da origen al deseo. Es esta doble insatisfacción que se verifica en la demanda por la vía de la necesidad y del amor la que insta el deseo como un resto que persiste e insiste como lugar imposible de satisfacción. La función simbólica de la demanda como prueba de amor, deja a la sombra a la función real de satisfacción a nivel de la necesidad, tanto a nivel de objeto como a nivel de la propia demanda. Es esta doble imposibilidad respecto a la demanda a nivel de necesidad real y de la demanda a nivel simbólico la que queda eclipsada e insuficiente en tanto la satisfacción venga desde una o desde la otra. Cualquiera de las dos vías de satisfacción eclipsa a la otra y deja un resto que inaugura la dimensión del deseo.

4) Deseo:

La referencia al deseo en Lacan alude en todos los casos al deseo inconciente (inconciente que no es lo no conocido sino lo que no puede conocerse). Deseo del cuál a través de la cura, el analizante debiera obtener una cierta verdad a partir de articularlo en su discurso. Acto de habla y de palabras que debería en el análisis dar cuenta de un cierto reconocimiento del deseo del analizante, algo acerca de una cierta verdad en ello.

Verdad que estructuralmente tiene una imposibilidad, por ser verdad de palabra, de develarse en eso de verdad toda.

Acto insuficiente que no obstante al articular en la palabra su deseo, el analizante (en este caso sujeto de habla), lo produce.

“Solamente una vez formulado, nombrado en presencia del otro, ese deseo, sea cual fuere, es reconocido en el pleno sentido del término”(Lacan, Seminario 1, pág.183).

“Que el sujeto llegue a reconocer y nombrar su deseo: ésta es la acción eficaz del análisis. Pero no se trata de reconocer algo que estaría totalmente dado(...)Al nombrarlo, el sujeto crea, engendra, una nueva presencia en el mundo.”(Lacan, Seminario 2, págs. 228-229).

Insuficiencia de expresión del deseo en la palabra a partir de la imposibilidad estructural a la que el lenguaje remite, ya que la palabra en su intento de expresar la verdad de su deseo, articularlo, ... fracasa, deja un resto, se desprende allí un exceso que sobrepasa a la palabra.

Lacan define esta imposibilidad en relación a los tres registros de la necesidad, demanda y deseo, formulaciones que están explicitadas en este glosario como demanda y necesidad, por lo que no las voy a tratar aquí a propósito del deseo. No obstante ilustraré con una cita de Lacan una síntesis de dichas formulaciones.

“El deseo no es el apetito de satisfacción, ni la demanda de amor, sino la diferencia que resulta de sustraer el primero de la segunda”(Lacan, Escritos, pág. 287)

“El deseo comienza a tomar forma en el margen en el cuál la demanda se separa de la necesidad” (Lacan, Escritos, pág.311).

Por otro lado el deseo no es una relación con un objeto sino con una falta, encarnada en el objeto (a) que no es el objeto meta (al que tiende el deseo o las pulsiones parciales) sino el objeto causa del deseo. Objeto (a) que representa a múltiples objetos parciales en diferentes pulsiones también parciales. Un sólo deseo frente a múltiples objetos parciales representados a su vez en múltiples pulsiones parciales. Variedad de objetos en la pulsión, a su vez variable respecto a un solo deseo.

Deseo humano, en ello deseo del Otro.

Deseo del Otro que se puede entender desde distintas aproximaciones pero que fundamentalmente apunta a que si el deseo es fundamentalmente deseo del Otro, es deseo inconciente. Desde esa premisa se puede extender un horizonte comprensivo respecto a: que el deseo del Otro es deseo de reconocimiento (deseo del deseo del Otro) como por ejemplo ser el falo para la madre; deseo desde el punto de vista del otro (objeto deseado por otro, que convierte el deseo del otro en el suyo propio como

en la histeria); deseo del deseo del Otro (como deseo incestuoso hacia la madre que encarna al Otro primordial); deseo de una cosa otra (en esto de la imposibilidad de cumplimiento de la satisfacción del deseo); etc. Todas formulaciones del deseo que se extienden a partir del deseo del Otro en el supuesto básico de que ese deseo Otro sea cual sea el giro de sus presentaciones es siempre, para el psicoanálisis: deseo inconciente.

5) Deseo Del Analista:

Se pueden establecer aquí dos referencias respecto al deseo del analista, aquél que es atribuido al analista por parte del analizante y aquél que el analista pone en juego en esto de la cura.

Respecto al deseo atribuido al analista por parte del analizante lo podemos entender en cierto modo como el reverso de la otra gran atribución que constituye el lugar supuesto al saber dónde lo coloca. Es decir, así como el analista “sabe”, así es como “desea”. Pregunta por el deseo del analista que el analizante instala y que el analista debe devolver como una incógnita, como la función de una incognita. (Resulta interesante aquí recoger el concepto de función de Bion. El lugar de la x nunca saturada que el desarrolla).

“El analista debe asegurarse que su deseo siga siendo una x para el analizado”. (Lacan Sem.11.pág.274).

Función de x que permite abrir la pregunta del analizado al responder el analista desde el lugar del muerto, lugar que permite ocupar la posición del Otro al cuál el analizado le dirige la pregunta. ¿Che vuoi? ¿Qué quieres?. Pregunta que el analista sostiene en lo que esta tiene de apertura y es devuelta al sujeto el cuál responde (en tanto la escucha analítica se verifique) desde su fantasma. Es en definitiva la devolución de la pregunta y el deseo del analista que opera al modo como incógnita lo que mantiene aquello que Freud llamó “motor de la cura”.

Respecto al deseo que anima al analista en tanto responde a la demanda de análisis del analizado, en tanto oferta algo del orden de la escucha a una palabra (Hablar algo que no sea de comida según el Caso N°6 de L.). Como la mayor parte de los conceptos freudianos este deseo de cura se puede definir desde el negativo de su afirmación, ya que el deseo de la cura es más bien el deseo de no curar. Es esto de no engolocinarse con la abertura de una marca en el discurso del paciente, tampoco con la remisión sintomática tan frecuentemente ofrecida por la vía del amor. Ni deseo de “hacer bien”, ni de “curar”, más bien deseo de no curar para así no obliterar el discurso del paciente y permitir la metonimia de su deseo.

El deseo del analista es mas bien el deseo de obtener una diferencia absoluta, nada del orden de las confirmaciones tú a vos que se instalan en el eje imaginario de las identificaciones. Lo contrario entonces de una identificación del deseo del analizante con el analista, el deseo de este último va exactamente en la dirección opuesta. Lo contrario a un Yo “fuerte” que se le facilita al analizante para que por identificación

este se restituya, esto sería precisamente del orden de lo imaginario, de la imagen que no del registro simbólico de la palabra. Del deseo del analizante se trata, ese es el deseo del analista, que comparezca una cierta verdad, singularmente subjetiva del analizante respecto a su propio deseo.

Deseo del analista que en cuánto analista debe dar cuenta de un cierto saber acerca de su propio deseo a partir de su propio análisis. Por ello, el deseo del analista es un asunto de la ética del análisis.

6) El Goce:

Inicialmente Lacan se refiere al Goce en la dialéctica del Amo y del esclavo para signar que el esclavo se ve obligado a trabajar en la dirección de producir objetos para el goce del amo. (El esclavo es gozado de ese modo por el Amo. (Ver Caso N°5 del Cap.II de la presente tesis respecto del Otro materno).

Más adelante Lacan acerca el concepto de goce con el concepto de orgasmo y hace la distinción entre Genuss (goce) y Lust(placer) a los cuales presenta en oposición. El principio del placer lo formula como un dique o un límite al goce, de tal modo, que le impone al sujeto gozar lo menos posible. No obstante el goce insiste y trata de transgredir los límites impuestos por el principio del placer, más allá de este, por sobre los límites del placer a las fronteras del dolor. Es decir el goce remite a un

placer paradójico, el que obtiene de su síntoma, el del sufrimiento que obtiene en su propia satisfacción.

“ Más allá de este límite el placer se convierte en dolor, y este placer “doloroso” es lo que se denomina Goce:

“El goce es sufrimiento”.(Lacan, Seminario 7, pág.184).

La prohibición al goce es inherente al ser hablante el que ingresa al lenguaje (y en ello renuncia inicialmente al goce) a partir del complejo de castración. Renuncia a ser el falo de la madre rechazando de ese modo el goce que esto le produce para recobrarlo en su escala invertida de la ley del deseo posibilitada por el paso dialéctico del “ser” al “tener” el falo.

De esta manera la prohibición desde el Edipo (con el tabú del incesto) en cuanto operación de la castración, es prohibición sobre algo que es estructuralmente imposible, ilusión entonces (por ello neurótica) de que el goce podría ser realmente alcanzado “como si “ no estuviera prohibido. La prohibición imposible crea en si misma el deseo de transgredirla.

“El goce es siempre y fundamentalmente transgresor”.(Lacan,Seminario 7, cap. 5).

Goce transgresor que en tanto pulsión tiende en aquello de “exceso de goce” hacia la pulsión de muerte. El goce dice Lacan es la senda hacia la muerte. De este modo la pulsión que tiende a irrumpir en el principio del placer en demanda de goce tiende

hacia la muerte, por ello, toda pulsión en esto del goce se entiende como pulsión de muerte.

Finalmente Lacan distingue al Goce como “goce fálico”.

“El goce, en la medida en que es sexual, es fálico, lo que significa que no se relaciona con el Otro como tal”. (Lacan, Seminario 20, Cap. 14).

Lacan introduce finalmente en relación al goce y lo femenino el concepto de un goce suplementario que experimentaría la mujer respecto de cuál opera en ella una función de desconocimiento, un goce que está más allá del falo, un goce del otro. Goce inefable respecto al cuál las mujeres lo experimentan pero no pueden saber nada de él.

Dos formas o modos de distinguir el Goce que en la notación del algebra propuesta en su teoría denomina como Goce fálico y Goce del otro. (Ver nudo Borromeo).

7) **Enunciado/Enunciación:**

Estos términos provienen de la lingüística de donde Lacan define muchos de los términos de su teoría. De hecho recurre Lacan a distintas disciplinas de las cuales se sirve para elaborar sus formalizaciones. De la lingüística extrae el concepto de enunciación que denota a un habla en tanto ligada a una formulación de términos abstractos desligados de su contexto que se opone al de enunciado que liga la producción lingüística a su agente, es decir al sujeto que en tanto hablante, es productor de lenguaje en un tiempo y espacio particular.

Lacan desde los inicios de sus teorizaciones establece que el acto de hablar es una producción en si misma más allá del sentido o sin sentido de sus contenidos, que constituye un llamado al otro y por ello supone intrínsecamente a un sujeto hablante que sostiene subjetivamente esa palabra. Es así como Lacan adscribe un lugar a la enunciación como el lugar desde dónde el sujeto habla.

La pregunta que se le impone es acerca de ¿quién habla allí?, que se resuelve a partir del desarrollo de la lectura de Freud en esto de la determinación inconciente. Consecuentemente el sujeto del enunciado es el sujeto del inconciente aunque a veces se sostenga en la ilusión de un yo (je) que en tanto sujeto del enunciado se suponga sujeto de enunciación. El “yo soy el amo de mi discurso” se presenta como una ilusión. (El Yo es ajeno en su propia morada). Lacan sostiene que la palabra no se enuncia en el yo (je) de la conciencia, sino se formula desde el lugar del Otro del inconciente que nos determina. (Para un mejor entendimiento de estas conceptualizaciones se recomienda ver el esquema L).

El yo (je) esta escindido en este doble clivaje, dónde el sujeto del enunciado se supone en el lugar del sujeto de la enunciación, ilusión que remite a aquello que el yo(je) es hablado por el Otro.

8) Falta:

La falta para Lacan, siempre estará relacionada con el deseo, ya que es esta la que a nivel de la demanda se presentifica como un resto irreductible de satisfacción, como

causa del deseo. Inicialmente Lacan se refiere a la falta como a la falta en ser (De Sartre), el deseo es una relación del ser con la falta, ella es en última instancia una falta de ser.

“No es la falta esto o aquello, sino la falta de ser por la cuál el ser existe” (Lacan, Seminario 2, pág.223).

“La falta de ser del sujeto es el núcleo de la experiencia analítica”...” y el campo mismo en el cuál se despliega la pasión del neurótico”.(Lacan, Escritos, pág.251).

La falta en ser remite al registro del deseo y se separa del registro de la demanda que es una falta respecto al tener. Dimensión ontológica, subjetiva del deseo que lo separa del registro de la demanda y lo sitúa en el irreductible del “ser” : ...ser un sujeto deseante o sujeto de deseo.

En relación al objeto Lacan designa o nomina tres tipos de falta según sea el objeto faltante de las cuales la más importante para el análisis la constituye la “castración”. (Ver esquemas de figuras N°13 y N°14).

Astración que respecto de la cadena signficante opera como el (-1), que en relación al Otro opera como (A/) y que a nivel de significante aparece como la falta en el otro (S(A/)).

9) Hiansa:

Este concepto resulta interesante de tomar en ese marco paradójal que Lacan abre respecto a muchas de sus conceptualizaciones en tanto remiten simultáneamente a lo

“uno” y lo “otro”. Doble direccionalidad que opera en los conceptos de velo, en la conjunción-disyunción de la clavija del fantasma, en el concepto de borde, en lo interno y externo que hace del anillo de moebius sólo exterioridad, etc. Si bien más literalmente hiansa se puede traducir como agujero, gran hueco, simultáneamente remite a lo que liga. Es un signo de separación, escisión, un corte abismal que como todo corte signa los perfiles, los contornos de lo separado que aluden a algo indefectiblemente unido. Son las partes de un billete que separados (ausentes de la otra mitad), remiten sin embargo a algo del orden de la re-unión. Hiansa que en el estadio del espejo en vano se ortopediza en el imaginario de una mirada que si bien completa la figura remite a una tensión alienante, a una fisura abismal y constituyente. El sujeto aunque se complete en la imagen del espejo, esta constituido por una división simbólica radical que solo se repone en el eje de lo imaginario al modo de una ortopedia, insuficiente en la imagen de su plenitud.

La hiansa así definida remitirá al concepto de sujeto dividido, sujeto barrado, a la Spaltung de Freud.

10) Imaginario:

Este término alude desde su inicio a la imagen, a lo que esta tiene de ilusoria, en esto que la imagen tiene de fascinación, de seducción que se manifiesta en la relación especular y dual, (entre el yo y la imagen), que se verifica en el eje imaginario graficado en el esquema L.

El registro imaginario es uno de los tres registros que conforman el esquema central de Lacan, matematizado en la figura del nudo borromeano, dónde se anuda junto al registro de lo real y el simbólico. (Ver figura N°15).

El registro imaginario adquiere importancia central respecto a la formación del Yo en el estadio del espejo, ya que este se constituye (el yo), por identificación con el semejante o la imagen que se le devuelve de modo especular, como reflejo de si misma, en una relación de lugares de intercambio.

Relación constituyente de identificación del yo (je) con el pequeño otro(a), en el eje del imaginario, son ambos sedes de una alienación radical.

“ la alienación es constitutiva del orden imaginario”.(Lacan, Seminario 3, pág.146).

Las principales alienaciones del imaginario la constituyen las ilusiones de totalidad, síntesis (que no análisis), autonomía, dualidad y semejanza.

Imaginario que de cualquier modo esta estructurado por lo simbólico que se expresa en su dimensión lingüística a través del significado y la significación (modos unívocos , totales y saturados de representación) frente a la dimensión significante del simbólico. De este modo se puede entender el imaginario como el “muro del lenguaje” que invierte y distorsiona el discurso del Otro.

Respecto al tema de la anorexia resulta interesante consignar como el imaginario ejerce un poder cautivante y casi hipnótico sobre el sujeto, producido por la imagen especular. Especularidad que ejerce la magia de su seducción sobre el propio cuerpo

fijado en una imagen fascinante y discapacitante simultáneamente ya que atrapa al sujeto en un goce estático.

Para Lacan consecuentemente el registro de lo imaginario iba en orden inverso al del análisis, acusación y diferencia que establece con el psicoanálisis tradicional señalando que esto constituía un reduccionismo estéril que abortaba todo posible deslizamiento simbólico. Por la vía de las identificaciones sólo se favorecen las fijaciones discapacitantes de lo imaginario. La esencia del psicoanálisis está constituido por lo simbólico, vía por la cuál se puede desalinear al sujeto de la fijación imaginaria. El analista puede apoyarse en la cuerda de lo imaginario (que puede servir de entrada) transformando las imágenes en palabras, es decir favoreciendo el paso de la imagen al verbo. (Ver casos presentados en la presente tesis en Cap.II A.).

“Lo imaginario es sólo descifrable si se lo traduce a símbolos”.

“Este uso de lo simbólico es el único modo que tiene el proceso analítico de “atravesar el plano de la identificación”. (Lacan, Seminario 11,pág.273).

11) Ley:

El concepto de ley de Lacan deriva del estructuralismo antropológico de Lévi-Strauss y es entendida como los principios o el fundamento que subyace en toda relación social. Es el Universal que subyace en toda relación humana, que en tanto tal, es relación hablante, intercambio de lenguas, Actos de lenguaje. Desde ese lugar

la ley es entonces un asunto de lenguaje, es ley de significantes, es la ley del significante por ello ley de corte, de hiansa, de barra, ley que remite a la ley del padre que opera por la vía de la castración.

Ley de prohibición y de castración que es la ley de lo simbólico. Instauro subjetivamente el tabú del incesto en lo sexual (como imposibilidad de cumplimiento de deseo de la madre) y la imposibilidad inherente al orden simbólico inaugurado por el lenguaje en todo sujeto hablado por la lengua de la cultura.

Ley que se despliega en sus operaciones en el complejo de Edipo respecto al cuál se pueden leer distintos momentos:

- (1) Un primer momento en que la función paterna opera por la prohibición.
- (2) Un segundo momento en que aparece excluido de la Ley ya que él es la Ley. (Omnipotencia del padre en el Mito de la Orda Primitiva).
- (3) Un tercer momento en que el padre es incluido en la ley ya no como una prohibición o una imposición imperativa, sino más bien como un pacto.

Ley que de cualquier modo opera como un dique al goce, que por el principio del placer opone al goce inicialmente el dolor y más allá la muerte. Por ello regula el goce y establece como mandato el “gozar lo menos posible”. Ley que al operar como restricción o imposibilidad inaugura el deseo que se presenta como el anverso, como lugar de transgresión a la prohibición y establece respecto de ella un segundo tiempo lógico. El deseo es extemporáneo a la prohibición, surge respecto a la imposibilidad,

como consecuencia de lo que la ley separa, consecuencia de la escisión, del corte que la ley inaugura.

“El deseo es esencialmente deseo de transgredir, y para que haya transgresión es primero necesario que haya prohibición”. (Lacan, Seminario 7, pags.83-84).

“Lo que vemos aquí es el vínculo estrecho entre el deseo y la ley”. (Lacan, Seminario 7, pág.177).

12) **Necesidad:**

Lacan distingue al igual que Freud el concepto de instinto (Instinct) y pulsión (Triebe), adscribiendo la necesidad al nivel del instinto. Lacan distingue el nivel de la necesidad del de la demanda, ya que esta última debe ser articulada en el lenguaje aunque sea por anticipación. El bebé expresa sus necesidades a nivel de la demanda, esto es a través de la articulación en el lenguaje, y en ello la demanda ya no será sólo una apelación a la satisfacción de una necesidad sino será simultáneamente una demanda de amor (incondicional).

El otro de la demanda podrá satisfacer la demanda a nivel de la necesidad pero a nivel del amor no podrá dar lo que no puede dar ya que él otro como sujeto se encuentra a su vez también dividido. Lo anterior genera una tensión entre demanda y necesidad que origina un resto insaciable, el deseo en sí. El deseo es así un imposible a ser satisfecho, una fuerza constante que subtiende en la pulsión.

La palabra simultáneamente quiere marcar que la necesidad no puede existir en un tiempo lógico anterior a la demanda, no existe una cronología temporal que haga de la necesidad un antecedente de la demanda, no al menos en el tiempo subjetivo y sólo podría entenderse en un tiempo mítico. La necesidad como existencia pre-lenguística respecto a un tiempo subjetivo sería de este modo imposible.

13) **Objeto (a):**

Corresponde a un concepto claramente novedoso introducido en la teoría psicoanalítica por Lacan al punto que este insistió en que sólo fuese significado por una letra “sin traducción”, de modo que operara en un puro estatuto algebraico. Representa al pequeño otro en oposición al gran Otro (Ver esquema L, 14).

“El otro que no es otro en absoluto, puesto que está esencialmente unido con el yo, en una relación siempre refleja, de intercambio”. (Lacan, Seminario 2, Pág. 321).

Al hacer las formulaciones acerca del matema del fantasma, (S/ y/o a), (a) comienza a ser concebido como objeto del deseo (objeto causa del deseo). Un objeto parcial imaginado como separado del resto del cuerpo. Establece de este modo una diferencia entre el objeto (a) como objeto del deseo y (a) como imagen especular del eje imaginario (a'), la que pasa a simbolizar como i(a) (imagen de a).

A partir del “Banquete” de Platón toma el concepto de ágalma que representa a un objeto oculto, encriptado en una caja aparentemente sin valor y lo relaciona con (a) diciendo que este es el objeto del deseo que buscamos en el otro. Es aquí dónde (a)

adquiere el estatuto de objeto que nunca puede alcanzarse, (irremediablemente pedido) que opera como “causa del deseo”, no en tanto objeto hacia el cuál el deseo tiende, sino más bien ”objeto-causa” del deseo.

Posición de objeto (a) que el analista debe encarnar en la clínica, más bien en su semblante de modo de constituir causa de deseo del analizante. ((a) es semblante de ser).

Por otro lado (a) en la dialéctica de los “cuatro discursos” y más claramente respecto al significante Amo (S1) que intenta encarnar al sujeto para todos los demás significantes, (a) pasa a constituir el excedente, el resto que remite a lo que se ha de llamar “plus de goce”, que “no tiene valor de uso” pero persiste por la pura justificación del goce.

Finalmente resulta importante destacar el lugar que Lacan le adscribe al objeto (a) en la estructura del nudo Borromeo, dónde lo sitúa al centro del nudo, en el lugar de la intersección de los tres ordenes, (Real, Simbólico, Imaginario).

14) Otro/otro:

Freud hace una primera referencia al otro como otra persona(Der Andere) y al Otro como otredad (Das Andere) sin que esta distinción haya adquirido el estatuto que Lacan le adscribe en su teoría dónde significa al otro “como el pequeño otro” y al Otro “como el gran Otro”. Distinción que tiene profundas implicancias técnicas ya

que le permite al analista diferenciar entre estos dos lugares de modo que le permita ocupar o ponerse en el lugar del Otro del inconciente que ya no del otro especular.

El otro o “pequeño otro” representa ambos lugares en el eje imaginario del esquema L., el lugar del yo(je) y el lugar del otro, ambos lugares que son especulares, reflejos e intercambiables. Ambos lugares que pertenecen al registro de lo imaginario definido por Lacan, de modo que son simultáneamente el semejante y la imagen especular.

El gran Otro designa la otredad, la alteridad radical que trasciende y corta el eje de lo imaginario ya que no opera por la vertiente de la identificación. (Ver esquema L.).

Esta radicalidad es la radicalidad que impone la estructura del lenguaje y que hace del Otro el lugar de lo simbólico, en tanto radical y singular respecto a todo sujeto.

El Otro encarna el lugar de lo simbólico, es decir lugar dónde está constituida la palabra. Lugar de lo simbólico que puede ser ocupada por el otro, en tanto posición que encarna al Otro para otro sujeto. (Situación del analista que encarna ese lugar Otro para el analizante).

“El Otro debe en primer lugar ser considerado un lugar, lugar en el cuál está constituida la palabra”. (Lacan, Seminario 3, pág.274).

El lugar que Lacan le confiere al otro como lugar de la palabra es estructuralmente el lugar del Inconciente, de modo que se puede decir que el inconciente es el discurso del Otro y que El Otro es el Otro del inconciente.

Conceptualizaciones del otro y el Otro que operan en la teoría y en la clínica desde la problemática del complejo de Edipo y su operador, la castración.

Así la madre constituye para el bebé el primer lugar del Otro, lugar que ella viene a ocupar, (lugar que la madre debe estar dispuesta a abandonar de manera opuesta de lo que ocurre en el Caso N°5 de la presente tesis) tomando la demanda articulada en un grito de lenguaje por parte del niño. La castración empieza su operación cuando el niño descubre la falta en este Otro materno (se presenta con falta a diferencia de la madre del Caso N° 5 de la presente tesis), descubre que la madre no es completa, que el Otro es otro en falta. De esta manera se inscribe el lugar del Otro en la mente de un niño como una falta primordial, es decir que allí en el lugar del “tesoro de los significantes” (lugar del Otro), siempre falta un significante, que no existe el significante del Otro que lo complete salvo como lugar irremediabilmente perdido, lugar mítico. De allí que la notación (A) no existe y sólo opera (A/) que toma el lugar del Otro barrado.

Lugares del otro y del Otro que remiten a distintos ejes, ordenes o registros y que de acuerdo a como estos sean ocupados se verificaran en el psicoanálisis relaciones de distinto tipo, ya sea que favorezcan o actúen como resistencias al Acto analítico.

15) **Pulsión:**

Freud distingue la sexualidad humana como una función extrínseca a al de la reproducción la cual estaría regulada por el instinto a diferencia de la sexualidad que

estaría regida por las pulsiones dónde se produce una gran variabilidad respecto al objeto de su meta. Variabilidad que va a estar ligada a la historia subjetiva de cada persona en particular. Del mismo modo va a ligar la pulsión (Trieb) al ámbito del lenguaje y el instinto (Instinct) al reino de la biología o lo pre-lingüístico.

“Mientras que instinto designa una mítica necesidad pre-lingüística, la pulsión esta completamente sustraída del reino de la biología”. (Lacan, Seminario 11, pág.168).

Las pulsiones tendrán esa variabilidad respecto al objeto que hacen que giren perpetuamente en torno a él sin poder obtener nunca la satisfacción de una meta o destino final. La meta de la pulsión (Triebziel) es su propio recorrido. (Ver trabajo de este alumno acerca de “El artista del Hambre” en Magister U.D.P.). La meta de la pulsión no es así una meta mítica sino más bien el re-lanzamiento de la propia circularidad de su recorrido.

La pulsión por otro lado contempla cuatro elementos discontinuos: el empuje (su pulsar), el fin, el objeto y la fuente. Elementos que Lacan situa en la matriz del circuito pulsional que contempla las instancias de la zona erógena (su lugar de origen), el objeto (respecto al cuál gira), y el retorno o la zona erógena a la cuál regresa. Circuito pulsional ligado a la estructura de una gramática de la lengua, a los tiempos de su verbalidad:

(1) la voz activa (ver).

(2) la voz reflexiva(verse)

(3) la voz pasiva (ser visto).

(1) y (2) serían autoeróticos y sólo en (3) adviene un sujeto (el sujeto de ser visto se hace ver).

Distinción de suma relevancia para aquello de la anorexia en relación a todo el discurso que la presente tesis pone en juego a partir de la lectura acerca del cuerpo que realiza a través de la exégesis del Cap.I

Lacan distingue las pulsiones como parciales en tanto representan sólo parcialmente la sexualidad, ya que no representan su aspecto reproductivo sino sólo su dimensión del goce. Pulsiones parciales que Lacan las identifica de cuatro modos según aludan a una zona erógena de origen, a un objeto parcial (respecto al cuál giran) y a la acción a la cuál remiten. Distingue las pulsiones oral, anal escópica e invocante dónde las dos primeras dirán relación con la demanda y las dos últimas con el deseo. (Ver figura N°16).

Finalmente para Lacan todas las pulsiones son pulsiones sexuales, y toda pulsión es una pulsión de muerte, puesto que toda pulsión es excesiva, repetitiva, y en última instancia destructiva.

16) **Real:**

Lo real es uno de los tres ordenes junto al simbólico y el imaginario con los cuales se pueden describir todos los fenómenos psicoanalíticos (Ver matema del nudo Borromeo, figura N°15). Lo real se define así en relación a los otros dos términos

como lo opuesto a lo imaginario y lo que se sitúa más allá de lo simbólico. A diferencia de lo simbólico (y por ello se sitúa más allá), lo real no está sujeto a las presencias o las ausencias de lo simbólico, está precisamente más allá (o más acá) de toda categoría temporal.

“No hay ausencia en lo real”(Lacan, Seminario 2, pág. 313).

Sin ausencia o dialéctica entre presencia y ausencia, es imposible presentificar la posibilidad de que algo falte, por eso no sólo no hay ausencia en lo real sino tampoco hay posibilidad a la falta.

“Esta siempre en su lugar: lo lleva pegado a sus talones, ignorante de lo que podría exiliarlo de allí”(Lacan, Escritos, pág.25).

Lo simbólico representa un corte en lo real que se define como lo no fisurado, lo no diferenciado, de modo que lo real aparece como lo que queda fuera del lenguaje, lo no simbolizable.

Cuando Lacan refiere que lo real “es lo imposible”, alude a que es imposible de ser simbolizado, imposible de imaginar (en ausencia de símbolos) e imposible de ser encontrado (imposible de hallazgo). Imposibilidad, resistencia a la simbolización que remite a su cualidad esencialmente traumática.

Lo real es el objeto de la angustia por excelencia, angustia que se impone por sobre la palabra, real que remite a la *tyché* que se impone por sobre el automatón.

Real que como imposibilidad de ocurrencia en lo simbólico recurre como alucinación al modo de las producciones psicóticas. Real que oscila entre lo interno(

los sueños traumáticos, las alucinaciones) y lo externo (lo que subsiste “per se”), entre la ambigüedad de la Wirklichkeit (alude en cierto modo a lo real en aquello de verdadero) y la Realität (alude a la realidad). Oscilación o ambigüedad del nombre que dan cuenta de su esencia que se resiste a toda simbolización. Imposibilidad de nombre que no omisión (que remitiría a la ausencia).

Lo real se desperfila como un x incognoscible, como la cosa en sí definida por Kant, como la mueca de la realidad al decir de Lacan, es decir del lado de lo incognoscible frente a la realidad que remite a las representaciones imaginarias y simbólicas. Lo real entonces como lo irrepresentable, algo que desde el psicoanálisis clásico se puede entender como lo más cercano a la cosa. Tal vez más allá de la cosa: “ lo real es lo imposible”. (Lacan, Seminario 11, pág. 66).

17) **Repetición:**

Wiederholungszwang teorizada por Freud en “Más allá del principio del placer” y que anuda la repetición con la pulsión de muerte. Como toda teorización de Freud esta proviene de un hallazgo clínico de observar como los sujetos repetían conductas que les eran angustiosas de modo reiterado. Lo que Freud establece allí es que el sujeto ha perdido el origen de la pulsión, origen que el análisis puede restituir a partir de la memoria y no el olvido, rompiendo de este modo la repetición que en su dolor va más allá del principio del placer.

Lacan usa más claramente el término insistencia que el de repetición aludiendo más claramente a mi juicio a la pulsión y a esta en términos de significante. Lo que insiste entonces es el significante, la cadena de significantes que se hace oír con insistencia en la reiteración. Insistencia de la letra que insiste allí dónde el sujeto en vano se resiste. Dialéctica de insistencias y resistencias que esta representada en el esquema L de tal modo que las resistencias son del orden del eje de lo imaginario (a prima, a) y la insistencia del orden del eje de la determinación inconciente (S. A.).

“La repetición es fundamentalmente la insistencia de la palabra”. (Lacan, Seminario 3, pág.242). Finalmente la repetición en el contexto del goce, se puede entender como la insistencia por un goce excesivo que transgrede los límites del placer y ratifica en ello la pulsión de muerte. Goce que en la repetición avita el deslizamiento del deseo y lleva en su dolor a un goce infinito, que en tanto no circula, nos acerca hacia la muerte.

Como todo hallazgo clínico, la repetición se verifica en la transferencia dónde el analizado insiste en repetir un mismo discurso en la relación que establece con el lugar que ocupa el analista (relación al Otro), no siendo este el único y particular lugar dónde se verifica ya que como insistencia significante no es sino la manifestación inconciente en el acto de habla de todo sujeto. Si bien el discurso del sujeto se escucha y se despliega de particular modo en la transferencia, no es este un lugar de identidad entre la transferencia y la repetición.

18) Significado:

Lacan subvertiendo las formulaciones del lingüista Ferdinand de Saussure, dice que entre significante y significado no se establece una relación de identidad, (para Saussure el significante es la imagen acústica de un significado) sino, por el contrario afirma la supremacía del significante y sostiene que el significado es un mero efecto del juego de los significantes, un efecto de significación producido por la operación de la metáfora. De este modo el significado es una producción significante, que en tanto producción responde a una prioridad lógica y no cronológica del elemento material del lenguaje. Este último no existiría como conceptos preverbales antes de ser expresado en la producción material, que se produce en el acto de su propia producción. Por ello el lenguaje desde este punto de vista sería entendido como una producción en Acto.

Lenguaje entendido así como un Acto de habla.

19) Significante:

Para Lacan el lenguaje no es un sistema de signos sino un sistema de significantes donde el significado es una producción significante. No obstante, el significante para Lacan es un elemento material sin sentido que forma parte de un sistema diferencial cerrado. Este significante sin significado es llamado por Lacan “significante puro”.

“Todo significante real, como tal, es un significante que no significa nada. Cuánto más el significante no significa nada, más indestructible es”. (Lacan, Seminario 3, pág 185).

Además Lacan dice que los significantes son unidades básicas de lenguaje sometidos, por un lado, a la condición de elementos diferenciales últimos (que aluden a la mera diferencia en el lenguaje y no a términos positivos o negativos. Operan por pura diferencia), y por otro lado, se combinan según leyes de un orden cerrado, (se combinan en cadenas según las leyes de la metonimia o condensación).

El significante queda así definido en íntima relación a la idea de estructura, cuyo campo en dicha estructura es el lugar del Otro, denominado por Lacan como el lugar de la batería de los significantes.

“La noción de estructura y la de significante parecen inseparables “(Lacan, Seminario 3, pág. 184).

Lacan define significante como lo que representa a un sujeto para otro significante en oposición al signo que representa algo para alguien. Así un significante amo (S_1), representa al sujeto para todos los otros significantes (S_2, \dots), pero ninguno puede significar al sujeto mismo. La condición que caracteriza al significante es que este opera por pura diferencia con los otros elementos de un sistema. Es precisamente su naturaleza diferencial lo que impide que pueda tener una relación unívoca con el significado, su sentido varía según varía su posición en la estructura.

Si bien el significante se tiende a homologarlo con la palabra, esto no es necesariamente así, ya que también pueden tener el estatuto de significantes fonemas o morfemas más pequeños, oraciones o frases completas como también pueden hacerlo entes no-lingüísticos por ejemplo objetos, relaciones y actos sintomáticos.

20) **Simbólico:**

Es uno de los tres términos centrales en las teorizaciones de Lacan junto al real y el imaginario.

De estas ordenes Lacan señala que es el simbólico el orden fundamental del cuál se ocupan los analistas ya que el análisis es al fin y al cabo un asunto de lenguaje o de palabra.

“Los psicoanalistas son fundamentalmente “profesionales” de la función simbólica”.
(Lacan, Escritos, pág.72).

Lo simbólico alude desde su vertiente antropológica a las relaciones de intercambio, de circuito de intercambio (de presentes, ofrendas, etc.), las cuales se traducen principalmente en formas de comunicación.

Lacan formula lo simbólico como lo esencial de una dimensión lingüística y por ello dará cuenta de una ley y de una estructura inherentes al lenguaje. De modo que todo el psicoanálisis fundado esencialmente en la estructura lingüística será necesariamente del orden simbólico. Lo anterior no significa que el lenguaje no

involucre las dimensiones de lo imaginario (significado) y lo real (lo no simbolizable).

Así como en lo imaginario priman las relaciones diádicas, en lo simbólico se imponen las estructuras triádicas ya que en toda relación intersubjetiva se impone la mediación del Otro del inconciente como tercería constituyente. Por ello el orden simbólico es también el reino de la falta, de la ausencia y de la muerte que insiste en la repetición en ir más allá del principio del placer.

“La pulsión de muerte es sólo la máscara del orden simbólico”. (Lacan, Seminario 2, pág.326).

En el simbólico no se puede encontrar un tiempo lógico que lo preceda (no responde a lo evolutivo ni a los ordenes graduales del desarrollo) ya que este aparece como una función heterogénea respecto de la cuál es imposible referirse sino desde si misma. Al fin y al cabo el orden simbólico es el determinante de la subjetividad y el orden imaginario lo es de imágenes y apariencias que sólo aparecen como efecto de lo simbólico.

“Una vez que ha aparecido el orden de lo simbólico, crea el sentido de que siempre ha estado allí, puesto que “encontramos absolutamente imposible especular sobre lo que lo precedió si no es mediante símbolos”. (Lacan, Seminario 2, pág.5).

Finalmente para Lacan resulta de vital importancia, a partir de la articulación de sus conceptos de metáfora y metonimia como operaciones inconcientes y de la cadena

de significantes del discurso, el concepto de deslizamiento simbólico que se caracteriza por la ausencia de cualquier relación fija entre significante y significado.

21) Síntoma:

Este concepto necesita una aclaración previa respecto de aquello que representa para la medicina y en esto que representa para el psicoanálisis. Para la medicina va a representar un índice que remite a una cierta categoría diagnóstica, lo que se deja leer en los distintos índices descriptivos que existen para el efecto, una de cuyos ejemplos está representado por los DSM en sus distintas versiones. Para el psicoanálisis en cambio el síntoma opera por la vía del significante, (o algo del orden del significante) ya que alude a un acto de habla singular de un sujeto. Síntoma hablado y en ello del orden del significante que elude toda lectura “bis a bis” o de relación causa-efecto. Por lo anterior los síntomas no dan cuenta necesariamente de la estructura de un sujeto aunque muchas veces aludan o remitan a determinada estructura según la particular relación que establezcan respecto al Goce, al Otro, a la Falta y a la Castración.

Por ello (y en tanto significante) el síntoma en general alude más bien a una estructura neurótica ya que en el caso de las psicosis Lacan habla de fenómenos (ocurrentes más del lado de lo real) y en las perversiones más bien de Actos perversos. Pero ocurre lo mismo que lo señalado respecto a las estructuras ya que se pueden presentar síntomas de todo tipo en distintas estructuras. Es esta dimensión

del síntoma la que nos permite hacer una lectura respecto al cuerpo (síntoma en el cuerpo) que apela a tan amplia diversidad de significantes en la primera parte de esta Tesis.

Otra diferencia crucial con respecto a la medicina radica en que para esta el síntoma opera como signo en la superficie y remite a una causalidad oculta en cierta profundidad. Para el psicoanálisis tanto el síntoma como la estructura se encuentran en la superficie por lo que eluden esta relación dual y espacial de la medicina, para situarlo más bien como síntoma en una superficie.

De allí que el análisis no busca un alivio sintomático sino más bien un atravesamiento del fantasma que alude a su propia estructura. Es en esa coyuntura dónde se juega el análisis, en la puesta en juego de un síntoma subjetivo pero a nivel de la estructura dónde el sujeto ha de saber algo acerca de su síntoma y del fantasma que su estructura le ha posibilitado articular para habérselas con ese síntoma.

“El síntoma se resuelve enteramente en un análisis de lenguaje, porque el síntoma esta estructurado en si mismo como lenguaje”. (Lacan, Escritos, pág.59).

Por ello el diagnóstico en Lacan remite a estatuir la estructura del sujeto la que no se resuelve a partir de la lectura de su síntoma, sino más bien a través de la escucha del despliegue del discurso del analizado, lugar de la escucha dónde se le devuelve la pregunta fundamental que anima su discurso.

Finalmente los desarrollos teóricos de Lacan remiten a diferentes lecturas respecto del síntoma: Al significado o la significación en tanto se presenta “como una

verdad” que toma por ejemplo forma en el cuerpo, que se encarna en el cuerpo de las conversiones en la histeria, etc. y al mismo tiempo como una metáfora en esto de aludir a una “otra cosa” que la encarnada. (Modos de leer el síntoma que se despliegan en la presentación de los casos clínicos de la presente Tesis). A partir del Grafo del deseo y la función de desconocimiento que tiene el sujeto respecto a su síntoma, en esto presentificarlo como un mensaje opaco que viene de lo real y negarle toda implicancia subjetiva. Finalmente desde la lectura del Goce, como efecto de goce imposible de ser interpretado en aquello que tiene de goce para el sujeto que lo padece. (Más o menos perverso según sea el desplazamiento que se enclave o deslice según se puede leer en la presentación del Caso Fao en el Cap. III de la presente Tesis).

22) Sublimación:

Para Freud, la sublimación constituye la vía por la cuál es canalizado el excedente de libido en actividades, por un lado no sexuales, socialmente aceptadas y positivamente sancionadas y que impliquen un proceso de producción creativa, es decir a la base esta el supuesto de una cierta teleología por parte del sujeto. La sublimación constituye así una alternativa para la descarga de un exceso de energía sexual que de otro modo sería descargado como conductas sexuales perversas y en ello agresivas o sadomasoquistas, o en constelaciones neuróticas sintomáticas.

Lo anterior hace suponer que una sublimación toda podría poner coto a todo síntoma o conducta perversa como lo podría representar las vías de santidad tan frecuentemente exhibidas en esa dirección. No obstante, podemos constatar (Ver Cap.IA de la presente Tesis: el cuerpo como santidad) en la clínica como muchos casos de sublimación presentados como tales, a la base muestran una relación al goce del orden de la perversión. (Ver trabajo del Alumno Autor de esta Tesis denominado “Santa Catalina de Siena: Santa Perversión, elaborado con ocasión del Magister en Psicoanálisis de la UDP.).

Lacan adscribe al concepto de Freud acerca de la sublimación respecto a la socialización de la pulsión.

“Puede decirse que las pulsiones han sido sublimadas en la medida en que se las ha desviado hacia objetos socialmente valorados”. (Lacan, Seminario 7, pág.107).

Respecto a la creatividad resulta interesante el giro que plantea Lacan al asociar, la creatividad como actividad sublimatoria con la pulsión de muerte, en esto de iniciar desde cero, desde un lugar retrotraído que alude a lo originario y en ello a lo “original” de la creación. Pero es precisamente este concepto de “fascinación” que adviene al objeto elevado en su dignidad al estatuto de una cosa, lo que establece una relación al Goce que alude a la destrucción y a la muerte.

Sublimación toda que no es posible para Lacan sin que ella pase por la muerte que implica un goce inconmensurable o perverso, entendiendo en esto último que la conducta referida por Freud a propósito de la sublimación, para Lacan no es la

elicitación de una conducta de descarga, sino por el contrario alude a una relación estructural con las pulsiones que en si mismas son de antes lingüísticas y no biológicas.

Relación estructural que alcanza a la relación de objeto, de modo que para Lacan, a diferencia de Freud, no se trata de reorientar la pulsión sexual hacia un objeto no sexual (cambio de objeto), sino que lo que cambia es la significación de ese objeto en la estructura del fantasma del sujeto. La cualidad sublime no deriva entonces de las condiciones intrínsecas del objeto mismo, sino más bien a la posición del objeto en la estructura simbólica del fantasma.

Diferencias de formulación o de lecturas de la sublimación, que permiten desde Lacan, múltiples aproximaciones abiertas en la presente Tesis a partir de los distintos modos de significación del cuerpo. (Ver Cap.I, A y B).

23) Transferencia:

Transferencia en su modo más genérico se refiere a la relación del analizante con el analista en la medida que se desarrolla el análisis.

Inicialmente se consideró a la transferencia como una resistencia que se oponía o iba en contra de la dirección de la cura, un obstáculo para la cura ya que actuaba del lado del olvido y no de la memoria.

Con posterioridad (al igual que lo que ocurre con la contratransferencia) se le concibe como un factor que podía colaborar activa y positivamente en la cura. De

este modo establece una relación paradójica, por un lado se opone y por otro lado favorece la cura o el proceso analítico.

Lacan propone un primer giro que tiene que ver con la concepción afectiva de la transferencia indicando que lo verdaderamente importante en la transferencia va del orden de la relación, de la función que ella produce y de la validez que tiene en cuanto a la dialéctica de su ocurrencia. Es decir que aunque en la transferencia se desarrollen afectos del orden del amor o del odio, ella cobra validez no en tanto las emociones que se manifiestan sino en tanto relación de una estructura intersubjetiva.

La transferencia entonces queda definida como una relación estructural cuya esencia se sitúa en la dimensión de lo simbólico y no en el registro imaginario de un intercambio de intensidades afectivas.

“La transferencia no se refiere a ninguna propiedad o afecto misteriosos, e incluso cuando se revela bajo la apariencia de la emoción, sólo adquiere sentido en virtud del momento dialéctico en el cuál se produce”. (Lacan, Escritos, 225).

Definición estructural que sitúa a la transferencia en el registro de lo simbólico y no de lo imaginario, posición estructural que sitúa a las resistencias por la cuerda del imaginario y a la repetición por la cuerda del simbólico, de tal modo, que esta última contribuye al progreso del análisis al poner en discurso los significantes de la historia del sujeto más allá de las emociones (amor y odio) del efecto imaginario de sus afectos.

Es decir, la transferencia opera en dirección de la cura en tanto efecto simbólico, efecto de discurso, relación de palabras entre el analizado y su analista (este encarnando el lugar del Otro).

La relación analítica la asemeja Lacan con una escena de “El banquete” de Platón, dónde Alcibiades compara a Sócrates con una caja sin adornos que encierra un objeto precioso (ágalma). Del mismo modo como Alcibiades le atribuye a Sócrates un tesoro oculto, el analizado vé en el analista su objeto de deseo.

Deseo de amor pero al saber, al decir de Lacan. De allí que el analista encarne ese lugar “supuesto al saber”.

De ese modo, Lacan articula el concepto de transferencia en relación al concepto de “ sujeto supuesto saber”, dónde la transferencia consiste en suponerle al Otro un supuesto saber. Un lugar al Otro de un supuesto saber. Lugar que el analista ocupa sabiéndole que no le pertenece, lo ocupa como ”lugar del muerto”. Lugar que se ocupa desde una ajenidad, lugar “prestado” al analista que impide que este haga de ese lugar, dónde es puesto, un sitio de poder.

“La incapacidad (del analista) de sostener una praxis de un modo auténtico resulta, como suele suceder con la humanidad, en ejercicio de poder”.(Lacan, Escritos, pág.226).

Lacan señala que lo que interesa en la interpretación de la transferencia, no es otorgar a esta un sentido que la disuelva, sino por el contrario sostenerla en el análisis de modo que esta se imponga como una pregunta abierta al analizado.

“¿Qué significa interpretar la transferencia? No otra cosa que llenar el vacío de este atolladero con un señuelo. Pero si bien este señuelo puede ser engañoso, este señuelo cumple un propósito al volver a poner en marcha todo el proceso” (Lacan, Escritos pág.225).

Es interesante entender la interpretación de la transferencia como la instalación de una pregunta ya que no existe un meta-lenguaje de la transferencia que pudiera otorgar un sentido a la interpretación, ya que finalmente todo ocurre dentro de ella.

En general se puede observar que Lacan como en casi todos los conceptos freudianos, adscribe a ciertos aspectos de ellos pero estableciendo siempre un giro, tanto en su lectura como en sus desarrollos, de modo tal que difiere radicalmente de otras concepciones psicoanalíticas clásicas como por ejemplo del concepto imaginario de transferencia apoyado en la idea de adaptación a la realidad. (Existe un analista que está informado correctamente de la “realidad” y por ello puede hacer interpretaciones ciertas del contenido de la transferencia que le permiten al analizado corregir la discrepancia que produce el efecto de la irrealidad de las conductas por él reproducidas).

24) Tyché y Automatón:

Este concepto está definido por Lacan a partir del distinguo que hace Aristóteles respecto al azar o más bien lo azaroso. Aristóteles define en el segundo libro de la Física el papel del azar (la fortuna para Maquiavelo) en la causalidad de los fenómenos, distinguiendo entre la tyché y el automatón. Al automatón le adscribe la causalidad de lo que ocurre en el mundo en general (los ocurrentes “per se”), la tyché la define en cuanto afecta a agentes cuyos actos tienen consecuencias morales. Lacan define estos términos en relación a los conceptos de simbólico y real, adscribiendo el automatón como la red de significantes y por ello adscribiéndolo al orden de lo simbólico. De este modo el automatón no sería propiamente azaroso ya que sería la trama de sustento a los significantes en la trama del lenguaje del sujeto, el cuál se encuentra inserto y determinado por una lengua que lo habla. (Sujeto hablado en el lenguaje). Lo que sería entonces azaroso o arbitrario sería la tyché representada por lo que queda fuera de simbolización, aquello que está más allá de lo simbolizable, más allá del automatón.

“Lo real está más allá del automatón”(Seminarios 11 y 9). La tyché en el núcleo de lo real (simplificando esta proposición dual se podría hablar desde las tópicas Freudianas de aquello que refiere al orden de la palabra o aquello que refiere al orden de la cosa).

La tyché es lo real, el irreductible de lo real que irrumpe en lo simbólico. Es lo imposible de simbolizar que se impone en el orden de lo real. Lacan define lo real como lo no simbolizable.

En la clínica puede representar la amputación de un brazo que irrumpe con el “peso” de su realidad, que lo sustrae al orden de lo simbólico y lo deja en el orden de lo imposible de ser significado. En general remite a los eventos traumáticos, al dato del evento que irrumpe en lo real de su ocurrencia, que se impone por si mismo más allá de toda significación. Es el caso de un cáncer que irrumpe con el “cuerpo” de la realidad del tumor al modo como el cuerpo de las bulímicas y anorécticas en algunas circunstancias aluden a ese real no simbolizable. En uno de los casos aquí comentados puede operar en los padres sordos de Verónica (Caso N° 5), los cuales, (análisis mediante), pueden tomar cuerpo a medias en la simbolización, que permiten pasar de la sordera de los padres a la demanda de escucha por los padres.

FIGURA N°1

FIGURA N°2

FIGURA N°3

FIGURA N°4

FIGURA N°5

CAPITULO III

DOS CASOS DE ANOREXIA

1) Primer Caso: Gabriela.

Gabriela es una paciente de 46 años que consulta aquejada por una ansiedad difusa que la hace comer en forma compulsiva. Por ende, ha aumentado de peso lo que es perjudicial para su diabetes.

En la entrevista preliminar lo que aparece es un historial de enfermedades de larga data que la hacen deambular por el hospital, por distintos médicos y tratamientos.

La queja de la ingesta queda de este modo reducida en un cúmulo de síntomas físicos que opacan su relevancia (porque de hecho no la tiene) y vuelve a cobrar “peso” en la última de las sesiones después de tres meses de tratamiento. Retorna el problema pero ahora significado en lo “sexual”, entramado en una historia de demandas encubiertas, desde una trama familiar de ocultamientos y aparecidos que dan cuenta de la figura de la Anorexia.

Encarnada en el nudo de una historia dónde entre la necesidad, la demanda y el deseo un objeto se oculta para no ser devorado por una Madre que no tolera sus deseos incestuosos.

Por ello se presenta como una Anorexia invertida, dónde los deseos incestuosos son del lado de la Madre y determinan por ello una Anorexia sexual en términos de un No Goce,

No orgasmo de parte de Gabriela.

“Quiere que la insatisfacción este en todas partes, que solo haya insatisfacción tanto del vientre como del deseo”. La anorexia consiste en decir: “No, no quiero comer para no satisfacerme, y no quiero satisfacerme para estar segura de mi deseo permanece intacto y no sólo el mío sino también el de mi madre. La anorexia es un grito contra toda satisfacción y un mantenimiento obstinado del estado general de insatisfacción”.⁶⁹

Se refiere respecto a un Acto Sexual con el marido: “Yo a veces quiero que mi marido se baje o se salga de encima mío”.

“Una vez tomé un libro y me puse a leer” Respecto a la determinación de la madre que proyecta en ella su deseo implacable Gabriela responde con un: nada demandaré del orden de lo sexual.

“Mi mamá me decía la puta y mis pololos me decían el cubo de hielo”.

Rehusa de este modo la relación incluso en su luna de miel.

“Me casé un 16 y me tenía que enfermar un 30 “Sentencia: “Me enfermé el 16”.

“A veces la Pamela se va para dejarnos solos. Yo rechazo a Juan”.

Al finalizar la sesión y cuando Gabriela dice entender lo que ocurre con respecto al deseo de la anoréctica en relación al deseo de la Madre, ella dice:

“Ahora entiendo Dr. lo de la anorexia y que tiene que ver conmigo. En mi caso sólo es cosa de dar vuelta el budín para entenderlo”.

⁶⁸ Nasio, Juan David, “Cinco lecciones sobre la Teoría de Jacques Lacan, Editorial Gedisa, Serie Freudiana, Segunda Edición, Abril de 1995, Barcelona, España 213 pags., cit. pág. 130.

Lo que interesa situar aquí, es cómo la figura de la demanda al Otro se establece a partir de la Madre de Gabriela como una negación de la demanda.

Ante la demanda de Gabriela en el grito o el llanto que marca: “Tengo hambre”, la Madre responde con una negación de la demanda desde ella: “ No te quiero alimentar”, de modo que Gabriela no se constituya en el objeto de la demanda y no pueda establecer el: “Cómeme Madre”, ya que eso remite a la Madre a un deseo Todo, implacable, fagocitario y devorador. Si se establece esa petición de principio, la Madre teme que ha de devorar a su hija y la habrá de poseer en una relación incestuosa.

“Este pecho alucinado, muy distinto del pecho corporal y más aún de la leche nutricia, es el fruto del lazo deseante madre-hijo. Da cuenta de una realidad indiscutible: por una parte, madre e hijo no pueden encontrar su satisfacción en el mero acto nutricional, y por otra parte no pueden y tampoco quieren encontrar su satisfacción en el acto incestuoso. No se satisfacen ni con una necesidad saciada ni con una demanda burlada ni con un incesto que les es imposible. Desear el pecho equivale a evitar la vía de la necesidad y la vía del incesto.”⁷⁰

““Tengo hambre” es la demanda que va del niño a la madre y “Déjate alimentar mi niño” es la demanda que va de la Madre al niño”.⁷¹

Misma demanda que la Madre niega y por ello, no obstante establece desde su ausencia, relatada por Gabriela en los siguientes fragmentos de sesión:

⁶⁹ Idem. ant. pág. 134.

⁷⁰ Idem. ant. pág.137.

“ yo fui una hija no deseada. Mi madre trató de no tenerme, subía las escalas con pesos para abortarme. Cuando yo nací tenía como dos cabezas (¿a cuál amamantar?).Una vecina me crió”.

“No me pudo abortar a pesar que se ponía a cargar un baúl y a subir escalas para que esto ocurriera”.

Me remite a la historia del jorobado de Notre Dame, como un modo de exilio que no de si mismo sino de un Otro (en este caso la Madre), determinante.

Adelantando que su discurso alude a lo sexual, que de comida no se trata, Gabriela dice sacando la lengua y moviendo un escupitajo blanco y espeso haciendo referencia a su diabetes: “Míreme como se me pone la saliva con el azúcar”.

Forma sexuada de la dulzura? Pienso.

“Me mandaron al Ginecólogo, (¿psicólogo?), eso me da diarrea. (¿de palabras?).”

“Yo tenía 12 a 13 años y ella me decía la puta, la maraca”.

“Ella eligió no quererme. Yo le tenía asco a mi Madre, jamas la pude abrazar.”

“Mi Madre dijo que yo había muerto”.

Los cadáveres no son devorados, eso es carroña, un cuerpo abierto sin interioridad.

No obstante la subjetividad se sostiene en un nombre.

“Cerca de morir empezó a nombrarme”.

Es interesante rescatar de estos recortes una alusión al problema de la necesidad, demanda y deseo. La madre de Gabriela no accede a la demanda y rompe así el circuito de la doble demanda. Por ello Gabriela no es “reconocida” y es dejada en el

lugar de un cadáver. Por un lado permite no ser alimentada, no ser poseída incestuosamente y no ser devorada al intentar rehusar el papel del objeto. Lo increíble de esta historia de negaciones es que el deseo se escabulle y la demanda se hace oír desde la ausencia. (Fig. 1).

“En el orden de la demanda, encontramos la demanda del niño dirigida a la Madre (grito) y la demanda de la madre dirigida al bebé (Déjate alimentar mi niño). Estas dos demandas, una, demanda de comer, la otra demanda de recibir, no son propiamente más que llamados recíprocos de reconocer y ser reconocido. La conjunción de estas demandas adopta la forma de amor recíproco madre-hijo. Por ser la palabra del niño una palabra, no alcanza su objeto: el pecho alimenticio. Permanece insatisfecha, pero abre la puerta al deseo. En cuanto a la demanda de la madre, encuentra los mismos avatares que la del niño”.⁷²

Pero en el orden de los silencios, en el intento de no establecer el vínculo que cierra el circuito de la doble demanda, algo falla, algo parecido a una palabra se desliza. Así el deseo incestuoso toma un modo peculiar, un particular modo de identificación con el objeto (a). Un plus de goce que se escapa y que se encarna en formas de un objeto a no ser demandado (que no obstante opera como objeto de deseo). Es la forma de un semblante a ser rehusado, al modo como Gabriela es exiliada de su familia, es muerta para la madre, es desconocida en la trama del árbol familiar.

Se encarna en la figura de la puta, el recorte de una parte del cuerpo, carne que se gangrena, pierna que se pudre, cuerpo que se hace cadáver, al mismo tiempo

putrefacción gozosa que se ofrece como carne muerta en el semblante, “de carne no para el deseo”, o más bien “para el deseo de rehusar”. Deseo de nada como en la anorexia. Por ello también, Gabriela que nada sabe del orgasmo, ausente para el sexo, fría y “congelada”, “mujer de hielo”, de jugos y hedores malolientes que desaniman al partenaire.

“Tuve problemas con la regla desde el principio. Sangraba profusamente y mi madre decía: Si no eran abortos”.

Gabriela desconfirma el lugar que la Madre le otorga, como causa del deseo del incesto, abandona y rehusa el lugar de la puta, de aquella que desea y en ello se desborda, de aquella que se entrega a un extranjero. Por ello se hiela, nada del orden de lo sexual, rehusa el sexo y desconfirma la avidez de la puta.

“Cuando fuimos a la playa con mi hermana, a mí me dió insolación. Mi mamá decía que era por maraca”.

La piel marcada como un estigma ¿Roja de vergüenza quizás?

“A mi hermana mi madre le decía la tonta, a mí..... Yo era la perversa”.

En esta historia de muertos, de ausentes, de negaciones y borramientos, la madre quiere borrar toda huella posible del padre. Nada en la historia que haga corte. El deseo de devorar a la hija debe ser conjurado, silenciado, relegado a un enigma, por ello siempre posible de ser develado, siempre vigente el horror de su ocurrencia.

“Mi madre me dijo que borró el nombre de la lápida de mi padre para que yo no pudiese encontrar su tumba”.

⁷¹Idem. ant. pág. 140.

Novela familiar donde los muertos deambulan perdidos, por ello “habitan” todos los lugares. Borramientos que no cesan de no escribirse.

Por ello se veneran las ausencias, se establecen las concelebraciones de ritos funerarios o natalicios no acaecidas, y por ello “por acaecer”.

“Mi mamá, cuentan mis hermanos (la historia contada por un otro, mediada por los “mediums de los otros hermanos), que para la fecha de mi cumpleaños abría una botella de champaña”.

¿Qué se gestaba en esa ingesta?

¿Que se incestaba en ese incesto?

Putrifica su cuerpo, sus recortes, y paradójicamente, en su retiro confirma su presencia, la de su propio deseo incestuoso, intolerable, abismal.

“El problema del Edipo nos decía Freud, no es tan sólo que el niño desea acostarse con su madre, es sobre todo que también la madre desea eróticamente a su hijo. La clave del Edipo radica en que no habría deseo incestuoso si no hubiera dos deseos en juego: el de la madre y el del niño”.⁷³

Por ello su deseo es no desear, desde el lugar de la no deseada. No desear para no morir y devolver así a la Madre ausente, la presencia de un incesto que no se verifica por la vía de las negaciones, pero que se presentifica por la vía de las ausencias.

Deseo que se escapa al control, que se desplaza de lo sexual a una anuresis persistente, en los espasmos de una tos que se presenta con la muerte de la madre.

⁷² Idem. ant. pág. 127.

Los muertos no cometen incesto y con ellos no se cópula. Algo de lo real de la muerte permite el deslizamiento a un borde que opera por contigüidad.

“Sin duda, el deseo es intolerable pero protege al sujeto contra la tendencia, humana, por decirlo así, que habita en todos de buscar el límite extremo, el punto de ruptura, la satisfacción absoluta del incesto; para decirlo todo, el goce del Otro. El deseo con su alucinación es sin duda intolerable pero sabe protegernos deteniéndonos en el camino de un goce mil veces más intolerable”.⁷⁴

“Tengo una tos que me hace hacerme pipí. Me hago pichi. Me dan ataques de tos. Debajo de la cama tengo que poner un hule”.

“Desde que murió mi mamá que tengo tos, con la tos llegó la Incontinencia”.

Desde la in-gesta se instalan otros desplazamientos.

“Al indisponerme empiezo a comer como loca, me da hambre en las noches”. Pienso: el sexo en general se tiene de noche.

Para colmo, el fracaso de los ocultamientos se muestra en una Madre y una Gabriela que se muestran idénticas. Son reconocidas por los otros cómo dos gotas de agua, como si a pesar de todo esfuerzo, en lo real se confirmara aquello que se obstinaron en negar en lo simbólico y que recortaron en vano en el repudio de la putrefacción de objetos imaginarios.

Lo que se hereda no se hurta dirán algunos. Pero de ello, de lo que se hereda hay un estigma, que en esto del incesto, se instaura o se “ encarna “como significante en lo

“Real” del cuerpo. Se encarna como objeto oscilante entre las identificaciones y desidentificaciones de madre e hija.

“Un pie con mal perforante. Una llaga ulcerosa. Una herida en el pie que cunde hasta el hueso”.

¿Un pie marcado, un Edipo Talvez?

Al menos un significante más entre las múltiples enfermedades que aluden a múltiples marcas en el cuerpo, que estigmatizan y que al mismo tiempo presentifican el deseo.

Que en aquello del goce, hacen “hueco”, un “orificio” en la carne y por ello en su putrefacción se ofrecen impúdicas como llagas abiertas, como el sexo ofrecido a toda mirada extranjera, carente de intimidad, por ello desbordada.

“Una vez planteado esto, quisiera volver sobre una precisión, y recordar que el objeto **(a)** de Lacan no es propiamente el pecho alucinado, objeto del deseo. Estrictamente, es el agujero, el goce enigmático e innombrable que Lacan denomina el plus-de-goce. El adverbio “plus” recuerden la primera lección subraya que el objeto es siempre un exceso o un plus de energía residual, en la alucinación, reviste la forma familiar de un pezón, por ejemplo. Por supuesto, el pezón alucinado es sólo uno entre otros semblantes bajo los cuales se presenta el plus-de-goce. Puesto que este exceso de goce innombrable y enigmático, denominado **(a)** puede adoptar todas las figuras corporales, visuales, auditivas, olfativas o táctiles que participan en el encuentro deseante (e insatisfecho, incestuosamente insatisfecho) entre el niño y la madre, y de

⁷³ Idem. ant. págs. 134 - 135.

modo más general entre el sujeto y el Otro. El **objeto (a)** puede hacerse sentir como un determinado olor particular en la alucinación olfativa como la dulzura del contacto de la piel en la alucinación táctil, o incluso hacerse oír bajo la forma del timbre inimitable de la voz materna en una alucinación auditiva. Por cierto, todas estas formas se combinan en una infinidad de variantes, todas sensoriales, de imágenes alucinadas del deseo”.⁷⁵

Chorreadas, fluyentes de jugos y pestilencias ofrecidas. Así, en el negativo del perfume que ofrece una obsequiosa Magdalena?

Flujos que operan en lo real del cuerpo y se ofrecen en su lacerante sensualidad.

“Después de llorar me empezó a salir sangre del ojo”.

O en lo simbólico.

“Tengo alergia del Sol”. Tal vez una metáfora al vampiro como un muerto-vivo, “una forma de responder al lugar subjetivo donde la pone la Madre?

O en la oferta imaginaria al levantarse la falda y mostrar las piernas como otrora lo hizo con el escupitajo:

“Mire Dr: Como tengo las piernas, una pura llaga”.

Agregamos algunas viñetas de sesiones que ejemplifican la trama de ausencias, de deseos de nada y de la marca inefable de un deseo que no cesa de escribirse en una historia dónde en vano los personajes hubiesen querido estar todos excluidos, exiliados o simplemente muertos.

⁷⁴ Idem. ant. págs. 142 - 143.

“A mi papá parece que mi madre lo golpeó. Al parecer el llegó ebrio y agresivo y fue golpeado por mi madre ayudada por mi hermano. A consecuencias de los golpes el murió”.

Al final un sueño, donde el deseo circula y se moviliza, un intento de decir algo más acerca de hacer algo que no se puede hacer.

“Cuando estuve enferma de los pies (Inválida un año).

Soñaba que caminaba. Hacia lo que no podía hacer..... lo hacía en sueño.

Un orgasmo quizás, deseo de algo más que nada?

En esto de poseer y ser poseída; en esto de comer y ser comido.

¿Que ingerencia tiene la madre que la hija se niega a digerir?

¿De que ingesta se trata?

¿Quién sabe?

2) Segundo caso: Fao:

Fao es una paciente mujer, de 22 años que hace 5 a 6 años sufre de anorexia-bulimia. Ella vive actualmente con su abuela ya que en casa de sus padres la “situación se hizo insoportable”, situación que se soporta consecuentemente en una trama singular.

Una madre que “destierra” de su castillo toda “competencia” y le permite dado su particular obsesión por la figura, al igual que la ominosa madrastra de Blanca-Nieves, mirarse al espejo sin la amenaza de ser sobre-pasada por otra figura. Hasta aquí Fao cumple la consigna, por un lado con el destierro y por si no fuera suficiente con una efebización de su cuerpo el cuál entre vómito-ingesta no alcanza a cobrar el “peso necesario”, al menos aquél que pueda “ofertar” algo del orden de la sexuación. La Madre se llama DOLORES y al parecer eso ya es suficiente como para agregar algo del orden de la envidia y la competencia a su vida.

Un padre que se precave de cualquier deseo incestuoso y garantiza el “cumplimiento de una ley infalible”, al decir de FAO, “para él, las cosas son morado o morado”. José el padre nos recuerda “al carpintero que puede concebir sin consumación”? ¿Si ello ocurrió porque no podría ocurrir de nuevo?

Padre de ley inexorable, que ante un episodio de anorexia, la golpea y la somete a un ayuno de “pan y agua” por ocho días. ¿El se habrá sometido a su vez al rigor de los cilicios?

Su hermana ante esta situación, “Regina”, reina sin contrapeso en tanto FAO habite el exilio.

Respecto a la determinación significativa de los nombres, FAO relata “La mamá de mi abuela se llamaba Perfecta, mi madre se llama María (el padre José) Dolores Perfecta, mi abuela Angelita y mi hermana Regina Paz (Reina de la PAZ). Yo me llamo la peor de todas”.

Termina en el exilio, en la casa de “la abuela”, quién desde “siempre” le dice “muñeca”.

La madre le dice entonces “chiguagua” porque pasa a ser el perro faldero de la abuela. Abuela signada por un nombre peculiar, el de “Angelita”, por ello toda bondad y abnegación por el otro, “Todo por Fao”, a su decir. A cambio se suscribe un pacto ominoso al modo del Fausto de Goethe. Tú sólo habrás de ser mi muñeca, de grande mi “Barbie”, tal vez, pero siempre un objeto que se “preserva” asexuado. Es así como FAO duerme con su abuela en la misma cama hasta poco tiempo de iniciado su tratamiento.

Una abuela que hace suyo hasta sus excrecencias, que la remite a una falta de “interioridad”.

“Un día fuí al baño y tiré la cadena, ella, mi abuela se molestó porque quería ver”.

Una abuela que la refuerza en las palabras de “mi FAO, mi gran consuelo, mi gran amor, cada vez más DULCE y ESPIRITUAL”. Todo espíritu, nada de carne.

Dice la abuela a propósito de un viaje: “mi fin de viaje tan inesperado como grato, FAO, mi FAO llora de emoción al abrazarnos, fue una semana maravillosa, con el más hermoso broche de oro, mi FAO en el aeropuerto.”

La abuela da pruebas “sobradas” de su amor a FAO. “De chica ella me quería mucho, cuenta mi abuelo que un día me hice caca y que el le dice: como Ud. la quiere tanto comase la caca. Ella, la abuela tomó la caca con un dedo y se la comió. Caca de y para “angeles”, fluídos que no remiten a los flujos del sexo, por cierto.

Pero: “ La abuela tiene dos personalidades una de Ángel y una de Demonio.”

La misma que come sus excrecencias arde en ira cuándo FAO se “separa” y “duerme” en su pieza. Cúando FAO comienza a cobrar “peso” en lo subjetivo, consecuentemente “guarda un resto de lo que vomita” y lo pone en otro lugar” (esto es su propio cuerpo), la abuela se irrita y le dice ante sus redondeces o “que parece sirena” o bien que no “tiene nada”, que “es un puro esqueleto”. Ni las sirenas ni los esqueletos aluden a algo de lo sexual, más bien aluden a su imposibilidad.

Porque si de independencia se trata, cuándo FAO inicia un cierto restablecimiento a nivel corporal, cuándo comienza a menstruar por sobre los pronósticos ginecológicos, cuándo aparece el busto, las “redondeces y sinuosidades”, entoces la abuela se descontrola y llama a la consulta para decir: “Dr. si esa niña sigue así va a terminar “suelta” como una prostituta”. O bien cuándo FAO fantasea con vivir sóla, ella dice: “Si te vas a vivir sóla esa va a ser la casa de Irene”, bueno pienso yo: de Angelita seguro no habría de serla.

El análisis no es cosa de angeles ni de putas ni en un lugar ni en el Otro. Ni la puta voraz que se presentifica en la ingesta (toda volcada a la naturaleza de la carne) ni la

Angelita que se ausentifica en el vómito (toda volcada al espíritu, asexuada, nada de sexo).

Por ello la cura habrá de pasar por “sobre la abuela”, por un “mas allá de la abuela”, por establecer los cortes a una “abuela madre, heredera de la hija exiliada”.

¿Cómo hacerlo ante la figura de Angelita de una abuela que sólo aspira al Bienestar y al bien de su nieta?

Allí precisamente, al decir de Lacan (En Kant con Sade): “ nada preordena de antemano la relación de la criatura a su bien.”, en clara referencia al texto de Freud en “Malestar en la cultura”, donde se cierne una cierta imposibilidad de distinguir el Placer del Bien.

“Wohl” un “Gute”, en alemán, bienestar el primero y alusión a una Ley moral el segundo de los términos.

“Das Gute”, bien más allá de todos los bienes, que orienta a una máxima que adquiere su estatuto de ley por definirse como universal ante la prueba de la razón.

Una acción conforme a la ley moral es buena, no por los efectos sino por la ley que funda: el imperativo que ordena la voluntad es categórico: “ Actúa como si la máxima de tu acción debiera ser erigida por tu voluntad en ley Universal”. (Kant).

La máxima es tal, cuándo la condición que enuncia es considerada por el sujeto como válida solamente para su voluntad. Es ley cuándo la condición que enuncia es válida para todo ser racional.

(La relación a la Ley marcará la diferencia entre la neurosis y la perversidad, entre el Deseo y el Goce. De momento volveremos a la abuela).

Habrá que reducir a su estatuto de máximas las frases de la enunciación de la abuela que ella quiere instaurar como ley.

FAO tendrá que poner en Juego algo del orden de su Deseo, que supere las máximas de su abuela, las cuales escribe en un cuaderno, regala, lee y recuerda a FAO constantemente.

“Medicina sencilla y amor materno, devuelven la salud al enfermo”.

“Mucho mejoraría la raza humana, si en la elección de su vida interviniera más el cerebro que el estómago”.

Máximas entre las cuales se desliza una que permite aludir a una “cierta diferencia”.

Máximas de Demonio pero también de Angel: “Mal juzgamos de los que nos aman, porque exigimos de ellos más de los que nos pueden dar”.

Pero más allá de estas determinaciones, de los nombres, de las máximas que se intentan elevar al estatuto de ley, de las separaciones y los cortes producto de la posibilidad del despliegue de Fao en las sesiones.

¿De que da cuenta este Caso, a que refiere?

La presentación de este caso pretende dar cuenta de un Caso de Anorexia-Bulimia, de como se produce a partir del desarrollo de las sesiones (cura discreta), un cierto desplazamiento desde al goce el deseo, a partir del despliegue de un discurso

inicialmente trabado en la trama impulsiva de un vomitar “de palabras en sesión”, desde “una indiferenciación de un vómito confundido cómo sopa de letras” a un discurso dónde “algo deviene diferente, en dónde vomitar no es lo mismo”.

No obstante pretende marcar la discreción de ese encanto en cuánto al Goce que se mantiene fijo en aquello de ingerir-vomitar. Acto que la paciente reconoce “cómo algo del orden de lo masturbatorio”.

Es en esto de lo masturbatorio, en lo que remite a su modalidad narcisística, lo que lleva a Lacan hasta aquella división Freudiana planteada en “Introducción al Narcisismo” de relaciones narcisísticas y de apoyo o anaclíticas.

Relaciona el narcisismo especular con la fobia y el narcisismo anaclítico con la perversión, mismo modo como lo percibo aquí al entender la boca como ese orificio de goce en el ir y venir, que garantiza la ingesta y el vómito. Autoerotismo clivado sobre un puro orificio gozoso que opaca cualquier relación a un agujero/borde significativo en su obsturación atemporal, fuera del tiempo de todo discurso.

De este modo la aproximación a cierta cura posible, permite “ un además de vomitar, algo del orden del otro (salida del autoerotismo) y mi deseo de establecer una relación de pareja”, ello en el pulso de una tensión que la hace decir “no obstante no puedo dejar de masturbarme”, (alude aquí al vomitar-ingerir).

Así, entre un orgasmo gozado y un orgasmo deseado, un sujeto, Fao, se sostiene en la filigrana de un discreto e irrenunciable encantamiento.

¿Qué del orden de la Cura entonces?

¿De su dirección? ¿cuál, si la hay?

¿Dónde, en el Acto de escucha de su discurso, en el despliegue de su discurso,
...Quizás?

Probablemente el tratamiento no cambie el enunciado de su fantasma pero si pueda desplazar, deslizar la relación a su síntoma, desanudando al síntoma de una influencia insospechada, la de su fantasma.

En palabras de Fao, ¿cuales? ¿si? ¿no?:

“ Así como a veces necesito vomitar, así a veces necesito escribir”.

“ Tal vez ya es hora de hablar más que de vomitar”” ¿Porqué no hablar?”

De “Hincar el diente “ se trata, pero ahora, tal vez, de hincar el diente a la vida.

Hincar el diente, que hace una diferencia al tragar-engullir, al ingerir sin trozar devolviendo “ad integrum” el objeto (a).

“Yo vomito al escribir. No borrono (¿será una referencia al nudo?) Nada. Antes escribía palabras que no sabía que significaban”.

“Las cosas mudan, son importantes a veces, otras no.”

Hincar el diente, desgarrar, partición, castración y por ello diferencia significativa que cobra peso, que hace lugar en la palabra:

“Una mariposa es pequeña en relación a un elefante, pero grande en relación a un dulce granito de azúcar”.

Desde otros giros hacia ciertos desplazamientos, Fao pone su ingesta voraz en otros ámbitos, otros orificios investidos por otras anaclisis.

“ Jugué ajedrez y me quería comer todas las piezas”.

“ Hago el amor con voracidad, impulsiva, como cuándo vomito”.

“Uno vomita cuándo el vaso se rebalsa”.

¿De que se trata entonces?

De una fractura en el circuito del Goce, de un deslizamiento de algo del orden del deseo, de eso se trata.

Circuito gozoso, del orden de lo masturbatorio, que no cede en el rasgo perverso pero que no obstante, se fractura y en su intersticio deja ver el “agujero” del Deseo. El mismo que ocluye con esa ritmicidad sin tiempo del engullir y vomitar dónde a su vez algo de un Goce perverso se desliza.

Perversidad que se puede retomar a partir de las disquisiciones acerca de las máximas de la abuela. (No sé si recuerdan lo que allí se establecía a propósito de Kant).

“Pero hace a su condición de perverso el fundar su goce fuera de la Ley. Impone como voluntad de Goce, es decir, con valor de Ley, aquello que sería, en su estatuto, máxima para su voluntad.” (Cita de unos Seminarios en Córdoba) (Ateneos).

Se puede pensar entonces que el perverso no es, contrariamente “ el reverso de la neurosis” (al decir de Freud), o el “cielo abierto de la pulsión”, un no-Sujeto. (de no asujetado).

No es ajeno a la ley que regula también (cómo lo dice Lacan en “ La ética del Psicoanálisis”), su relación con Das Ding, no es, en suma, ningún hipotético deseo desenfrenado el que hace su ley.

¿De que se trata entonces?.

Del paso de una omelette de vuelta y vuelta a una de vuelta y media.

Al decir de un gourmet se trata de una omelette “a punto”, es decir casi lista de modo que se pueda establecer la resta, (el menos uno), que remita en cierto modo “paladearla”.

Sazonarla “a gusto” según el “deseo” de cada cual.

De sabores se trata. Ponerle sal a la vida dirán algunos. Sal que pica. Sal y azúcar.

¿Picaron?

En ese caso un bocado con un agujero al centro que en su borde concentra “anacliticamente” el plus de los sabores. Invitación a ser recorrido con la punta de la lengua, a bordear, el agujero que en cada pasada “algo pierde”, en cada recorrido algo de dulce o agraz se le extrae.

Particular modo de saborear un sabor que al diluirse en las vicitudes de la lengua permite siempre remitir a un nuevo sabor y por ello a un nuevo recorrido.

De eso se trata ... el Deseo.

Habrà aproximaciones gozosas al Picarón, dónde algo del goce se instale, de ello sólo algo se puede saber, más o menos, según sea la fijación de la propia perversidad. Un rasgo al menos de cierto polimorfismo habrá de establecerse.

Basta con observar la publicidad donde se saborean helados con claras alusiones a fijaciones perversas, más atávicas, en tanto cuanto remiten (si de agujeros se trata) a la oralidad.

Cosa de gourmets dirán Uds.

Más bien de lenguas se trata, de paladeos, de la lengua.

De lengua nogada?

Más bien de lengua negada, de eso se trata.

De una omelette ya no de vuelta y vuelta, sino de vuelta y media. Un resto a la falta, a la fractura por donde se deslice el Deseo más allá del goce. De sustituciones y desplazamientos.

De lengua de discurso, que negada de unívocos significados remite al tesoro de los significantes.

Al decir de Fao:

“Así como a veces necesito vomitar, a veces necesito escribir”.

“Me doy cuenta que también puedo dejar huella en la vida” (es decir, cobrar un cierto peso y desplazarse)”.

“Tal vez queda poco por vomitar, será necesario hablar”.

“No sé, no sé, no sé ...”

“Trato de armar el rompecabezas y no me calzan las piezas”.

“Cuando chica no soportaba la palabra feto, algo sin piel, algo que le faltaba”.

“Antes tenía que comer hasta acabarlo todo. Ahora ... casi todo”.

“Ahora distingo el vómito que es provocado a “piacere” de aquel que me sobreviene más allá de mí”.

Otro modo de establecer la hiansa o la fractura en el circuito gozoso de la ingesta y el vómito se desliza en el discurso de Fao. Así pasa de un acto donde “se suspende el tiempo” y por ello gozoso, que en tanto susceptible de ser autoprovocado, remite a lo masturbatorio, a lo oral canibalístico. Al decir en tanto autoerótico, a un fuera de la temporalidad del discurso para los efectos de lo que a nosotros nos compete. Fuera del discurso en ello de ausencia de temporalidad, sustento de la palabra inscrita en la espacialidad de un antes y después. Inscripción en un lugar, en la cadena de un discurso que lo determina desde un antes y lo resignifica a posteriori. Circuito infinito pero temporal.

“Ahora hay una cierta demora en vomitar”, demora que remite a un antes y después, a una temporalidad que hace advenir en la lengua la palabra, “la muerte de la cosa”. Wortvorstellung y Nachträglich, conceptualizaciones que aluden a un discurso temporal.

Por ello la palabra suspendida pero en la trama de un discurso, negada en una red de significaciones, inserta y fracturada en una cadena de significantes.

Fao entonces asiste regularmente desde hace 6 meses, ya no a un banquete donde junto a la sala de las ingesta, se instala el “vomitorium” romano, sino más bien, a un encuentro con el languagear de su propio discurso.

La misma lengua pero esta vez al servicio del significante y no del objeto.

De hablar se trata, de bordear el agujero con palabras, que por la naturaleza de su consistencia solo alcanza a engrosar su orilla, que en eso de palabra, que no de objeto, fallida ... en esto de obturar el vacío de un agujero feroz.

Fao al parecer desliza en un balbuceo, algo del orden de la palabra, por ello del Deseo, en el intersticio, en la cadencia que se instala en un goce que insiste en quedar fuera del discurso, pero que no obstante, “hace tiempo” que el orificio de la boca le insiste, parece repetir algo del orden de un agujero.

Así Fao se mal sostiene, se detiene y se desplaza entre el discreto encanto entre el goce y el Deseo.

“Lo único que no dejaría de hacer es dejar de vomitar. Es lo único que no dejaría”.

“Y hay una cierta demora en comer y vomitar”.

Respecto a lo masturbatorio del goce y la imposibilidad de una relación, diremos que, entre un orgasmo gozado y un orgasmo deseado, Fao se sostiene en la filignana de un discreto e irrenunciable encantamiento.

¿Y que de la última escena?

A los nueve meses de tratamiento irrumpe la virulencia, la ferocidad de una madre que como invitada de piedra a una cena por verificarse, (aquella donde Fao podría encontrarse con algo más que una sopa de letras), la “aborta” y la restituye a su origen.

Disfrazada de Bruja trae de último plato algo del orden de la manzana envenenada. Prohibe, amenaza y deja de pagar la terapia de su hija. Desvaloriza al terapeuta y ejecuta un acting de una envidia feroz.

¿Y Fao? ¿Que de Fao?

Su destino ¿comer la manzana envenenada y desfallecer? ¿Desaparecer, morir en el goce del Deseo del Otro?

A la espera de un príncipe que con espada y algo (porque todo sería mucho decir), le de un corte al maleficio.

¡Quizás! ¿Quién sabe?

La otra vía, el otro circuito tal vez sea rehusar la manzana ofrecida como único plato que la remite a la inefable opción de ingerir vomitar.

Desplegar el mantel de otra escena donde al menos existan 3 platos, de seguro uno de ellos señale el lugar de algo así como un padre.

Ello permitiría a la hora del postre a Fao rehusar la manzana envenenada de la madre y optar por la oferta del padre: esto es, algo así como un café cortado.

BIBLIOGRAFIA

- 1 Abraham, Karl: “Los estados maniaco, depresivos en las etapas pre-genitales de la organización de la libido”, Obras completas, Tomo II.
- 2 Baravalle, G. – C. H., Jorge – Vacarezza, L. E.: “Anorexia teoría clínica psicoanalítica”, editorial Paidós, Barcelona, España, 1993, págs. 88.
- 3 Beker, Ester – Benedetti, Cristina – Goldvarg, Norma: “Anorexia y bulimia y otros trastornos de la conducta alimentaria”, Argentina, 1996, págs. 255.
- 4 Bell, M. Rudolph: “Holy Anorexia”, Chicargo University Press, Chicago, E.E.U.U., 1985.
- 5 Beumont, P.J.V.: “The history of eating and dieting disorders”, Clinical Applied Nutrición, 1,2:9-20, 1991.
- 6 Bleys, R.: “Beschaafd eten: pijer van een burgerlijkercultur”, en P. Allegaert y A. Cailliau edicione, Vastenheiligen, wondermeijes en hongerkunsterars, “Gante: Museum Dr. Guislain.
- 7 Boehn, M. Von: “La moda, la historia del traje en Europa desde el cristianismo”.
- 8 Brumberg, J.J.: “Fasting girls. The emergence of anorexia nervosa as a modern disease”. Cambridge, Harvard University Press, E.E.U.U., 1998, pág. 49.
- 9 Clínica de Borde, “Presentaciones clínicas, Anorexia-Bulimia, Hipocondría”, Tomo 1-2-3, Ediciones Convocatoria Clínica, Buenos Aires, Argentina, 1995-1997.

- 10 Dor, Jöel: “Introducción a la lectura de Lacan”, editorial Gedisa, Barcelona, España, 1994, págs. 238.
- 11 Fallon, A.: “Culture in the mirror: sociocultural determinants of body image”, T.F. Cash y T. Pruzinsk, ediciones: “Body images, development, deviance and change”, Clouston, T.S.. “Puberty and adolescent medico-psychologically considered” Edimburg Medicaljournal, 17 de julio de 1880, Nueva York: Guilford.
- 12 Fedida, P.: “El caníbal melacólico”, “Nueva Revista de Psicoanálisis”, N°6, París, Francia, 1972.
- 13 Fenwick, S.: “On atrophy on the stomach and on the nervous affection of the digestive organs, editorial Churchill, Londres, 1980.
- 14 Ford, C. – Beach, R.: “Patterns of sexual Behavior”, New Haven: Harper and Brothers, 195.
- 15 Freud, Sigmund: “Acerca de las neurosis infantiles”, (1914), “El hombre de los lobos”. Obras completas.
- 16 Freud, Sigmund: “La interpretación de los sueños, vol. 3.
- 17 Freud, Sigmund: “Obras completas”, trad. Luis López Ballesteros, biblioteca Nueva, Madrid, España, 1973.
- 18 Hekier, Marcelo – Miller, Cecilia: “Anorexia-Bulimia: Deseo de nada”, editorial Paidós, psicología profunda, primera reimpresión, 1995, Buenos Aires, Argentina.
- 19 Igoín, Laurence: “La bulimia y su infortunio”, editorial Akal, Voces nuevas en psicoanálisis, 1986, Madrid, España.

- 20 Klein, Melanie: "Envidia y gratitud".
- 21 Lacan, Jacques: "El seminario, libro 11, los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis", editorial Paidós, Buenos Aires, Argentina, 1987.
- 22 Lacan, Jacques: "El seminario, libro VIII, la transferencia", editorial Paidós, Buenos Aires, Argentina, 1987.
- 23 Laségue, C.: "De l'anorexie hystérique", Archives Générales de Médecine, abril, 1873.
- 24 Marañón, G.: "Gordos y flacos", cuadernos de ciencia y cultura, editorial La Lectura, Madrid, 1926, Barcelona, Editorial Salvat, 1947.
- 25 Marchand, L. A.: "Byron a portrait", Nueva York, 1970.
- 26 Morales, M. L.: "La moda. El traje y las costumbres en la primera mitad del siglo XX, Vol. IX.
- 27 Nasio, Juan David: "Cinco lecciones sobre la teoría de Jacques Lacan", editorial Gedisa, Serie Freudiana, Segunda Edición, Abril, 1995, Barcelona, España.
- 28 Nye, R.: "Las memorias de Lord Byron", Salvat, Barcelona, 1991. Versión castellana del inglés, editada en 1989.
- 29 Raimbault, Ginette – Eliacheff, Caroline: "Las indomables figuras de la anorexia", editorial Nueva Visión, Buenos Aires, Argentina, 1989.
- 30 Shack, W.: "Hunger, anxiety, and ritual: deprivation and spirit possessions among the Gurage of Ethiopia", 1973.
- 31 Shilling, C.: "The body social theory", Sage, Londres, 1993.

- 32 Silverman, J. A.: "Anorexia nervosa in the male: early historic cases", A. E., ediciones, "Males with eating disorders", N. York, Brunner-Mazel editores, 1990.
- 33 Solomon, B. O.: "Barbie para siempre", Diario "El País", 17 de diciembre de 1984.
- 34 Stunkard, A. J.: "A history of binge eating", en C. G. Fairburn y G. T. Wilson ediciones, "Binge eating: nature, assessment, and treatment", N. York y Londres, 1993.
- 35 Toro, Josep: "El cuerpo como delito", "Anorexia, bulimia, cultura y sociedad", editorial Ariel, Barcelona, España, 1996.
- 36 Vandereycken, W. – Van Deth: "From fastings saints to anorexic girls: the history of self-starvation", Londres, The Atholone Press, 1994.
- 37 Verdú, V.: "Apogeo de la ropa interior", Diario "El País", España, 6 de mayo de 1995.
- 38 Winnicott, David: "De la pediatría al psicoanálisis", editorial Payot, París, Francia, 1969.
- 39 Zukerfeld, Rubén: "Acto bulímico, cuerpo y tercer tópica", editorial Paidós, Buenos Aires, Argentina, 1996.